Seix Barral

BIBLIOTECA

VICENTE LEÑERO

EL GARABATO

Prólogo de Pedro Ángel Palou

Seix Barral

Vicente Leñero
El garabato

Índice

Para leer *El Garabato. Pedro Ángel Palou*
Austin, Texas, 10 de junio de 1966
Capítulo 1: encuentro en la autopista
Capítulo 2: un sobre de papel manila
Capítulo 3: miedo
Capítulo 4: el garabato
Capítulo 5: en la casa de Dios
Capítulo 6: la voz de Frida Campbell
Capítulo 7: 90 grados de angustia

Acerca del autor

Créditos

Para leer *El garabato*

Pedro Ángel Palou

Estás a punto de leer una gran novela. Espero que no tengas ningún pendiente por delante, que puedas dedicar tus días o al menos tus noches a develar sus varios secretos. Vicente Leñero se acordaba de ella —de haberla escrito por supuesto, pero me refiero a algo más profundo, a no poder olvidarla, cuando poco antes de morir volvió a ella. La miraba con desprecio, es cierto, como a uno de esos hijos rebeldes que no acaban de parecernos del todo capaces de valerse por sí mismos. Pero no se la podía quitar de la cabeza, como te ocurrirá a ti ahora que te dispones a leerla y que, con toda seguridad, no podrás dejar de querer resolver sus variados enigmas.

Y así, precisamente, tituló Leñero sus reflexiones otoñales sobre la novela juvenil, *El enigma del garabato*. Como la desdeñaba, jugó a hacernos creer que el acertijo de su título era un juego extraliterario al que ya volveremos. Pero lo hacía quizá para confundirnos aún más. Y como la razón de este prólogo no es agregar extrañeza al rompecabezas literario, mejor comenzamos por lo más simple. Te recuerdo, vas a entrar a un juego novelístico sumamente divertido y no podrás salir de él por un buen tiempo. ¿Estás listo?

Vicente Leñero construye en esta novela una especie de casa de los espejos donde nada es lo que parece y todas las historias se tocan unas a otras. La novela se abre con una carta de Pablo Mejía Herrera a su amigo Vicente en la que le agradece que le haya ayudado a conseguir editor para su novela, *El garabato*. Este relato enmarca el primer diabólico juego. Veamos. Después de que leas esa carta del estudiante de psicología y aspirante a escritor a su amigo, te encontrarás con el manuscrito de esa novela, *El garabato* (no de Leñero, sino de Mejía, ¿me sigues?) cuyo protagonista es Fernando Moreno. Católico y adúltero, a diferencia de Mejía no es escritor sino crítico literario. Quiere terminar la relación —lleva cinco años— con su amante, Lucy. Moreno es católico y la culpa —o la condena— lo cuestionan de la misma manera que sus frustraciones artísticas, su *impotencia creativa*, como la llama. En *El garabato* (de Mejía) el protagonista, Moreno, está leyendo el manuscrito de una novela

policiaca, escrita por Fabián Mendizábal que se llama (¿lo adivinaste?) *El garabato*. Nuestro crítico —Moreno— ha entrevistado al aspirante a escritor —Mendizábal— para su periódico *Excélsior*, poco antes. Entonces tú, lector, estarás leyendo ya otra novela, la tercera (o uno de sus capítulos centrales). Y no la vas a poder leer inocentemente, porque a Fernando Moreno no le gusta la novela, la encuentra mala, mediocre incluso, y va a interrumpir tu lectura con sus comentarios.

Se trataba de no confundirte y espero haberlo logrado. Pero de cualquier forma lo podemos simplificar —porque lo verdaderamente interesante es que dejes este prólogo-garabato y sigas leyendo, claro. Vicente Leñero escribió una novela, *El garabato* y su protagonista, Pablo Mejía escribió una novela, *El garabato,* cuyo protagonista, Fernando Moreno, lee otra novela, esta vez de Fabián Mendizábal que también se titula *El garabato* (estos dos últimos, por cierto, para continuar el juego, tienen las mismas iniciales en sus nombres, F.M.).

¿Más claro? Se trata de una novela dentro de otra novela dentro de una tercera (más la cuarta, si pensamos en *El garabato* que nosotros, lectores, estamos escribiendo cada vez que leemos la serie de juegos de Leñero). Además, dentro de las páginas de la novela hay otro acertijo, este referido a la novela *Orlando* de Virginia Woolf. Según *El garabato* (¿cuál de las novelas?), en la página 95 de la edición de bolsillo de Penguin Books PB había un enigma casi irresoluble según el cual si se seguía el «laberinto» más que garabato inscrito en ese libro, se encontraría la dirección de la casa, cuya resolución resolverá una de las claves de lectura de la novela de Leñero. Según su autor, el juego era muy ingenuo, pues se trataba apenas de una broma literaria. Lo importante aquí no es tanto qué resuelve el laberinto-garabato de Woolf, sino darte cuenta de la estructura maniática, de construcción en abismo, o de cajas chinas que el lector —tú— gozará de principio a fin.

Leñero escribe que en 1967 fue a Mexicali de viaje con su esposa Estela a casa de sus suegros, allí —en la casa de la calle Arista— enterró a treinta centímetros de un árbol un ejemplar de su novela. Ese es el verdadero enigma-juego. El laberinto lleva a esa colonia, la Nueva, y a un número, el 1952, de la calle Arista. Esa casa ha sido vendida y tiene nuevos dueños. ¿Existe el libro? ¿Alguien lo encontró, lo destruyó y lo tiró?, ¿un jardinero, por ejemplo? O algún día lo encontrará un estudioso de literatura mexicana —tú mismo, que tienes la clave— y desenterrado lo mostrará, húmedo, a los lectores venideros.

No puedo decirte más de la trama del libro, porque no pienso estropeártelo. Ni de los infinitos juegos de Leñero. Sólo quiero terminar

contándote una anécdota que pinta a su autor en toda su dimensión. Habrá sido el año 1991 o 92, en Jalapa. Fuimos a bebernos unos whiskys al cuarto de hotel de Jorge López Páez. De hecho, Leñero me comisionó a conseguirlos. Los tres debatimos sobre literatura mexicana hasta entrada la noche. López Páez le preguntó a Leñero sobre la falta de éxito de sus obras después del Premio Biblioteca Breve, peroró en torno al terrible *boom* y sus efectos nocivos en escritores satélites al grupo. Entonces Vicente respondió: «Yo no jugué en ligas mayores, sólo en liga mexicana». La afición al beisbol de Leñero era muy conocida. Yo discrepé. Le dije que sus obras eran tan indelebles como las de algunos autores más consagrados internacionalmente. «No me la creo», me dijo. «Desde que empecé a escribir. Gané un concurso de cuento cuyo jurado era Juan Rulfo. Al recibir el premio le manifesté mi emoción porque él estuviese allí y hubiese premiado mi cuento juvenil. La respuesta de Rulfo me desarmó: "Yo voté en contra, no me gustó nadita su historia". Desde entonces no me la creo, Pedro.»

Quizás es por eso que no le da en esas declaraciones casi póstumas ninguna importancia literaria al juego de *El garabato*, aunque afirme que se divirtió jugándolo. Yo creo que esta nueva edición es una muestra de que su libro ha perdurado y de que la obra de Vicente Leñero logró superar la prueba del tiempo. Ahora te invito a ti, nuevo lector de esta novela, a que te introduzcas a sus páginas, a que goces con sus enigmas, a que te diviertas con sus acertijos literarios. Porque lo que está en *juego* verdaderamente aquí son los límites entre la realidad y la ficción. Ahora yo te escribo una carta-prólogo a ti, lector, para que llegues ya, una o dos páginas después a la otra carta-marco que Pablo le escribe a Vicente agradeciéndole su ayuda para publicar su novela.

Somos un laberinto que quién sabe cuándo alguien garabateó en el horizonte. O como se pregunta Borges en su poema sobre el ajedrez, *¿qué dios detrás de Dios mueve las piezas?*

Tal vez lo descubras en estas páginas.

Austin, Texas, 10 de junio de 1966

Estimado Vicente:

Ya te imaginarás el gustazo que me dio recibir tu carta. Francamente no había querido hacerme muchas ilusiones y ni por aquí me pasaba que fueras a conseguir tan pronto la publicación. Te echaste un ocho, como dicen. Gracias gracias gracias gracias. Para celebrarlo me puse un pedo con todas las de la ley, y todavía ahorita que te escribo no se me pasan muy bien que digamos los efectos de la cruda. Le comentaba aquí a un camarada que de no haber sido por tu ayuda mi novela, de plano, se hubiera quedado arrumbada quién sabe por cuánto tiempo. También tus comentarios, ni hablar. Si algún día escribo otra cosa, que por cierto ya medio tengo en mente, no voy a olvidar eso que me decías en tu última sobre el fantasmismo de los personajes. Esta ya quedó así y creo que no tendría caso ponerme a aclarar lo del viaje de Lucy a los Ángeles ni reducir las citas textuales. De acuerdo con tu objeción, pero reconoce que es un simple recurso sin mayor trascendencia. ¿O no? Yo pienso que lo que importa es el conflicto en sí. Bueno, de todos modos el caso es que la novela ya está aceptada y ahora sólo espero tus noticias para saber en qué fecha más o menos saldrá. No me importa si es dentro de poco o dentro de mucho, lo que importa es que se va a publicar. Todo lo dejo en tus manos y ojalá puedas echarle un vistazo a las pruebas. Si pudieran enviármelas para acá, mejor; me gustaría leerlas aunque de ninguna manera quisiera complicar las cosas.

Antes de que se me olvide, estaba pensando que resultaría muy bueno que para toda la parte policiaca se utilizara en la composición del libro una letra tipo máquina de escribir. Ya sabes cuál digo, ¿verdad? Es una ocurrencia mía, pero no sé si se pueda. Infórmate.

Junto con esta carta te mando un proyecto de solapa y mi insignificante currículum. Creo que podría servirle de guía al encargado de escribir la solapa definitiva, aunque en realidad no sé cómo funcionan esas cosas. Me imagino que me estoy apurando demasiado, como si el libro ya fuera a publicarse, y tal vez entrometiéndome donde no me llaman, pero tú entenderás que me interesa mucho que no se desvirtúe el

sentido de la novela. Quizá, claro, lo desvirtúo yo adelantándome a explicar lo que quise hacer y a lo mejor no conseguí. De cualquier modo, pienso que al lector le sirve entrar en la lectura con una orientación previa. Si mi solapa no se ajusta a los requisitos, olvídala, y ojalá tú puedas encargarte de redactar una que sí sirva. Me gustaría que fueras tú antes que cualquier otro, porque me da miedo que la novela se vaya a tomar por otro lado. Y perdona el encaje.

Bueno, aquí le paro. Está haciendo un calor de los mil demonios y quiero mandarte la carta hoy mismo. Tengo un fregabundal de trabajo, además. La tesis va atrasadísima y a veces hasta pienso que haría mejor en mandar la psicología al carajo y dedicarme de lleno a escribir. Estoy lurias, ya sé. Son arranques nada más. Lo que sí me pesa horrores es tener muy poco tiempo para leer lo que yo quisiera. Por cierto que hace unos días conocí a un gringo que había leído *Los albañiles* y que tiene un punto de vista muy especial. Estuve discutiendo con él porque ve la literatura en forma muy distinta a como la vemos tú y yo. Ya te contaré otro día con más tiempo.

Contéstame luego porque es probable que para julio me vaya a Nueva York. Todo depende de Max.

Escríbeme largo. Platícame cómo va *Punto de vista* (¿adelantada?) y no dejes de mantenerme al tanto de mi novela. Si de casualidad ves al padre Tena salúdamelo y dile que recibí su carta y que en estos días voy a contestarle. Salúdame también a María Estela; ojalá le haya llegado el boletín que me pidió. Recibe un abrazo agradecidísimo de

Pablo

P. D. ¿Insistes en lo de influencias borgianas?

Pablo Mejía Herrera nació en México, D.F., el 17 de octubre de 1932. Ha realizado estudios de literatura y de psicología en la Universidad Nacional Autónoma de México, y actualmente estudia psicología en la Universidad de Texas. Algunos de sus cuentos han aparecido en revistas culturales mexicanas. Ésta es su primera novela.

Con elementos que estrictamente no pueden calificarse de novelísticos, manejando conscientemente los estilos de dos supuestos escritores poco diestros en el arte de narrar, el autor de esta obra intenta conformar una novela cuyo sentido y valor literario deben buscarse al margen de los simples atributos estilísticos. En su argumento, la historia refiere el supuesto enfrentamiento de dos individuos que no obstante su «opuesta» personalidad padecen un drama semejante de impotencia e incomunicación literarias. Pese a ellos mismos, pese a los obstáculos que les impiden transmitir su condición de seres vivos, el unitario escrito en el que ambos se convierten en una sola persona nos revela un drama de impresionante verosimilitud. De un caos aparente, el autor ha conseguido extraer la problemática individual, el rostro de quien se esconde, se satiriza y se desdobla mediante la palabra escrita. Y al hacerlo, sabe el autor que es él mismo quien se desenmascara y desdobla en sus personajes para buscar y mostrar —más allá del problema específico de la creación literaria, en lo profundo de la historia contenida en el doble relato— el haz de problemas humanos con los que todos podemos conmocionarnos.

Pablo Mejía H.

El garabato

Nadie escribe el libro que desea escribir.
GONCOURT

La entrevista se publicó tres semanas después en la primera página del *Diorama de la Cultura*.[1] El buen amigo Hero la ilustró con un retrato mío, dibujado por Cadena M., en el que aún mi calva conseguía disimular su desierta y encerada superficie merced a un par de manojos de pelo que, aunque ralos, hoy añoro con vanidosa nostalgia. Seguramente el hábil retratista tomó como modelo la fotografía del catálogo 1960 del Fondo. No la recuerdo muy bien, pero no recuerdo tampoco otra en la que se me haya sorprendido con una sonrisa tan en desacuerdo con mi carácter. Alí dijo aquella vez que le gustaba precisamente por eso, y no olvido que pronunció las palabras espontánea y distinta cuando le manifesté mi desconformidad con su elección. Hablé de que yo prefería una foto más reciente, pero como era de esperarse él no prestó oídos al comentario. Al reencontrar seis años después mi sonrisa inverosímil en los trazos de Cadena M., hube de preguntarme si en verdad les era extraño ese gesto a mis amigos y conocidos, al tiempo que sin poder evitarlo me abocaba durante segundos a la tarea de analizar el singular fenómeno de la falta de perspectiva con que un ser humano de mi condición suele contemplarse a sí mismo. Mientras nos suponemos un semblante ceñudo, hosco y taciturno, el prójimo que nos mira observa un rostro bienhumorado y sonriente. Y ese es quizás el auténtico, por más que nuestro ego se empeñe en desmentirlo mediante los gestos, las consabidas poses del intelectual de oficio.

Fuere o no atinada y oportuna tal reflexión, el hecho es que tanto el retrato de Cadena M., como el encabezado de la entrevista me sorprendieron al tropezar con ellos en el acto de dar vuelta a una hoja de la sección dominical del *Excélsior*. Recuerdo que sentí una ligera punzada en el costado izquierdo, y si hubiese tenido un espejo a mi alcance seguramente habría advertido el rictus de enfado que ahora me propone la memoria. En realidad no existía motivo válido para sorpresa o enfado alguno, dado que por propia voluntad, sin presiones de ninguna especie, accedí tres semanas antes a la entrevista que aquel joven delgaducho, tímido y gris llegó a solicitarme con tartamuda habla. Eso sí: no alcanzo a comprender todavía por qué acepté, qué razones me llevaron a consentir, a dar respuesta a sus preguntas periodísticas, siendo que

durante más de tres años me había negado por sistema a sostener conversaciones sobre literatura con la prensa especializada. Blandiendo el estribillo de que nada me restaba por decir que no dijera o hubiese dicho ya en mis ensayos y en mis artículos, en mis charlas y en mis conferencias, cortaba de raíz todo posible diálogo al respecto. Desde luego, en ocasiones, algún escritor metido a reportero, de los que mucho abundan en nuestro medio, me argüía que mis ensayos, artículos y conferencias no abordaban nunca casos concretos de libros y autores latinoamericanos a los que sólo un intelectual de mi renombre, de mis méritos, de mi agudeza (así de exagerados eran los epítetos) podía enjuiciar y poner en su sitio para determinar de una vez por todas quiénes son en México y en el orbe de habla castellana los escritores verdaderamente significativos. Al ingenuo reportero que en este tenor se expresaba respondía yo con mi viejo, falso pero efectivo argumento: los casos concretos nunca me han interesado como casos concretos, de nada y a nadie sirven los inventarios bibliográficos, el teórico debe analizar la literatura de un continente como un fenómeno histórico-social, etcétera. Además de esto, y para decirlo en pocas palabras, simple y sencillamente no me daba la gana conceder entrevistas. Punto. Algunos periodistas se despedían irritados, o irritados se iban sin despedirse. Otros, más necios, se negaban a capitular y como si en el éxito de la misión encomendada les fuese en juego la vida volvían con la carga de sus razonamientos a insistir en que la crítica literaria en México era cretina, partidista, inoperante... Acusación que yo rebatía de inmediato citando nombres como los de Ramón Xirau, Reyes Nevares, González Casanova, Francisco Zendejas, el inquieto Carballo, para en seguida suplicar, tendiendo mi mano en un adiós definitivo, que por favor se olvidaran de mí; muchos otros escritores de mi generación podían responder a sus preguntas con más autoridad y tino.

La mía no era de ningún modo falsa modestia o estudiada pose. Independientemente a la presunta opinión de mi analista, yo deseaba en verdad (al menos durante aquellos instantes) que se olvidaran de mí, para que olvidándose me ayudaran a sepultar ese feto muerto de novelista incrustado en mi cerebro: intruso fantasma responsable de mi envidia y de mi impotencia creativa. «El día en que dejara de sentirme *llamado para realizar una obra trascendental en el campo de la novela mexicana* cesaría mi ansiedad.»

Desde luego, el problema no era tan simple ni podía reducirse a una fórmula tan esquemática, y para desentrañarlo dialogué con mi analista durante interminables horas, semana tras semana, año tras año. En

ciertos momentos me vi obligado a reconocer que el hecho de no escribir novelas no significaba necesariamente un fracaso en mi vida intelectual: numerosas personas de indiscutible talento consideraban mis ensayos como un modelo de lucidez y penetración, y aunque yo también lo admitía con sana objetividad, no podía desembarazarme de la idea de que algo más importante aún me faltaba por llevar a cabo.

Desde muy joven anhelé ser novelista. Fueron necesarios muchos años de lectura y de concienzudo estudio para conseguir una visión profunda del género literario por excelencia, gracias a la cual podía ahora preciarme de que ningún secreto de la novela tradicional o actualísima escapaba a mi conocimiento. Una privilegiada imaginación completaba mi cuadro de aptitudes, y por si fuera poco, había llegado a la edad más productiva. En uno de mis ensayos[2] exponía precisamente mi personal criterio respecto a este último punto. Sin dejar de reconocer que durante la juventud se dan la espontaneidad, la frescura, la audacia y otras mil virtudes que favorecen el acto creador, escribía yo que la experiencia inherente a la madurez, o lo que en su acepción literaria vale llamar el mundo acumulado y asimilado en la mente del escritor, permite a este, de los cuarenta y cinco años en adelante, expresar con una visión realmente universal los problemas humanos.

> Libre ya de las interferencias sentimentalmente autobiográficas consustanciales a la literatura de los jóvenes, inmune al natural pero mecánico impulso de proyectar en su sentido de ingenua proyección psicológica, las experiencias, anhelos o frustraciones más próximos e inmediatos, el novelista en edad madura se encuentra en una situación óptima para fortalecer ese mecanismo de proyección personal con elementos tomados de la experiencia ajena, ya de la realidad, ya de la literatura misma, que al ser incorporados a la propia amplían su ángulo óptico y lo llevan, una vez traducido el fenómeno en acto creativo, a penetrar con mayor eficacia en el complejo misterio humano, verdadero y único objeto del arte novelístico.[3]

Por otra parte, el indefectible dominio de la técnica narrativa, de la gramática y demás disciplinas artesanales, sólo se obtiene con *la perseverante ejercitación del lenguaje a través de los años*.

No me consideraba yo un académico, un estilista en el sentido estricto del término, pero sí un escritor correcto de fluente y fácil redacción. Quizá mi principal defecto consistía en la tendencia a dejarme sobornar por ideas laterales o secundarias que durante el fluir de un escrito lo iban apartando, a veces sin que pudiera yo evitarlo, del

propósito central. Pero si en mis ensayos este «defecto» no alcanzaba a ser una infracción grave contra la claridad, sino más bien una manía pintoresca que evidenciaba mi peculiar manera de pensar, según dijo en alguna ocasión Méndez Plancarte, en la novela podía estar seguro de tener en tal hábito estilístico una poderosa arma para resolver de modo exhaustivo la madeja de situaciones creadas en torno a mis personajes.

No había pues razón alguna para continuar aplazando mi incursión en la literatura creativa. Con la certeza de que ese nuevo quehacer contribuiría enormemente a disminuir el estado ansioso que de continuo acusaba, el analista estimuló de mil maneras mi voluntad y Lucy agotó sus palabras de aliento aguijoneándome como si yo fuera un muchacho.

Nadie mejor que Lucy sabía lo que significaba para mí la literatura. Mujer de extraordinario talento, dotada con un sentido crítico para mi obra que no encontré jamás, tan imparcial y justo, en ninguno de mis colegas, constituía ella el más sólido apoyo de mi profesión intelectual. Era asimismo una amante estupenda. Nos queríamos con la pasión de una pareja de folletín romántico y en cinco años nuestra unión no había padecido fisuras. Cuando en aisladas ocasiones me preguntaba acerca de Norma y de mis hijos, le respondía lo mismo que la primera noche, pero ya sin incertidumbres, sin titubeos, plenamente seguro de que no le mentía. Porque así como debo reconocer que en un principio resultó harto difícil romper con veinte años de matrimonio, de costumbre, así también reconozco que cinco años de vida con Lucy, y de psicoanálisis tal vez, habían logrado desterrar de mi conciencia los sentimientos de culpa.

Norma vino a facilitar aún más las cosas cuando me propuso legalizar con el divorcio nuestro distanciamiento, ya que pensaba casarse con un ejecutivo de no sé qué firma comercial. Mi hijo Fernando estaba de acuerdo con la decisión de su madre, y así me lo había dado a entender pocos días antes de la tarde en que aquel muchacho tímido y gris se presentó en mi oficina con el objeto de entrevistarme para el *Diorama de la Cultura*.

Digo que ignoro aún por qué acepté. Tal vez me sorprendió en un instante favorable de mi ciclo anímico en el que subconscientemente alentaba el deseo de reincorporarme en forma activa a la vida literaria. Entrar de nuevo en el corro de los que rompen lanzas a favor o en contra de autores y libros del momento, y atraer sobre mis críticas la atención general. No paré mientes, sin embargo, en que si tal era mi deseo, la persona indicada para resucitar con una entrevista «al más imparcial de los críticos mexicanos», no debía ser por ninguna razón ese muchacho

desconocido e inexperto a quien bastaba observar para tener por segura su ineptitud. A quien yo necesitaba era a alguien como la simpática Elenita o la mujer de Reyes Nevares que conociendo mi trayectoria pudiese formular preguntas de interés y transcribir luego con absoluta fidelidad mis respuestas, sin incurrir en las tan frecuentes como lamentables deformaciones a cuya amenaza obedecía, en gran parte, mi decisión de no conceder entrevistas. Pero olvidé todo esto y accedí a su solicitud reporteril. Sólo le pedí, como ineludible condición, que me permitiera leer y corregir la entrevista redactada, antes de que la entregase a Hero. El muchacho no puso objeción alguna a mi requisito, antes bien me dijo que él pensaba de antemano proponérmelo pues este era su primer trabajo periodístico y como tal tenía sumo interés en que resultara de calidad.

Más tarde, andando la charla, citó mis dos libros (el de la Universidad y el del Fondo) y contra lo que yo esperaba dio muestras de conocer bien mi postura y mi criterio intelectual y de estar al tanto de la producción literaria de nuestros días. Dijo sentir por mí una gran admiración y me llamó maestro desde el momento de iniciar la plática.

La admiración del muchacho era sincera pero notoria su impericia para realizar entrevistas. Yo mismo tuve que sugerirle la mayor parte de las preguntas, así como los temas principales en que debía centrarse el interrogatorio para no caer en generalizaciones intrascendentes. Empecé valorando a los novelistas latinoamericanos en cuyas obras descansa el prestigio de la literatura del continente. Analicé con la amplitud necesaria a Carlos Fuentes y a Elena Garro, a Onetti y a Vargas Llosa, a Carpentier y a Cortázar. Tuve para este último frases de incondicional elogio y emití sobre *Rayuela* consideraciones olvidadas por la mayoría de los críticos que no han sabido ver los principales valores de tan extraordinaria novela. De *motu propio* inquirió el muchacho sobre los autores nacionales de la última hornada, y uno por uno los examiné con más benevolencia que justicia haciendo hincapié en el peligro que representa para los jóvenes su excesiva preocupación por la forma. El muchacho se mostró asombrado de mi vasta información. No me suponía al tanto de las obras más recientes, por lo que tuve que explicarle mi punto de vista al respecto: el único válido para quien sinceramente desea estudiar a fondo el desarrollo de una literatura. Quiso saber mi opinión sobre las nuevas corrientes narrativas de Europa y le hablé entonces de lo que ya Middleton Murry decía en 1922 sobre la hipertrofia del estilo cuando el escritor se deja llevar por las alucinaciones de la belleza formal. Murry se refería concretamente a Henry James, pero yo apliqué

sus conceptos a todos aquellos narradores de nuestros días que en aras de la forma erigen un altar laberíntico en que ellos mismos se ofrecen como víctimas, y como víctimas sucumben.

Mi entrevistador no dejó de escribir un solo momento. Se marchó al fin, sumamente agradecido, dijo, y no menos de tres veces repitió su promesa de volver a la oficina para mostrarme su transcripción antes de entregarla al *Excélsior*.

Transcurrieron tres semanas sin que el muchacho diera señales de vida. Me inquieté durante las dos primeras, e incluso estuve a punto de telefonear a Hero (no sé por qué no lo hice) para pedirle que no fuese a publicar la entrevista sin que yo la revisara. Durante la tercera, el enfado que sentía contra el desconocido entrevistador, y contra mí mismo por haber confiado en su palabra, cedió paso a una preocupación más febril derivada de mi súbita decisión de poner punto final, definitivo, a mis relaciones con Lucy.

En tal determinación nada tenía que ver Norma, desde luego. Ella iba a casarse por segunda vez, y aunque no fuera a hacerlo, por ningún motivo y bajo ninguna circunstancia habría yo vuelto al lado de mi esposa. Todo estaba finiquitado entre nosotros desde cinco años antes. Tanto ella como yo y como mis hijos vivíamos mejor así. Yo era feliz con Lucy; todo lo feliz que puede serlo un hombre que ha encontrado un perfecto acoplamiento tanto intelectual como sexual con una mujer increíblemente talentosa y comprensiva. Admirándola y queriéndola decidí, sin embargo, terminar con ella.

Resuelto me desperté una mañana, aunque una primera reacción defensiva trató de rebatir mis razonamientos como si constituyeran la peor extravagancia, no consiguiendo con ello más que afianzar en mi mente el afán de la ruptura hasta convertirlo en una obsesión.

Dos noches no dormí con Lucy. Pretexté trabajo y permanecí en la biblioteca hasta las dos de la mañana. Vestido me tendí en el *couch* y en él me despertaron sus tiernos buenos días. Como otras veces, me dijo que hacía muy mal desvelándome en esa forma, abusando de mis fuerzas; en ningún momento sospechó la causa de mi absurda actitud, ni yo mostré intenciones de confesarla. A lo más que me atreví, y no porque lo hubiese premeditado con el fin de ir preparando el golpe sino porque me preocupaba vivamente el tema, fue a conversar sobre la muerte. Recuerdo haber citado algunos pensamientos de Leclercq a los que Lucy, que nunca había leído ni leería a Leclercq, opuso sus teorías materialistas en ese tono de frialdad absoluta tan característico en ella pero que esa vez desató mi mal humor. Reñimos por una tontería y no fue sino hasta

la tarde del sábado cuando tuvo efecto la reconciliación en nuestra cama conyugal.

Volví a vivir; rejuvenecí veinte años en el éxtasis al que me condujeron las fascinantes acrobacias de Lucy. Mi cuerpo en el suyo se transformó en inmortal, y juré en silencio no abandonarla nunca. Repetiríamos aquella maravilla todas las noches de todos los años, siempre, *in extenso, in praesenti, aeternum...*; hasta el día del la muerte. Cualquier plan, cualquier proyecto terminaba por fuerza allí; no sin razón era la muerte el tema central de la literatura, y no sin causa las filosofías de todos los tiempos han surgido de la certeza de que algún día moriremos. *Mors ultima ratio*.

Preguntándome a mí mismo qué tanto había aprovechado las sesiones de psicoanálisis, me dormí aquella víspera del domingo en que el *Diorama de la Cultura* publicaba, ilustrada con el retrato a lápiz que dibujó Cadena M., mi entrevista con el infidente muchacho. Hasta ese momento conocí su nombre (o su seudónimo, porque un desafortunado seudónimo parecía): Fabián Mendizábal.

Muy molesto porque la entrevista había sido publicada sin ser sometida previamente a mi revisión, y seguro de que ese hecho delataba un sinfín de adulteraciones, acometí la lectura del trabajo periodístico dispuesto a enviar una carta aclaratoria o a solicitar a Hero una rectificación en caso de que los errores de transcripción resultasen garrafales. Pero a medida que me internaba en el extenso artículo, con pase a la página seis, íbame dando cuenta de que la entrevista no sólo era fiel al sentido de mis declaraciones sino que las reproducía como si hubiesen sido grabadas en cinta. El trabajo era espléndido. Uno que otro lunar reporteril, la clásica excepción a la regla, maculaba la impecable transcripción. Al referirme por ejemplo a una novela de Yáñez, Mendizábal trasponía una frase que yo pronuncié para *Las tierras flacas* y que de ningún modo una persona sensata podía aplicar a *La tierra pródiga*. También decía yo, según el reportero, que Onetti se anticipaba al *noveau roman* en *El astillero*, cuando en realidad yo afirmé que tal antelación podía verificarse en ciertos pasajes de *La vida breve*, publicada en Buenos Aires en 1950, dos años antes de la edición francesa de *Les Gommes* de Robbe-Grillet.

Errores insignificantes, *peccata minuta*, que desde luego no alcanzaban a desvirtuar el conjunto de mis declaraciones. Sólo lamenté no haber tenido a mano aquel día el libro de Murry para dictar a Mendizábal los juicios con que el crítico inglés anatemiza toda obsesión por la forma y con los que yo concuerdo absoluta y decididamente.

> Henry James recibió el castigo que corresponde a la exagerada preocupación por la técnica: o quizá sea más correcto decir que, con la declinación de su facultad de recibir impulsos directos de la vida que deseaba representar, hizo objeto de su interés el proceso de la representación. Este es el peligro que amaga constantemente al artista literario en quien se extrema la conciencia, peligro que es tanto más insidioso por fascinante. La técnica empieza a cobrar vida propia. Se adorna de complicaciones, sutilezas y economías que bailan en complicados diseños en el vacío. La obra del novelista escapa al gobierno de la verosimilitud, e insensiblemente renuncia el escritor al privilegio propio de la creación artística, al arduo goce de obligar a las palabras a aceptar extraño contenido y nueva significación, a cambio de la sutil pero estéril satisfacción de contemplar cómo giran obedientes a su propia ley. Porque una estéril originalidad de estilo puede adoptar formas insospechadas. En vez de ser visiblemente hueca y árida, puede presentar la apariencia del crecimiento exuberante; puede nutrirse de curiosas y alusivas emociones, en extremo difíciles de definir. Todo el que haya tratado de escribir alguna vez ha experimentado momentos en que, al flaquear el esfuerzo creador, parece como si lo que escribiera se viese súbitamente dotado de repentina vitalidad. Las palabras siguen a las palabras, las frases a las frases, en ágil sucesión; pero lo escrito, lejos de ser obra de la inspiración, aparece al día siguiente flojo y desprovisto de vida. Ahora bien, imaginemos esa condición, refinada, en un artista de energías infinitamente mayores a las nuestras, con un vocabulario infinitamente más rico del cual puede alimentarse el proceso semiautomático, y creo que tendremos entonces un atisbo de la especie de alucinación que en ocasiones padecía Swinburne. O tendremos a la vista la situación en que el impulso del escritor se deriva del placer que le produce la contemplación de la belleza formal del intrincado dibujo a cuya construcción se haya entregado; emoción fantasmal, casi suprasensorial, que ocupará el lugar de la emoción primaria, creadora, de la cual depende la verdadera vitalidad del estilo. Y creo que esta fue, con no poca frecuencia, la fatalidad de Henry James. Cuando se presenta cualquiera de estas condiciones, lo que tenemos delante no solamente no es originalidad, sino hipertrofia del estilo. Hay una especie de vitalidad; pero es la vitalidad de la cizaña o del hongo, una vitalidad que no podemos calificar precisamente de espuria, pero que ciertamente no podemos llamar verdadera.[4]

Muchos comentarios pensé que desataría mi entrevista, y estaba en lo cierto pues no fueron pocos los amigos que luego de felicitarme aseguraron que mis declaraciones abatían criterios periclitados y proclamaban con acierto nuevos puntos de vista originales de gran

trascendencia para la literatura nacional. Feliz como una chiquilla, Lucy se apresuró a recortar y archivar porciones del diario en donde aparecían mis palabras. También mi analista me congratuló, pero más por el hecho de haberme decidido a hablar para la prensa que por los juicios expresados. Estos le parecieron muy discutibles, aunque manifestó interés en que yo le explicara a fondo los criterios con que no coincidía quizá por sus precarios conocimientos de novela contemporánea.

Hablando de literatura ocupamos los ochenta minutos de aquella sesión en la que yo había pensado plantear el tema de mi proyectada separación de Lucy. No fue posible por culpa de la inane charla sobre literatura, y esa noche salí del consultorio sintiéndome terriblemente defraudado. En casa busqué un pretexto para reñir, antes de que una nueva noche de insomnio me diera la oportunidad de evocar todos los disgustos que había tenido con mi amante desde el día de nuestra unión, todos sus defectos, todas sus manquedades, todos sus intolerables caprichos. Tal como me lo propuse logré sentir un vivo desprecio por Lucy que a la mañana siguiente me envalentonó para decirle, justo en el momento de salir en taxi rumbo a la oficina, que había decidido abandonarla.

Cerré de un golpe la portezuela y ya no quise volver el rostro hacia el gesto de asombro y angustia que seguramente mis palabras produjeron, pero a los diez o quince minutos de encontrarme en la oficina la voz de Lucy prorrumpió en el teléfono. Hablaba para saber por qué razón la ofendía con esa broma, pues daba por supuesto que sólo de una broma de mal gusto se trataba. La saqué de su error. Con una frialdad de la que yo fui el primero en sorprenderme, le dije que no era hombre capaz de bromear sobre asuntos tan graves, y luego de exponer brevemente la ausencia de razones legítimas que justificaran mi actitud, le confirmé la irrevocable determinación. Acto seguido colgué el aparato sin dar tiempo a que Lucy terminara una frase. En esa misma forma, con igual brusquedad y aplomo con que había suspendido la conversación telefónica, pensé que debería romper para siempre el vínculo que me ataba a la mujer de mi vida.

Esa tarde (o tal vez otra) el muchacho de la entrevista se presentó en mi despacho. Recibílo con efusión pasando por alto su incumplido comportamiento referente al no haberme llevado a revisar su trabajo, de lo cual él pidió disculpas una y otra y otra vez tartamudeando incongruencias y llevándose de continuo una mano a la nariz colmada de espinillas. Luego que lo hube felicitado por la impecable transcripción de nuestra charla, discurso a la obligada serie de preguntas sobre su

persona. Lo hice no porque en realidad me interesara en él, sino porque el muchacho daba muestras de aguardar con ansia el interrogatorio. Era provinciano de nacimiento y de residencia, y tenía pocos meses de haber llegado a México para buscar fortuna como escritor. La ciudad le fascinaba, dijo; nunca la abandonaría porque no obstante los problemas económicos que le planteaba, viviendo en ella disponía de más tiempo para leer, para escribir, y de oportunidades sobre todo para relacionarse con los medios literarios. Sin medir las consecuencias de mi pregunta, propuesta únicamente con el fin de llenar un hueco en la conversación, le inquirí qué clase de literatura le interesaba en lo particular, a lo que ya más seguro de sí mismo, más animado, pero aun sin vencer del todo su exasperante tartamudeo, me respondió con una entusiasta apología de los géneros creativos, durante la cual se irguió del asiento para poner en mi escritorio una carpeta eléctrica que, según me dijo en seguida, empastaba el original a máquina de su primera novela.

No me atreví a rechazarla. Después de las ponderaciones y elogios a su artículo hubiera significado una defección imperdonable emitir alguno de los consabidos pretextos con que suelo rechazar originales de escritores consagrados e incipientes que sin intimidarse por mi fama de hombre hosco y petulante consiguen llegar hasta mi oficina para solicitar una opinión a sus novelas, a sus poemas, a sus relatos. No acostumbro leer trabajos inéditos. Soy alérgico a los manuscritos, así pertenezcan a personas como Roberto Fernández quien un día quiso mostrarme las paráfrasis que había hecho de unos poemas prehispánicos traducidos por el doctor Garibay. Le respondí con una cortés negativa, y aunque él dijo comprender mi actitud temo que al fin de cuentas se haya fracturado en ese instante nuestra amistad.

Ante el muchacho de la entrevista no pude actuar conforme a mi costumbre. Le advertí sin embargo que dadas mis ocupaciones tardaría mucho tiempo en dar lectura a su escrito; advertencia que lejos de desanimarlo calificó de lógica y de prevista. Por una opinión como la mía, dijo, estaba dispuesto a aguardar meses y años, y dijo también que sólo con mi visto bueno se atrevería a llevarla a una editorial de la categoría del Fondo de Cultura Económica, de Joaquín Mortiz, de Era.

Oyendo al muchacho hablar de su novela con un entusiasmo y una seguridad que anulaban de pronto toda timidez y toda presunta inconsistencia, tuve por momentos la impresión de encontrarme frente a un joven talento al que sólo le faltaba un padrino como yo para entrar victorioso en el grupo de los nuevos valores. Tal vez dentro de aquella carpeta negra se hallara la gran novela mexicana que tanta falta estaba

haciendo a nuestra literatura. Antes que yo, la había escrito este muchachito de aspecto desabrido de quien también sentí envidia por un instante: envidia de su juventud, de una sarcástica, autosuficiente sonrisa abierta en su rostro mientras anotaba el número telefónico al que me llamaría dos semanas después. La sonrisa se repitió en la puerta, y Fabián Mendizábal abandonó mi oficina con el paso seguro de un triunfador.

Desde luego no lo era ni estaba en camino de serlo. Al menos eso pensé, rectificando mi absurda corazonada, tan pronto vi la composición tipográfica de los créditos (más acorde con el trabajo de un escolar de secundaria que con el original de un novelista inteligente) y una vez leídos los cuatro epígrafes, cuyo solo número evidenciaba ya al escritor principiante que inseguro de su propia obra necesitaba avalarla, significarla, con citas de autores célebres.

El título no era del todo desafortunado, a pesar de que notoriamente estaba de más el artículo definido; pero sí lo eran los epígrafes, por razones obvias.

Me llamó la atención que el original de Mendizábal estuviese escrito con un tipo de letra idéntico al de mi máquina.

NOTAS:

[1] Fabián Mendizábal, «Entrevista con Fernando J. Moreno», en *Diorama de la Cultura* (*Excélsior*), núm.18 021, 24 de abril de 1966, México, D.F.

[2] Fernando J. Moreno, «El fracaso de los novelistas jóvenes», en *La Palabra y el Hombre*, núm. 20, octubre-diciembre de 1961, Xalapa, Ver.

[3] *Op. cit.*

[4] J. Middleton Murry, *El estilo literario*, fce (Breviarios, núm. 46), 2ª edición, 1956, México, D.F. Traducción de Jorge Hernández Campos.

El Garabato

Por FABIÁN MENDIZÁBAL

novela

—o—

Ciudad de México ————1966

Seguramente se había calumniado a José K..., pues, sin haber hecho nada malo, fue detenido una mañana.

FRANZ KAFKA, *El proceso*

Pero aun cuando no conozco yo el concepto del deber, conozco, sin embargo, el de la culpa; acaso son los dos la misma cosa.

HERMANN HESSE, *El lobo estepario*

La causa de la angustia es la pérdida de la verdadera identidad.

A. SAINT-EXUPÉRY, *Piloto de guerra*

Todo arte es a la vez superficie y símbolo. Los que van más adentro de la superficie, hácenlo así a cuenta y riesgo suyos. Los que leen el símbolo, hácenlo así a cuenta y riesgo suyos.

OSCAR WILDE

Capítulo 1: encuentro en la autopista

Empezaba a oscurecer. En el auto *sport* de Juan José Garmendia, este y su amigo Rodolfo viajaban de Cuernavaca a México. Era martes y el cielo pardo se dejaba recortar a tijeretazos por las montañas que la cinta gris de la autopista perforaba como un taladro.

Juan José conducía a ciento diez kilómetros por hora sobre el carril izquierdo. Su zapato tenis pegado al acelerador, sus *blue jeans*, su camisa intencionalmente desabotonada para lucir el vello ceñido de su torso, conjugaban con su semblante el mismo verbo que agrupa a todos los juniors mexicanos. Juan José era el prototipo de la juventud moderna. Tenía veintidós años y era el hijo mayor de un connotado empresario. Como todo junior gustaba de relatar a sus amigos sus múltiples aventuras amorosas, y presumía de haberse «tirado» a una docena, por lo menos, de las más guapas chicas de la *high society* metropolitana. Estudiaba, con Rodolfo, el segundo año de leyes en la Universidad.

Rodolfo constituía la otra cara de la moneda. Ni tenía auto, ni era hijo de empresario, ni se había acostado jamás con ninguna muchacha de la *high society*. Moreno, de complexión delgada, casi escuálido, Rodolfo había dejado su provincia para estudiar en México una carrera profesional. Sin embargo, y aunque su familia no nadaba en dinero, el joven estudiante vivía libre de aprietos económicos. Su padre le enviaba puntualmente una mensualidad de dos mil pesos que le permitía habitar un departamento bastante cómodo, equipado con teléfono, en las calles de Sullivan. Rodolfo no tenía vicios ni despilfarraba el dinero; estaba dedicado por entero a sus estudios y su única ambición era llegar a ser un buen abogado. Lo sería, sin duda, porque tanto en la preparatoria como en su primer año de Facultad, había despuntado sobre sus compañeros. Tenía fama de talentoso y no eran pocos los estudiantes que se acercaban a él para solicitarle ayuda: desde la explicación de una clase mal comprendida hasta el «préstame tus apuntes, Rodolfo».

Con base a esta relación, Juan José Garmendia entabló amistad con Rodolfo. Una amistad que no obstante el interés del junior por incorporar a su amigo al mundo frívolo de reuniones y de «pachangas», de

muchachas «jaladoras» y *dolce vita*, se había limitado a reuniones esporádicas cuando se trataba de un examen.

A preparar un examen de derecho civil habían ido los dos amigos a la casa de campo que los padres de Juan José tenían en Cuernavaca. Todo el lunes, toda la mañana y parte de la tarde de aquel martes permanecieron dedicados de lleno al estudio.

—Mi padre me amenazó con quitarme el auto y no darme lana, y lo cumplirá si no paso, estoy seguro —había dicho Juan José tres días antes, al mismo tiempo que le suplicaba aceptar ir con él a Cuernavaca donde nadie podría interrumpirlos.

Rodolfo se negó en un principio, porque además de que se sentía ya muy bien preparado en la materia, había hecho planes para dedicar esos dos días a salir con su novia. Sin embargo, las insistentes súplicas de Juan José y su débil carácter —esa cortedad que con frecuencia lo convertía en un ser fácilmente dominable— terminaron llevándolo a Cuernavaca.

En la gran casa campestre, de enormes jardines, alberca y confortables habitaciones, Rodolfo desempeñó el papel de un maestro que en un curso relámpago desentraña los misterios de una difícil materia al alumno lerdo pero empeñoso —sinceramente empeñoso— en que se convirtió Juan José. Los dos estudiantes sólo suspendían el estudio para comer y para cenar, para darse un rápido chapuzón en la alberca y volver a los libros, a los apuntes, a las fichas resueltas del examen.

Me bastó con la lectura de las dos cuartillas iniciales para confirmar que era del todo insostenible y absurdo mi fugaz presentimiento. Un arranque torpe, plagado de lugares comunes que en vano trataban de insuflar vida a ese par de muñecos de cartón, me trajo a la memoria una vieja serie de artículos en los que me propuse (con buenos resultados a juzgar por los comentarios recogidos) puntualizar algunas normas básicas de la preceptiva novelística, sin necesidad de penetrar en el fenómeno estético propiamente dicho:

> Lo que conforma a un personaje no es de ninguna manera la simple enumeración de atributos, de datos biográficos, de condicionantes socio-económicos, sino el relato vivo de las respuestas específicas y concretas que ese personaje da a los estímulos de cada situación planteada por el novelista... Para individualizar a un ser de ficción, hace falta algo más que bautizarlo con un nombre y describir sus antecedentes; es preciso ponerlo ante conflictos que motiven y hagan surgir sus reacciones personales. Así como en la pintura tradicional el retrato artístico de un sujeto no se limita a describir al sujeto, sino a narrarlo, así en la literatura todo protagonista, para manifestarse, exige de la acción narrativa. Pero es necesario entender bien el término; acción narrativa significa movimiento psicológico y no únicamente acción física, acción externa.[5]

A un tiempo que Mendizábal parecía desconocer principios tan elementales, llegaba al extremo de plantear el concepto «joven universitario» mediante el ingenuo desdoblamiento en sus dos caras extremas prototípicas: la del junior que obviamente es dueño de un carro *sport*, que obviamente lleva mal su carrera, que obviamente es presuntuoso y enamorado, y la del muchacho de provincia que con iguales «obviamentes» posee las características contrarias. Requería dos cuartillas para decir lo que apenas precisaba una línea: «Había una vez dos estudiantes: el junior Juan José y el provinciano Rodolfo».

Con todo, no era esto lo peor del fallido arranque. Un aprendiz de novelista puede formular arquetipos, puede emplear lugares comunes, puede escribir con torpe sintaxis y aún así es posible creer en él confiando en que la experiencia, las lecturas y la práctica del oficio

subsanarán con el tiempo sus defectos; pero de lo que no puede carecer por ningún motivo es de imaginación y potencia creativa: virtudes siempre reconocibles merced al fenómeno psicológico-literario de la proyección. *Cuando el autor de una novela no consigue diferenciar su propio yo del yo de su protagonista, la obra de ese autor se convierte en simple cauce para el desahogo*.[6] Es decir, cuando autor y personaje resultan ser, sin que el escritor se dé cuenta, un mismo sujeto, ya no existe fenómeno creativo, ya no hay novela posible. Leyendo las dos primeras cuartillas de aquel trabajo, cualquier lector medianamente suspicaz podía darse cuenta de que Rodolfo, el estudiante provinciano, no era otro que el novelista Fabián Mendizábal.

Lo lamenté de veras. Mucho me habría complacido que el joven a quien tanto admiré por la impecable transcripción de nuestra charla y que tan esperanzadamente sometió a mi juicio el fruto de sus trabajos, fuese un gran novelista en potencia. Una vez más se confirmaba que no todo el que escribe buenos trabajos periodísticos está capacitado para escribir buenas novelas.

Extrapolada a mi condición de crítico, esta evidencia me preocupaba a veces, aunque como bien argüían Lucy y mi analista, mientras no escribiese una novela carecía de argumentos válidos para poner en duda mi competencia. Temas no me faltaban. Tenía en mente dos o tres, y de uno en particular, estructurada completa (también *in mens*) la historia de los protagonistas centrales.

Recuerdo haber comunicado a Lucy en alguna ocasión, henchido por un como fuego interno que inflamaba a mis personajes ansiosos por encarnar en las páginas de un libro, mi proyecto de alquilar una casa en Cuernavaca y en compañía de ella ir a escribir allí mi novela durante el tiempo que fuese necesario. Lucy calificó el plan de estupendo, pero pronto pudo darse cuenta de que las razones con que yo aplazaba la fecha de partida, pretextando mil ocupaciones y compromisos, lo hacían (lo hicieron finalmente) irrealizable.

Pobre Lucy, tan leal, tan comprensiva, tan interesada en mis éxitos, tan segura de que el nuestro era el único paraíso verdadero.

Difícil resultó hacerle comprender los motivos de mi decisión, no obstante el empeño que puse en mantener el diálogo a un nivel intelectual digo de nuestra cultura. Lo iniciamos y lo concluimos en la biblioteca. Al principio fue más bien un monólogo al que su ceño, su cigarrillo apuntándome como un revólver y los guturales gemidos con los que me instaba a seguir cada vez que yo me detenía en espera de sus comentarios, comparecieron en maniatada condición. Nada podía hacer o

decir Lucy para rebatir la sentencia que yo dictaba contra ella y contra mí mismo, desde el momento en que más de una vez su amplio juicio la obligó a respetar mis conceptos de pecado, de gracia, de condenación y vida eternas, y toda vez que ella había admitido la legalidad que ampara a toda fe cuando impone normas y castiga las infracciones de sus fieles. Lo había dicho, lo había admitido, pero ahora, cuando el problema se le planteaba en vivo, era evidente su incomprensión y su rebeldía contra las leyes de mi absurdo Dios.

Reaccionó al fin. Deshizo la tercera colilla en el cenicero, aplastándola como si fuera a mí a quien triturara, y preguntó cuál era entonces la diferencia entre un católico progresista y un católico reaccionario. Lucy acostumbraba llamarme católico progresista, pero nunca había empleado el tono hiriente, sarcástico con el que ahora pronunció ambas palabras. Que yo creyera en el infierno, que yo afirmara que Dios me exigía abandonar una amante sólo porque mi esposa vivía, era tan infantil, tan estúpido, como seguir creyendo en el coco o en el ángel de la guarda.

Y tal vez Lucy tenía razón. Tal vez los teólogos llegaran a admitir tarde o temprano que nadie sufre la condenación eterna porque la misericordia de Dios es de tal modo infinita, y de tal modo son infinitos los méritos de Cristo, que ni aun deseándolo podría el hombre condenarse; o no precisamente por eso, sino porque los descubrimientos científicos de la psicología moderna anticipan ya la extinción del concepto pecado tal como tradicionalmente se ha venido entendiendo.

Era dable intentar una serie de piruetas ideológicas dentro de la ortodoxia cristiana, pero mi conciencia se resistía a hacerlo a sabiendas de que tal actitud temerosa me inculpaba seguramente de católico reaccionario, mocho, miembro de una congregación de beatas. Me anticipé a calificarme con esos epítetos para evitar que Lucy los profiriera con el mismo sarcasmo de su anterior pregunta.

Quedó desconcertada; dio lumbre a un cigarrillo más, y luego de un prolongado silencio que de súbito y para siempre transformó en inhabitable nuestra querida biblioteca, inquirióme por qué si durante cinco años no había alterado en nada mi forma de pensar, me empeñé en sostener una situación tan críticamente opuesta a mi ideología. ¿Acaso no me di cuenta durante las primera semanas que el tiempo amenazaba con hacer más sólido, más estrecho, más indestructible nuestro vínculo?

Lucy conocía muy bien la respuesta a su reproche, pero yo quise emitirla en voz alta sin miedo a la peroración melodramática.

Supe, desde un principio, desde el primer día, que era forzoso elegir

entre el amor a Lucy y la salvación de mi alma; y elegí a Lucy y con ella mi condenación eterna. Crucifiqué a Cristo. *Cristo ha muerto y su cuerpo agujereado sigue pendiente de una cruz invisible plantada en medio de la tierra. Bajo esa cruz gigantesca, goteando sangre todavía, van a llorar los crucificados en el alma, y todos los tirones de los judas no han podido desarraigarla*.[7]

Crucifiqué a Cristo y elegí el Infierno. Tuve que reconocer ante Lucy que era el presentimiento de una muerte repentina, muy próxima, el principal motivo de mi inesperada decisión.

Tratando de contener un gemido que retenía a su vez el llanto al que toda mujer, por muy fuerte, muy intelectual y muy estoica que sea, está propensa desde la cuna, me preguntó aun, casi gritando, si mi Dios y mi religión no la tomaban en cuenta a ella al provocar este drama. Fueron sus últimas palabras en la biblioteca, y al día siguiente, en las primeras horas de la mañana, me comunicó que se iba a Los Ángeles a pasar una temporada en casa de Harry y Josefina.

No la acompañé al aeropuerto la noche en que abordó el avión. Inventando quehaceres permanecí en la oficina hasta la una de la madrugada.

—Te debo la vida compadre, realmente eres un fregón si no hubiera sido por ti me pego un tiro —le dijo Juan José la tarde del martes, cuando estaban por regresar a México.

Rodolfo levantó los hombros y sonrió para decir:

—No, hombre, no es para tanto.

Ahora viajaban de regreso, a 110 kilómetros por hora, en aquel auto *sport* «semejante al que un día yo también tendré», se decía Rodolfo mientras escuchaba a su amigo hablar de la muchacha a la que tenía que ver esa noche apenas estuviera en México. Era la hija de un político, estaba «de lo más *fine*» y «se dejaba hacer todo» de Juan José.

—Un día me fui con ella toda una semana a Acapulco. Nada más nosotros dos, como recién casados, ¡imagínate!... La hubieras visto en la cama, está ahí como un pez en el agua.

No acababa Juan José de decir aquello, cuando al salir de una de las curvas en que serpentea el camino unos kilómetros adelante de Topilejo, los dos amigos presenciaron la lucha que un Valiant 65 entablaba contra un MG rojo al que trataba de rebasar por la izquierda, entre aullidos de claxon. El MG estaba empeñado en continuar por el carril a gran velocidad, y cuando el Valiant 65 trató de adelantarlo por la

derecha, el MG aceleró impidiéndoselo; luego se abrió para tomar la curva dando tiempo a que el Valiant, en un rápido cambio de posición, se lanzara como por ese hueco para apoderarse del carril izquierdo sin dejar de hacer sonar el claxon. Durante unos segundos, en el lapso en que salían de la curva, los dos autos marcharon al parejo, pero inmediatamente después el Valiant cargó impunemente sobre su derecha, como para empujar al MG hacia la cuneta que separaba al camino del barranco. No se llegó a producir el choque, pero Juan José y Rodolfo vieron de qué manera el MG frenaba, y perdido el control se ponía a zigzaguear peligrosamente hasta detenerse al fin, intacto pero resollante, sobre la cinta de arena colorada. El Valiant se había perdido en la distancia.

Sólo exclamaciones aisladas tuvieron tiempo de pronunciar los dos amigos durante el breve tiempo en que ocurrió todo. Juan José disminuyó oportunamente la velocidad, y cuando alcanzó al MG éste se encontraba ya sobre la cuneta. Instintivamente Juan José detuvo el auto unos metros adelante, mientras Rodolfo decía:

—Es una mujer.

—¡Qué brutos! —exclamó su amigo poniendo el freno de mano.

Descendieron simultáneamente y caminaron trotando hasta el MG.

En efecto, una mujer estaba al volante. Sus cabellos en desorden, de un rubio quemado, le crecían hasta muy cerca de los hombros. La encontraron con las manos aferradas al extremo superior del volante y con el rostro unido a ellas de manera que sus ojos se encajaban en los nudillos de los dedos índices. Bajo la blusa desabotonada brillaba sobre la piel broncínea el sostén amarillo de un traje de baño, y de los shorts, también amarillos, nacían un par de piernas de rotundos, excitantes muslos. Más que por los senos, de redondez generosa, el sostén se inflaba a causa del excitado jadeo con que se transmitía la respiración de la mujer.

Ella desocultó el rostro y dirigió la vista hacia la ventanilla que enmarcaba a Juan José. Sus ojos eran azules, muy azules, y no obstante su gesto, la lividez de sus mejillas y la frente arrugada aún por el miedo, lucía como una mujer hermosa. Lo era a pesar de los 40 o 45 años que mentalmente le calculó Juan José, quien le dijo:

—¿No le pasó nada?

—No, nada. *I'm all right* —respondió ella.

—Qué tipos, por poco la avientan a la barranca. Habría que denunciarlos a la policía de caminos.

—Ya pasó.

—Vi cómo la querían rebasar, qué brutos... Y luego cuando se le echaron encima. Es increíble, es criminal. Si usted no se enfrena a tiempo se hubiera estrellado contra ellos... Y luego, ya merito. Se salvó por un pelo.

—Ya pasó —volvió a decir la mujer, mientras soltaba la mano derecha del volante para alisarse el cabello—. Muchas gracias, son ustedes muy amables.

—De qué. Nos detuvimos porque... ¡caray!... ¿No le pasó nada al auto?

—No, pienso que no; *thank you very much*.

La mujer miraba en ese momento hacia Rodolfo, quien permanecía a distancia, a espaldas de su amigo.

—A ver, encienda el motor —dijo este.

Ella dio vuelta a la llave y el motor echó a andar normalmente.

—Está bien, *thank you*, sólo fue el susto.

Era norteamericana, desde luego, pero hablaba un español magnífico.

—¿Y quienes son esos tipos? —agregó Juan José—. ¿Los conoce? Parece que venían dos en el carro, ¿verdad?

—No tengo la menor idea... Me venían siguiendo desde Cuernavaca. Todo el tiempo detrás de mí: disminuía yo la velocidad y ellos la disminuían...; aceleraba y ellos aceleraban...

—Sí, sí, claro, vieron a una mujer sola y... —Juan José bajó la mirada hacia los muslos de la mujer, y luego, pasando por su busto, la llevó nuevamente hasta el rostro—. Pero lo que es inconcebible es esa manera de aventarse contra su carro... Deben haber venido borrachos.

—*I think that*.

—¿De veras está usted bien?... ¿Se siente usted con ánimos de seguir manejando? —preguntó el junior.

—Gracias, me siento bien..., ya estamos por llegar. Muchas gracias, son ustedes muy amables, *thanks*.

La mujer volvía a mirar a Rodolfo quien poco a poco, tímidamente, se aproximaba a la ventanilla. Mientras Juan José hablaba, él recorría con la vista a la desconocida que generosamente mostraba sus encantos y que en ningún momento del diálogo trató de abotonarse la blusa.

—Si quiere venir en mi auto... —sugirió Juan José—, y que mi amigo maneje el suyo...

—No, gracias, no es necesario, estoy bien.

—Yo no sé manejar —se adelantó a terciar Rodolfo, quien hablaba por primera vez.

—O si quiere que él la acompañe —rectificó el junior volteando a ver a su amigo y sonriéndole con un ligero gesto de picardía— para que no se sienta nerviosa.

La mujer sonrió mostrando su blanquísima dentadura.

—A lo mejor esos borrachos la están esperando más adelante... ¿No te parece? —completó Juan José dirigiéndose a Rodolfo.

—*Well*, si alguno de ustedes quiere venir conmigo, yo no tengo ningún inconveniente... Me dará mucho gusto, *boys*.

Ella miraba directamente al estudiante provinciano sin desbaratar aún su jovial sonrisa. A él parecía ir dirigida la invitación.

Al darse cuenta, Rodolfo sintió que un color encarnado le bañaba el semblante, pero permaneció mudo, inmóvil, paralizado. Una forzada sonrisa de asentimiento fue su única respuesta, mientras Juan José le propinaba un puntapié, amistoso y elocuente, en el tobillo.

—Órale, no seas buey —oyó murmurar al junior por lo bajo.

La mujer agregó, haciendo un mohín:

—Si es que a usted no le da miedo venir conmigo.

—No... no... —tartamudeó Rodolfo. Y no fue sino hasta minutos más tarde, a bordo ya del MG que devoraba veloz el último tramo de la autopista, cuando recordó las palabras de la desconocida y pensó que habían sido pronunciadas con una doble y sutil intención: «Si es que a usted no le da miedo venir conmigo».

La mujer lo retaba. Estaba proponiéndole una aventura amorosa.

Mucho había oído hablar Rodolfo de esas *gringas* locas con dinero que vienen a México en busca de experiencias sexuales, atraídas por la afamada fogosidad de los *latin lovers*. La mujer tenía dinero —su MG lo proclamaba— o tenía al menos quién le diera dinero, que para el caso importaba lo mismo. Por otra parte, aquella frase, unida a la desenvoltura y desenfado con que la mujer vestía —como si aún estuviera en una alberca— y los 35 o 40 años que le calculó Rodolfo —la edad en que para una mujer sin prejuicios estalla con violencia el apetito sexual— contribuían a garantizar la posibilidad de una aventura. Ante todo, la dejaría a ella tomar la iniciativa. El estudiante provinciano se sabía demasiado tímido para atreverse a aventurar cualquier proposición de ese género; como se sabía también falto de aplomo y desvergüenza para reaccionar en la forma indicada ante el rechazo violento con que ella podía responder a una insinuación indecorosa.

Al principio, en los primeros kilómetros del viaje, la conversación se desarrolló torpemente por culpa de la timidez de Rodolfo. Repitieron, en forma más o menos parecida, el diálogo que ya Juan José había sostenido

con ella. Volvieron a comentar la conducta criminal de los ocupantes del Valiant 65 y a decir que había sido verdaderamente un milagro el que no hubiera llegado a ocurrir un accidente fatal.

Luego la desconocida le preguntó a Rodolfo sobre su edad, su nombre y sus actividades, y él respondió para preguntar a su vez datos semejantes.

La mujer se llamaba Frida Campbell. Sí, era norteamericana, de Kentucky, pero estaba enamorada de México: cada dos meses por lo menos venía a pasar una semana a la capital, a Cuernavaca, a Acapulco. Viajaba sola por todo el país, pero tenía aquí muchos amigos. Acababa de pasar cuatro días «maravillosos» en Cuernavaca, y aún permanecería otros cuatro o más en la capital antes de regresar a Kentucky.

—México me gusta muchísimo. La gente sobre todo. Es simpática, amable... *charming*. Los mexicanos son los hombres más varoniles del mundo... *They've got guts*.

Frida lanzó una larga mirada a Rodolfo. Sonreía. Ninguna arruga, ningún rictus denunciaban ya el miedo a la muerte que seguramente experimentó al sentirse arrojada hacia el abismo. Era como si hubiera borrado de un golpe todo pensamiento trágico para ser de nuevo la norteamericana desenvuelta y frívola que sospechaba Rodolfo.

Los ojos del estudiante provinciano se detuvieron en el busto femenino mientras ella miraba hacia el camino en el que ya surgían las luces de la caseta de cobro. La oscuridad del cielo era completa. No hacía calor, pero Frida dijo, abriéndose más la blusa y abanicándose con ella:

—Hace calor.

Luego miró a Rodolfo cuya vista descendió como una caricia voluptuosa por la cintura y los muslos de la mujer.

—¿Le extraña que venga así?

—No, de ninguna manera —tartamudeó Rodolfo. Trataba de comportarse como seguramente se habría comportado Juan José, pero su acento denunciaba timidez y excitación—. De ninguna manera —repitió —, es usted muy guapa.

—*Aw* —exclamó ella con una sonrisa, frenando al llegar a los topes de la caseta de cobro. Y enseguida—: *Thank you very much*.

Rodolfo reaccionó tardíamente, y cuando alargó el billete hacia el empleado de la ventanilla, ella ya estaba recibiendo los dos pesos de cambio. El ademán del joven, sin embargo, lo obligó a aproximar su cuerpo al de la mujer, y una de sus manos se apoyó en el muslo derecho de Frida. La retiró cuando ella presionó nuevamente el acelerador, pero creyó darse cuenta de que la norteamericana había sonreído con especial

complacencia.

—El que se perdió de vista fue mi amigo —dijo Rodolfo volteando hacia atrás.

—¿Le importa mucho? —preguntó la mujer—; ¿quiere que lo esperemos? *If you*...

Él iba a decir «No, de ninguna manera», pero la idea se le escapó de la mente cuando creyó reconocer, en uno de los autos que se hallaban estacionados unos metros adelante de la caseta, al Valiant 65 que se había lanzado contra Frida en la autopista.

Seguramente Frida también lo vio, pero cuando Rodolfo empezaba a decir «Oiga, mire, ¿no es ése el carro...?», lo interrumpió un rápido y nervioso «No, no es», al mismo tiempo que cambiaba a la segunda velocidad, haciendo que su MG diera un respingo y se lanzara luego como un bólido.

—Podíamos denunciarlo en la caseta, o decirle a un vigilante —arguyó Rodolfo.

—No, no es, y aunque fuera... qué importa, ya pasó todo —respondió Frida tratando de aparentar serenidad, aplomo e indiferencia. Pero su ceño se había arrugado de nuevo y las manos parecían crispadas sobre el volante.

Ambos permanecieron en silencio hasta que el auto de Frida llegó al puente y enfiló hacia la derecha para tomar la calzada de Tlalpan.

Durante ese breve lapso de tiempo, Rodolfo se dio cuenta de que ella no quitaba los ojos del espejo retrovisor y de que su pecho subía y bajaba, jadeante.

La mujer tenía miedo: un miedo que hasta cierto punto no correspondía ni a su atuendo ni a su aspecto.

—¿La vienen siguiendo otra vez? —preguntó Rodolfo.

—¿Quién? —dijo ella, como si hubiera olvidado el asunto. Y enseguida, como si recordara—: ¡Ah! ¿ese auto?... No sé, pero ya le dije que no me importa. Ya estamos en la ciudad... ¿Qué?, ¿tienes miedo, *honey*?

Rodolfo sintió un leve estremecimiento al oírse llamar *honey*. Dijo:

—No, pero si van a seguirla molestando...

—*Poor fools*!

Corrían a excesiva velocidad por la calzada de Tlalpan. En dos ocasiones Frida desobedeció la luz roja, y cuando llegaron al cruce de la Diagonal San Antonio ella exclamó, poniendo el pie en el freno:

—Ah, *excuse me*, me olvidaba... *Where are you going*?

—No, por mí no se preocupe; siga hasta donde usted vaya.

—Yo voy al hotel Alameda... pero si quiere puedo dejarlo donde usted me diga.

—Está bien en el hotel Alameda. Ahí me queda bien.

—¿Vive cerca?

—No precisamente, pero... pero está perfecto... Voy a ir a casa de un amigo que vive por ahí.

—¿Su amigo el del auto?

—No, no, otro..., tengo que pasar por unos apuntes para el examen de mañana. En la avenida Juárez me queda perfecto.

—Como usted quiera —dijo Frida.

A Rodolfo lo asaltó la idea de que la proyectada aventura amorosa se venía abajo. Evidentemente la norteamericana no lo incluía como candidato en ningún plan de esa índole. La pregunta «¿a dónde va?» era tácita: significaba que Frida quería desembarazarse cuanto antes de su compañía. En ningún momento, ni ahora ni antes, abrigó otra intención. Lo había invitado a subir al MG —reflexionaba Rodolfo compungido— por simple gesto de cortesía, para agradecer la atención que los estudiantes habían tenido al detenerse en la carretera. El resto: la sonrisa, el coqueteo con la blusa, las frases con dizque doble significado, eran producto de la imaginación calenturienta del muchacho provinciano.

¿De veras? ¿Seguro? ¿No sería acaso que ella estuviera esperando la iniciativa masculina?

En el lugar de Rodolfo, Juan José no habría tardado un segundo en ir al grano: en invitarla a tomar una copa en algún sitio, o a lo mejor —más hábil— en pedirle por favor y «si no era mucha molestia» que lo llevara a su casa, para luego, una vez allí, invitarla a entrar. Indudablemente que Juan José habría aprovechado mucho mejor esos minutos de camino a bordo del MG que lentamente llegaban a su fin, y a estas alturas ya estaría hablándose de tú con la mujer y describiéndole los *shows* o las bebidas de los centros nocturnos.

Si todo terminaba tan estúpidamente no era por culpa de Frida, sino de Rodolfo.

—¿En qué piensas, *my honey*?

Lo volvía a tutear y a llamarlo «*honey*» con voz dulce, maternal.

—No, en nada.

—¿En tu examen de mañana?

—No —sonrió Rodolfo. Y atreviéndose a mirar el busto de Frida cuando sabía perfectamente que ella lo miraba a la cara, agregó—: Estaba pensando en usted.

Frida rio, mientras con la mano izquierda comenzaba a abotonarse

la blusa.

Se hallaban detenidos frente a un semáforo en alto cuando la trompa de un automóvil negro se dejó ver por la ventanilla.

Era el Valiant de la carretera.

Fuertemente Frida volvió a sujetar con las dos manos el volante, y arrancó antes de que se encendiera la luz verde del semáforo. El Valiant partió a su alcance, pero un auto que en ese momento cruzaba en sentido transversal le dio alcance a la altura de la salpicadera. El rechinar de las llantas y el ruido del choque violento llegaron hasta los oídos de Frida y de Rodolfo. Después de las exclamaciones con las que acompañó su impresión, el estudiante provinciano dijo, meneando la cabeza y arrojando el aire por la boca:

—Ya tuvieron su merecido... Se lo andaban buscando.

—*It's true* —dijo ella, pero sin desfruncir el ceño.

Llegaron al hotel Alameda. Frida tomó una gran bolsa de mano que había permanecido entre su costado izquierdo y la portezuela, y descendió del MG. Un empleado del hotel se encargaría de llevar el auto al estacionamiento.

Luego de descender, cuando Rodolfo creyó que había llegado el momento del adiós definitivo, se escuchó decir a la mujer:

—Suba conmigo; *come in*... Lo invito a tomar una copa en *my room*.

No era una pregunta, ni siquiera una invitación a la que él tuviera oportunidad de negarse; era una orden pronunciada de prisa, como si Frida no quisiera permanecer un solo segundo en el *lobby*. «Tal vez porque no le gusta que la vean en shorts» —pensó Rodolfo cuando ya el elevador los conducía al piso once. Pero rechazó de inmediato la suposición porque a toda luces Frida no parecía una mujer a la que le preocuparan los convencionalismos de esa clase.

Después de todo, ¡qué importaba cuál fuera la causa!, lo único importante era que la aventura adquiría nuevas posibilidades, era casi una realidad. Todo empezaba a ocurrir como soñó Rodolfo: Frida tomando la iniciativa, comprendiendo su timidez y allanándole el camino para que no tuviera que esforzarse por adoptar la conducta de un conquistador.

VISITE NUESTRO BAR DILIGENCIAS, leyó Rodolfo en la pared del elevador sin atreverse a mirar a la mujer. Tenía miedo de que la joven elevadorista adivinara la situación, miedo a sentirse calificado de un *latin lover* de pacotilla al que una gringa loca sube a su cuarto violando el reglamento moral del hotel.

«Y qué me importa lo que crea la elevadorista —pensó Rodolfo—;

sube a tantas gentes a todas horas del día que ni se fija o se hace la disimulada... Total, a ella qué le importa.»

Cuando salieron del elevador, al pisar la alfombra que se extendía por el corredor silencioso —de un intenso olor a limpio— Frida lo tomó de la mano y de la mano lo condujo hasta la puerta donde en cifras doradas —metálicas— brillaba el número del cuarto: 1106.

Lo soltó para introducir la llave en la cerradura, y le sonrió al abrir la puerta.

No habían cruzado palabra alguna desde que entraron al elevador, y aún tardó Frida en hablar. Cruzó primero hasta el extremo del cuarto —amueblado con camas gemelas—, descorrió las cortinas de tela estampada, y de un mueble extrajo dos vasos y una botella de whisky Johnny Walker.

—¿No le importa tomarlo sin hielo?

—No —dijo Rodolfo, aunque ni él mismo escuchó su voz.

—Yo acostumbro tomarlo solo, pero si usted quiere agua...

—No —titubeó Rodolfo—, así está perfecto. Yo... yo también lo tomo sin agua... y sin hielo.

—*Okay*.

Frida sonrió. No se mostraba ni amable ni casquivana; más bien parecía estar desempeñando profesionalmente un papel aprendido de antemano. Ninguna emoción, ninguna sugerencia transmitían sus gestos: como si Frida fuera una de aquellas prostitutas de Puente de Alvarado con las que Rodolfo había hecho el amor una media docena de veces a lo sumo. Toda la experiencia sexual del muchacho se reducía a aquellos actos contratados comercialmente y realizados en silencio, casi sin preámbulos.

Así, como a una prostituta debería abordar a la gringa. Ahora le tocaba a él la iniciativa. De seguro ella estaba esperando que Rodolfo se le arrojara encima para acariciarla y desvestirla.

«Debo hacerlo —pensó mientras Frida servía el whisky con la mirada atenta a la botella y a los vasos—. Debo hacerlo.»

Pero nuevamente Rodolfo temió el rechazo. Imaginó a la mujer empellándolo, ordenándole con palabrotas en inglés que saliera inmediatamente de la habitación del hotel.

Pensó en el peor de los ridículos, pero pensó también que aunque esto sucediera él estaría obligado a insistir como hubiera insistido en su lugar Juan José. No hacer caso de los gritos, ni de los empellones, ni de los rasguños con que Frida trataría de defenderse. Luchar con besos y con abrazos hasta conseguir arrojarla en la cama donde poco a poco cesaría

el pataleo de quien finalmente vencida, excitada, se dejaría tomar por Rodolfo. Como en las películas.

NOTAS:

[5] Fernando J. Moreno, «El oficio novelístico, I», en *México en la Cultura*, núm. 561, *Novedades*, 13 de diciembre de 1959, México, D.F.

[6] *Op. cit.*, III

[7] Giovanni Papini, *Historia de Cristo*, 12ª edición, Fax, Madrid.

Al escuchar el agudo timbrazo telefónico, una punzada en el pecho, semejante a un golpe de aire, me hizo pensar sin fundamento alguno que sólo una persona como Lucy podía llamar a esas horas de la noche a la oficina para decirme que le resultaba lacerante vivir lejos de mí. Ya en el aeropuerto, a punto de abordar el avión, había desistido del viaje y concluido que más importante que su orgullo y su vanidad de mujer ultrajada era la supervivencia de nuestro vínculo. Por obligación y cariño sentíase obligada a convencerme de que ningún dios, menos el Dios en que yo fincaba mi fe, podía ser lo bastante rígido como para exigir una decisión tan radical.

De nuevo mis sentimientos de culpa, sólo que motivados en esta ocasión por el sorpresivo golpe asestado contra Lucy, producían la inverosímil conjetura.

No era Lucy sino mi hijo quien llamaba por teléfono. Luego de explicar que habían tratado de localizarme en casa desde las diez de la noche, la voz de Fernando me informó, sin el menor vislumbre de suavizar la violenta noticia, que mi hermano Adolfo había sufrido un infarto, y que en la funeraria Alcázar velaban esa noche su cadáver.

Quise conocer todos los pormenores, mas la alteración de mi estado anímico me impidió captar con precisión el relato de Fernando sobre las circunstancias en que se produjo la desgracia. Fue a través de mi cuñada, a quien encontré más entera de lo que suponía, como horas más tarde aprehendí los detalles del fallecimiento.

Adolfo era tres años mayor que yo, y debido a nuestras diferencias ideológicas y a que nunca pudo llevarse bien con Norma ni con Lucy, nos frecuentábamos poco. Desde que él rompió con la religión para ingresar en las filas del Partido Comunista con entusiasmo y devoción similares a los que durante su juventud estuvieron a punto de convertirlo en sacerdote, nuestros ocasionales encuentros sólo originaban discusiones absurdas sobre religión y política, muy molestas para ambos. En más de una ocasión llegó a decir que yo había fracasado por mi *esprit bourgeois*, y cuando supo de mi rompimiento con Norma y de mis relaciones con Lucy, encontró el mejor de los argumentos para insistir en que yo era un parásito social, un católico irresponsable pronto a pisotear sus ideas si en

un momento dado estas representan un obstáculo contra sus fines ególatras.

No niego que los juicios de Adolfo acertaban en más de un aspecto, pero incurría en el error al suponer sin fundamento que yo me cruzaba tranquilamente de brazos ante los problemas del prójimo. Él nunca supo comprender mis luchas internas, nunca se dio cuenta de que en mis actividades intelectuales existían implícitas inquietudes tan valiosas y trascendentes como las manifestadas por él en el terreno político. A Adolfo le habría gustado verme empuñar una bandera socialista y escuchar nuestros nombres en una misma lista de militancia, mas eso era del todo imposible, porque además de que mi temperamento nunca podría desenvolverse en un ámbito de esa índole, yo era escéptico y contrario al extremismo de sus ideas. Se lo dije varias veces, objetando las sucias maniobras que también en su partido convertían las más limpias aspiraciones de justicia en una lucha de intereses personales donde los líderes sólo buscan, como cualquier *bourgeois* (para emplear su terminología) el propio y egoísta provecho.

Mi hermano fue víctima de numerosas deslealtades, de numerosas intrigas que en la lucha por el poder constituyen el pan cotidiano. Pero ni en los peores momentos pensó en renunciar a sus ideas. Se mantuvo inquebrantable como el más estoico de los mártires, y su fe siempre supo hallar excusas para justificar generosamente la actitud de quienes lo traicionaban. Fue leal a sus principios hasta el día de la muerte.

Mirando el ataúd, pensando en que su alma comparecía en aquellos momentos ante el tribunal divino, tuve la certeza de que Dios premiaría con la vida eterna la autenticidad de mi hermano. Un hombre bueno y sincero como Adolfo no merecía la condenación. Ahora él, allá, descifrado el gran misterio ante la única Causa, reencontraba la fe de nuestros padres y descubría que no obstante mis errores, mi conducta, mis indignos merecimientos, era yo, y no él, quien estuvo siempre en la verdad.

Quise pronunciar una oración por su alma, pero pensé que con mayor urgencia la necesitaba la mía. Yo no tenía disculpas; yo estaba en el mal, sabiéndolo, obrando el pecado con plena conciencia de su significación. Si en lugar de sorprender a Adolfo la muerte me hubiese sorprendido a mí, tan repentina y fulminante como el infarto que paralizó su corazón, la cólera divina no habría dudado en arrojarme al infierno inevitable.

Mucho pensé en el infierno durante las horas que abarcaron el velorio y la inhumación, y mucho recordé nuestros lejanos, felices días de

adolescencia.

En la funeraria y en el cementerio civil me vi obligado a conversar brevemente con Norma, quien a pesar de la compañía de Fernando se comportó con su habitual indiferencia. Dijo que sabía muy bien lo que yo estimaba a Adolfo, y habló del «terrible golpe moral» que el fallecimiento significaba para mi cuñada. En las palabras de Norma no hallé más pesadumbre de la que habitualmente encierran las fórmulas dictadas para el caso por las costumbres sociales, aunque en las ojeras de mi hijo creí adivinar huellas de un dolor auténtico. Tal vez era fastidio, cansancio, y equivocada la idea de que Fernando amó entrañablemente a su tío.

Norma se ofreció a llevarme en su auto cuando salimos del cementerio, pero decliné la invitación diciendo que regresaría con mi cuñada. En realidad regresé con López Torres, un dogmático correligionario de Adolfo, que no conforme con hacerme soportar durante el trayecto una tardía oración fúnebre, me asaltó a preguntas relacionadas con Lucy. Lo evadí como mejor pude dándole a entender lo antipático de su intromisión.

Fui yo quien más tarde, a solas, me interrogué respecto a ella. La necesitaba. Nadie mejor que Lucy me habría ayudado a sobrellevar el trance irremediable. Ninguna frase de consuelo valía lo que una sola palabra, un solo gesto de aquella mujer dispuesta a regresar inmediatamente de Los Ángeles tan pronto yo se lo pidiese.

Tuve intenciones de telefonearle, incluso estuve a punto de abordar un avión y convencerme así de que las razones sentimentales valían más que el argumento frío, racional, dictado por mi conciencia, pero esta fue más potente, y su amenaza de que una muerte próxima e intempestiva como la de Adolfo me amagaba, terminó paralizando toda acción posible.

Cuando al fin acudí a mi analista, seguro de que él tomaría el partido de Lucy porque mi precipitada decisión manifestaba claramente un retroceso en mi desarrollo emocional, iba yo animado por el recóndito deseo de que el analista pronunciara una fórmula mágica lo bastante efectiva para arrancarme de un solo golpe la fe sin dejar rastros, huellas, dudas.

No únicamente aquella vez, algunas otras durante el tratamiento había sentido yo la necesidad de que el hombre sentado en el otro extremo de la mesa me convenciera de que mis ideas religiosas no eran sino la expresión de un pensamiento mágico no superado a causa de mi miedo a enfrentar la realidad tal como es, sin pecado, sin culpa, sin infierno, sin perdón ni providencia divinas: lastres de una generación,

conceptos periclitados cuya acepción simbólica había ya traducido la ciencia para liberar al hombre de las cadenas que le impiden alcanzar su plenitud.

> Cuando el hombre ha proyectado en Dios sus poderes más valiosos, ¿cuál es su relación con sus potencias propias? Han sido separadas de él, y mediante este proceso ha quedado alienado de sí. Todo lo que ahora tiene es de Dios, y a él no le queda nada. Su único acceso a sí mismo es a través de Dios. Al adorar a Dios, trata de entrar en contacto con aquella parte de él que ha perdido mediante la proyección. Después de haber dado a Dios todo cuanto tiene, le ruega a Dios que le devuelva parte de lo que fue originalmente suyo. Pero habiendo perdido lo suyo, está completamente a la merced de Dios. Necesariamente se siente como un «pecador», ya que se ha privado de todo lo que es bueno, y sólo mediante la gracia de Dios puede recuperar lo único que le hace humano. Y con el fin de persuadir a Dios para que le dé algo de su amor, tiene que probarle lo totalmente desprovisto que está de su amor; con el fin de persuadir a Dios para que lo guíe mediante su superior sabiduría, tiene que probarle lo desprovisto de sabiduría que está cuando se ve abandonado a sus propios recursos. Pero esta alienación de sus propios recursos no sólo hace al hombre abyectamente dependiente de Dios, sino que lo hace malo también. Se convierte en un ser sin fe en su prójimo ni en sí mismo, sin la experiencia de su amor, de su poder propio de razón. Como resultado se produce la separación entre lo «sagrado» y lo «secular». En sus actividades mundanas, el hombre actúa sin amor, en aquel sector de la vida reservada a la religión se siente como un pecador (y lo es realmente, porque vivir sin amor es vivir en pecado), y trata de recobrar algo de su perdida humanidad, estando en contacto con Dios. Simultáneamente, trata de conseguir el perdón, poniendo de relieve su impotencia y su miseria. Así, la tentativa de obtener el perdón, produce una activación de la actitud, de donde nacen sus pecados. Se ve apresado en un penoso dilema. Cuanto más alaba a Dios, queda más vacío. Cuanto más vacío queda, más pecador se siente. Cuanto más pecador se siente, más alaba a Dios, y es menos capaz de recobrarse... La caída real del hombre en su alienación de sí, su sumisión al poder, su volverse contra sí mismo, aunque lo haga como expresión de su veneración de Dios.[8]

Ni mi analista ni mis lecturas de Fromm me habían arrancado la fe pese a mis subconscientes deseos. De hecho no se proponían hacerlo. Su punto de vista, nunca interferido por la pasión enfermiza de una lucha ideológica, toleraba cualquier religión que no contradijera el calificativo «humanista» y que pudiese ser profesada con entera madurez.

> Una declaración religiosa puede expresar actitudes humanas opuestas. No desdeñamos la declaración, pero la examinamos en perspectiva, y la realidad humana que hay detrás de ella proporciona la tercera dimensión. Especialmente concerniente a la sinceridad del postulado del amor, son las palabras «por sus frutos los conoceréis». Si las enseñanzas religiosas contribuyen al desarrollo, fuerza, libertad y felicidad de sus creyentes, veremos los frutos del amor. Si contribuyen a la reducción de las potencialidades humanas, a la desdicha y falta de productividad, no pueden haber nacido del amor, diga lo que diga el dogma.[9]

De religión discutí a menudo con mi analista, pero casi siempre al margen de nuestras sesiones y con la misma frialdad con que Lucy y yo abordábamos el tema: objetivándolo y sin hacer entrar en juego nuestras personales vivencias. Mi analista profesaba esa clase de ateísmo tranquilo que después de sublimar sentimientos de la tradición cristiana de nuestra cultura occidental los incorpora a una nueva simbología humanista en donde las proporciones del misterio quedan reducidas a conceptos de amor, caridad, elevación espiritual... circunscritos sólo a la condición humana. Si inevitablemente se planteaba el tema religioso durante la sesión analítica, él pretendía enfocarlo desde mi punto de vista, y respetando siempre los principios de libertad guiábame hasta una situación límite en la que yo, por mí mismo, debía confrontar mis ideas con mi conducta y extraer conclusiones de orden práctico: era la técnica, no sólo para los conflictos específicamente religiosos sino para todos los demás.

Lejos de tener intenciones de rehuir el problema, alentaba en aquella ocasión el deseo inconsciente de que mi analista abandonara su actitud impersonal, y como el maestro de escuela a quien le basta una lección para convencer a sus alumnos de que tal personaje fue un héroe patrio, me convenciera de que no existía Dios alguno empeñado en prohibirme el amor con Lucy. Necesitaba renunciar a mi fe, profesar a partir de aquel día un ateísmo sano y liberador, conseguir de nuevo la felicidad absurdamente perdida.

Refiriendo la muerte de Adolfo prolongué la sesión, y con el menor número de palabras que me fue dable utilizar, incidí en el tema de mi rompimiento con Lucy subrayando que no había tenido origen en desamores e incomprensiones, sino que exclusiva y únicamente era efecto de la contradicción que para mi fe religiosa significaba vivir con una amante.

Mi analista no pudo reprimir una mueca de asombro ante la noticia, pero una vez recobrada su serenidad me pidió detalles del rompimiento,

para en seguida, tomando como apoyo la palabra «contradicción», dar cauce a una serie de interrogantes en cuyas respuestas yo me vi sin quererlo defendiendo el criterio moral de la Iglesia católica y confesando que el vivir de espaldas a esa moral producíame un febril estado de angustia. Gracias a la compenetración emocional e intelectual con Lucy me fue posible refrenarlo durante cinco años, pero ahora tal estado había hecho crisis y se manifestaba con extremada dolencia.

Fue una larga sesión que se prolongó más allá de los ochenta minutos habituales y que obligó a mi analista a cancelar un par de citas; no lo dijo abiertamente, pero de seguro le extrañaba el que hubiesen transcurrido tantos años de tratamiento sin que en nuestro diálogo se abordase problema de tal envergadura, aunque desde luego era a mí, y no a él, a quien se debería culpar por haberlo soslayado tan hábil como neuróticamente. Reconocí mi temor a enfrentar antes el conflicto por miedo a llegar a una decisión como la que al fin había tomado, mi temor a reconocer que en la convivencia con Lucy no era todo tan perfecto como yo me empeñaba en afirmar aún ahora, frente a aquel interrogador dispuesto a desentrañar la verdad oculta en mi conciencia. A la manera de quien lanza un reto, el analista me instaba a demostrar que eran solo razones de índole religiosa las que impulsáronme a romper el concubinato, y en busca de una fisura, de un indicio revelador, me inquirió por nuestras relaciones sexuales y por la supuesta perfección de nuestra afinidad intelectual. Insistiendo en que se trataba únicamente de un problema religioso personal elogié a Lucy con los más cálidos epítetos, pero me di cuenta, en el momento mismo de pronunciarlos, de que su empleo acusaba una carencia del sentido de realidad, reflejo tal vez de las frustraciones perseguidas de manera casi policiaca por mi analista. Porque en todo amor, en toda relación humana existen fallas. Todo hombre sano admite la contingencia de incompatibilidades entre él y su pareja que no por ocurrir desmienten la bondad de la coexistencia amorosa. Muchas veces, en otras sesiones, las reconocí y las expuse ante el analista con una sinceridad que me ayudó a comprender y a resolver problemas inmediatos; al no hacerlo ahora, al tratar de restarle importancia a un asunto tan evidente, me comportaba en forma parecida al vulgar malhechor que pretende negar las fechorías realizadas en el instante mismo de ser detenido.

Atrapado al fin dentro del cerco de alusiones a determinados problemas de relación sexual, me vi obligado a admitir que en los últimos meses, como ocurrió dos años atrás sin que el analista le concediera excesiva importancia, mi apetito carnal hacia Lucy había

sufrido cierta parálisis y mi excitación antes pronta a las más sutiles provocaciones comenzaba a exigir de un ritual exótico y prolongado. No obstante, después de cinco años de continuo y febril trato carnal yo consideraba del todo explicable este percance, máxime que en ningún momento la inapetencia se manifestó bajo las características que me llevaron a desdeñar sexualmente a Norma, y máxime también que ya no me encontraba en edad de exigir a mis órganos una actividad sin tregua. Para deshacer todo malentendido, recordé al analista lo que cualquier tratado de fisiología señala al respecto y lo desafié a narrar sus experiencias personales, convencido de la inexistencia de razones psicológicas atribuibles en apoyo a una supuesta incomprensión sexual, causa directa de nuestro rompimiento.

El analista no contradijo mis razonamientos, antes bien admitió la posibilidad de una perfecta compenetración de ideas e inquietudes entre dos personas con eventuales desajustes amorosos.

Quedaba pues, como única cuestión válida para explicar lo ocurrido, mi problema moral. Pero antes de analizarlo era importante que el analista comprendiese los verdaderos términos del conflicto, so pena de aventurar la más fácil de las conclusiones: que por motivo de una radical diferencia ideológica hubiese surgido una ruptura en el ámbito de la comunicación, y de ella, en consecuencia, la repulsa con que mi inconsciente fue rechazando poco a poco a Lucy hasta obligarme a la separación definitiva. No, el conflicto debía ser mirado bajo otra perspectiva dentro de la cual Lucy quedaba exenta de todo gravamen: la idea de culpa, pero en su terrible sentido teológico, en su acepción de pecado mortal, de rechazo a la gracia y rebeldía contra los méritos de Cristo. Quizá mi analista no se hallaba en condiciones de entenderlo, pero era forzoso que advirtiese lo que significaba para un hombre como yo creer en que aquel mártir crucificado en el Gólgota era alguien más que una simple víctima de la ceguera humana, era Dios encarnado ofreciéndose en un sacrificio inconmensurable para que yo, esta insignificante criatura, pudiese nacer a la vida eterna. Y la insignificante criatura, creyendo en Él, no sólo lo negaba como Pedro, sino que lo traicionaba como Judas. Yo era el verdugo, los clavos, la cruz; yo era la muerte de Cristo.

> Nada hay sano en mi carne a causa de tu ira; nada íntegro en mis huesos a causa de mi pecado. / Pasan por encima de mi cabeza mis iniquidades, pesan sobre mí como pesada carga. / Hedionda podre supuran mis llagas a causa de mi locura. / Voy encorvado y en gran manera humillado, todo el día en luto; / porque

están mis huesos abrasados, y no hay en mi carne parte sana.[10]

Para reconciliarme con el orden y recobrar la paz, se me exigía abandonar a Lucy cuando más la necesitaba; a menos que el analista agitase frente a mí la varita mágica de su sabiduría y súbitamente me convenciese de que Cristo no era Dios ni válidas, por ende, las leyes de su Iglesia.

Contra mis peregrinas suposiciones, y luego que expuse con palabras más emocionales que racionales y a un nivel impropio de mi condición intelectual las presiones que conformaban el marco de mi conciencia, el analista se mostró acorde, hasta donde un analista puede estarlo, dijo, con mi rompimiento con Lucy. Porque si el vivir con una amante producíame mayores problemas que el vivir sin ella, por lógica resultaba preferible desde el punto de vista de la higiene mental elegir el menor de los males, con lo cual no solamente actuaba para bien de mí mismo, sino para bien de Lucy. Tarde o temprano yo acabaría culpándola de mi vida en contradicción; tarde o temprano ese rechazo incipiente y manifiesto ya en el ritmo de nuestras relaciones sexuales, invadiría otros terrenos de la convivencia hasta destruir por completo la vida en común; y en esas condiciones sería tal vez ella quien optara por el rompimiento luego de atravesar agudas crisis, de sufrir quizás algún doloroso trauma evidentemente soslayable desde ahora en que nuestra separación representaba un fuerte golpe, pero de ninguna manera una desgracia absoluta. Aun mi querida Lucy era joven y guapa, y, mujer de recia voluntad, lograría sobreponerse a la desilusión, lograría reestructurar su mundo. Alguna vez me lo dijo insistiendo en que ella no se dejaría abismar por el dolor llegado el caso de una ruptura. Su viaje a Los Ángeles era señal de que no había alterado ese criterio, no obstante la dolorida mueca que dibujó su rostro la noche de mi confesión. Lejos de mí, Lucy terminaría acostumbrándose a mi ausencia, del mismo modo en que una viuda acaba por olvidar a su marido. Tanto ella como yo, estábamos en buen tiempo, en buena edad para distanciarnos; y así como ella encontraría consuelo en otro hombre, así lo encontraría yo en la gracia que mi volición, al reconciliarse con los preceptos morales, propiciaría de esa unidad que integra el Cuerpo Místico de Cristo. Desde el punto de vista psicológico, el restablecimiento del equilibrio entre mi *ego*, mi *superego* y mi *ello*, me llevaría más rápidamente hasta una madurez donde mi potencial productivo tendría ocasión de manifestarse con frutos mejores que los obtenidos por ahora.

Estrictamente hablando no fue el analista quien razonó de esta

manera, aunque sí fueron sus preguntas, su acoso, lo que me ayudó a deslindar con tales términos el panorama, convencido ya de que era inútil buscar una fórmula donde coexistiera el amor de Lucy con mi peculiar conciencia de católico.

Desde luego el analista no se daría por satisfecho hasta no abordar a fondo esa «conciencia de católico» que tanta importancia concedía al «castigo eterno» y tanto manejaba conceptos como «Infierno», «pecado», «gracia»; dio a entender que le era imprescindible analizar conmigo las características de mi sentimiento religioso para descubrir hasta qué punto obstaculizaba los principios del amor y el camino hacia la madurez. Programamos el tema para la próxima sesión, y abandoné el consultorio tranquilo y confiado. Pero no duró mucho la tranquilidad; como se termina el efecto de un ansiolítico se terminó también el efecto sedante producido por la entrevista. Volvía a sufrir sentimientos de culpa al recordar los reproches de Lucy a una actitud como la mía, discutiblemente cristiana, y en vano busqué en el trabajo intelectual, en el aplazado inicio de mi novela, un refugio donde ignorar problemas personales. No era el momento indicado para empezar a redactar una novela, sobre todo tratándose (de acuerdo con mi proyecto) de una primera y muy ambiciosa obra de creación. Para escribirla necesitaba calma, sosiego, tranquilidad absoluta.

Por inoportuno y absurdo abandoné el intento, y gracias a que el trabajo en la oficina requirió de todos mis esfuerzos durante la semana más crítica, pude dominar el estado ansioso-depresivo en que me hallaba. El encuentro con amistades a quienes en situación diferente tal vez habría evitado, mucho me ayudó también a distraer la mente de su obsesiva fijación.

Un lunes comí con Leopoldo Zea. Olvido por qué salió a tema de conversación Jorge Portilla, pero recuerdo haber citado el ensayo que a raíz de su muerte tuve el propósito de escribir con ánimo de examinar a fondo la postura religiosa de Jorge, de quien Rosa Krauze, comenté con Zea, publicaba una lúcida semblanza en reciente número de la *Revista de la Universidad*.

> A Portilla no le importaba estar fuera de moda y defendía el catolicismo con pasión, pero sin mojigaterías. Quería que el católico se abriera a las tendencias opuestas al cristianismo, aunque sólo fuera para conocerlas y entenderlas... El católico que tema ensuciarse con el contacto de ideologías anticristianas, da la razón a sus enemigos, revela su falta de amor, y hasta se vuelve sospechoso; casi diría que no está seguro de sus propias convicciones y evita el marxismo, por

> ejemplo, por miedo a perderlas. Pero no lo evitará por mucho tiempo; aunque no lo quiera, siempre tropezará con un marxista como interlocutor posible, y si no se detiene a dialogar con él, o cuando menos a imaginar el diálogo, estará negando su existencia, simulará que no ve lo que ve y se estará engañando inútilmente. En la mitad del siglo xx no es posible pensar como si Marx no hubiese existido. El marxismo existe, aquí está, frente a nosotros, reclamando nuestra atención, absorbiendo naciones, provocando conflictos entre los hombres. Como Sartre, Portilla sintió la urgencia de analizar estos conflictos antes de que fuera demasiado tarde, antes de verlos resueltos con bombas atómicas, y, también como Sartre, hizo un llamado a los intelectuales para buscar la mutua comprensión, para examinar con cuidado y con buena fe las doctrinas dominantes de ambos lados de la Cortina de Hierro.[11]

Alguien comentó en una ocasión la peculiar similitud entre el pensamiento de Jorge y el mío, y aunque me vi obligado a reconocerlo lo hice advirtiendo que la profundidad de su universo filosófico era de mucha mayor trascendencia que mi caudal literario. La posible semejanza estribaba más bien en lo que Rosa Krauze escribió en torno a la conflictiva personalidad de Jorge, que al leer el ensayo me hizo sentirme retratado en él:

> Jorge Portilla desesperaba de su propia impotencia. Se sentía devorado por la neurosis; tenía miedo de esto y aquello, y una angustia temblona lo llevaba al regazo de su mujer o al sillón del analista. Hubiera sido un filósofo cabal y él lo sabía; quería dar parte de su vida para conseguirlo, cualquier cosa con tal de curarse, pero los fantasmas lo ahogaban, lo ahogaron.[12]

Recordando a Jorge en la plática de sobremesa con Leopoldo Zea lamenté la gran ausencia provocada por su muerte. De cuánto me habría servido ahora ir a conversar con él, unir mis conflictos a los suyos sabiendo que él no desdeñaba las palabras «pecado», «gracia», «vida eterna». Pero quizás ante Jorge, en lugar de mostrarme comunicativo respecto a mis problemas personales y lejos de solicitar el consejo que tanto necesitaba, yo mismo habría sido el primero en derivar la charla hacia el realismo crítico según las teorías de Lukács o hacia la experiencia psicoanalítica de Lemercier en su monasterio de Cuernavaca. Porque no es fácil ni siempre oportuno abordar cuestiones íntimas con los amigos intelectuales. No pude hacerlo con Ramón Xirau (también amigo y también católico) cuando luego de encontrarnos una tarde en la avenida Insurgentes y expresar nuestra mutua alegría al vernos «después

de tanto tiempo», abordamos un mismo taxi rumbo a Ciudad Universitaria. Él me preguntó por Lucy y pude entonces confiarle mi dilema seguro de hallar un punto de vista fincado en principios iguales a los míos, pero no lo hice pensando que no era un taxi el sitio indicado para tales confesiones y cayendo en la cuenta, oportunamente, que el desconcierto de Ramón le habría impedido formular un consejo. La única charla posible fue la que sostuvimos durante el breve trayecto: mis artículos, un viaje a Oxford que él estaba por emprender, su revista *Diálogos*... Temas, todos ellos, sin interés alguno para mí, urgido como estaba por resolver un problema del que en realidad ya tenía la solución. ¡En el fondo era tan simple!, ¡era tan obvia la posible respuesta de Xirau o de cualquier amigo!...

No eran respuestas, no eran consejos, era Lucy, mi amada mujer imposible, lo que me hacía falta: tanta falta como daño.

NOTAS:

[8] Erich Fromm, *Psicoanálisis y religión*, Psique, Buenos Aires, 1956. Traducción de Josefina Martínez Alinari.

[9] *Op. cit.*

[10] Salmos, 38, 4-8. Versión de Eloíno Nácar Fuster y Alberto Colunga.

[11] Rosa Krauze, «Sobre la fenomenología del relajo», en *Revista de la Universidad de México*, abril de 1966, México, D.F.

[12] *Op. cit.*

El muchacho decidió hacerlo así en el momento en que Frida le entregaba el vaso con whisky, pero antes de que él tuviera tiempo de delatar sus intenciones, la mujer giró el cuerpo y dijo, de espaldas:

—Permítame. *One minute*; voy a hacer una llamada.

La vio caminar hasta el buró que dividía las dos camas gemelas y descolgar la bocina del teléfono.

«Permítame, un minuto» —se repitió para sí mismo Rodolfo tratando de desentrañar el posible significado de la frase. «Permítame un minuto», es decir: sólo hago una llamada antes de que empecemos a sobarnos.

La excitación que lo dominaba impidió al estudiante poner atención a las palabras que la mujer dirigía a la telefonista del hotel.

—¿No he recibido ninguna llamada, señorita?... ¿No? Mire, ¿me puede comunicar por favor al 17 68 59?... Sí, *thank you*, espero...

Pero la espera resultó inútil porque ni inmediatamente ni minutos después consiguió Frida establecer comunicación con el número solicitado. Mientras aguardaba le informó a Rodolfo que era ese el teléfono de un amigo.

No le dijo más. Sentada en la cama, próxima al aparato y con la mirada ausente de Rodolfo, su semblante atravesó por toda una gama de gestos, ninguno de los cuales prometía amor para el muchacho.

Este se hallaba nuevamente desconcertado. Quiso iniciar una conversación, pero los tajantes ademanes de Frida le cerraron la boca. Prefirió entonces beber de su vaso de whisky y guardar silencio hasta que ella resolviera su comunicación. Quizás entonces se mostraría cordial.

—*I thought it* —dijo Frida colgando finalmente el teléfono. Y se levantó de la cama.

—¿No está su amigo? —se atrevió a preguntar Rodolfo.

—Debe estar, pero... pero su teléfono no funciona. —Avanzó pensativa, mirando hacia el techo, y al llegar a Rodolfo le acarició la barbilla y le sonrió larga, cariñosamente.

«Por fin» —pensó Rodolfo apresurándose a tomar la mano que lo acariciaba. Frida se dejó besar en la boca, pero cuando Rodolfo la buscaba con dedos crispados, la mujer lo apartó suavemente, sonriendo.

—*Wait.*

Le dijo que se sentía muy sofocada y que quería tomar un duchazo.

—No me tardo, sírvete mientras otro whisky —lo tuteó mientras se dirigía al cuarto de baño.

Obediente, Rodolfo se sirvió otro whisky y tomó asiento en el sillón próximo a la ventana. Desde allí escuchó caer el agua de la regadera y pensó en el cuerpo desnudo que muy pronto tendría en su poder. Pensó también en María Luisa, aunque su excitación no daba en aquel instante cabida a los remordimientos. Nada tenía que ver este asunto con el amor. Era una aventura, «estupenda aventura», le diría a Juan José mañana cuando le contara orgulloso todo lo ocurrido.

Emocionado se puso en pie y avanzó inquieto por el cuarto dejando que su imaginación se desbordara.

Iba a servirse el tercer whisky cuando se dio cuenta de que el ruido de la regadera había cesado. Una oleada de ardiente deseo se apoderó de él. Como la toalla que secaba a Frida, las manos de Rodolfo se humedecieron.

Capítulo 2: un sobre de papel manila

Frida regresó envuelta en una bata y con una toalla a manera de turbante, coronándole la cabeza. Dejando que Rodolfo la tomara de una mano, pero no más que eso, se dirigió al teléfono para solicitar nuevamente el 17 68 59.

—Rody —le dijo después de colgar la bocina— perdóname, pero tengo gran urgencia de hablar con esa persona... *You understand me*. Además, me duele la cabeza y... y, *well*, *you know*, voy a estar todavía algún tiempo en México; podremos vernos en otra ocasión, *my darling*, mañana...; a mí me daría mucho gusto conversar contigo porque eres un muchacho muy simpático, me gustas mucho, *you know*... si no me fueras simpático ten la seguridad de que no te hubiera invitado a subir a mi cuarto. *You understand me*...

Rodolfo entendió que un manotazo del destino derribaba estrepitosamente su castillo de naipes. Respondió, tratando de disimular su enojo:

—Claro que sí; después de todo, el accidente...

—Oh, *yes*... el accidente... ¿Qué te parece si nos vemos mañana en la tarde, ¿*okay*?; a la hora que tú digas, Rody. ¿Tienes teléfono?

—Sí —respondió Rodolfo.

—A ver, dámelo para que yo te llame... O me llamas tú si quieres, *my honey*. Pero de todos modos dame tu teléfono.

Rodolfo pronunció las seis cifras que Frida escribió en una tarjeta. La luz de la lámpara de mesa dibujaba sombras y arrugas sobre el rostro femenino, envejeciéndolo, pero no por eso su cuerpo, desbordando la bata a la altura del escote, resultaba menos deseable.

«No debo permitir este rechazo —pensó Rodolfo—, debo abrazarla y hacerla mía por la fuerza; a mí no me va a dejar plantado así como así.» Sin embargo, ningún ademán tradujo sus pensamientos. Permaneció inmóvil como un estúpido sonriendo a la mujer que lo despreciaba sabiendo que él no intentaría hacer nada para evitarlo. Eso enfureció al muchacho minutos después, aunque supo encontrar una disculpa a su cobardía: «La gringa no me estaba rechazando; solamente me pidió un

plazo. Vale la pena esperar. Por qué no. Lo mismo da hoy que mañana».

—Mañana... —empezó a decir él.

—Sí, sí, mañana nos veremos, *my darling* —dijo Frida, alegre—. Si tú no me llamas, lo haré yo —y le extendió la mano para despedirse.

Él la tomó con una leve esperanza de que algo ocurriera, algún hecho milagroso que alterando de súbito la decisión de Frida, la llevara a arrojarse en sus brazos y a besarlo ardientemente.

Frida soltó demasiado pronto la mano del muchacho, quien no consiguió pronunciar más que aisladas palabras ininteligibles.

Se encontraba ya frente a la puerta cuando la mujer lo detuvo:

—*Wait*, Rody... Quisiera pedirte un favor, abusando de tu amabilidad... Como te decía, necesitaba comunicarme urgentemente con esa persona, *you know*. Sucede que mañana se va muy temprano. Su avión sale a las seis y... *well*, no sé si yo alcance a ir al aeropuerto, no me siento muy bien —se llevó la mano a la cabeza para oprimirse las sienes —; tenía que entregarle un sobre, y a estas horas, la verdad, no tengo ánimos para ir hasta su casa. No sé si fuera abusar mucho de ti, pedirte que...

Frida se interrumpió para ir por el bolso de mano con el que había descendido del auto. Extrajo de él un sobre papel manila, tamaño esquela, y lo mostró a Rodolfo.

—Es muy, muy importante para esa persona —agregó agitando el sobre—; *you understand me*.

—¿Tenía que venir a recogerlo?

—*Well*..., no exactamente; él no está enterado de que yo lo tengo, y si no se lo llevo se irá sin él, *you know*...; claro que podría enviárselo luego por correo, *but*, preferiría que si tú puedes, ahora, se lo entregaras personalmente. Siempre que no sea mucha molestia, *my darling*. No quiero abusar de tu amistad.

—Oh, no, de ninguna manera, para mí no es molestia —mintió Rodolfo.

—No le pediría ese favor a cualquiera, Rody; tú me das confianza.

—¿Dónde vive la persona a la que hay que llevar el sobre?

—*Excuse me*, Rody, yo debería hacerlo, *but*... *but*, no me siento muy bien.

—No se preocupe, démelo.

—Tiene que ser hoy mismo, *my boy*. Esta misma noche.

—Sí, sí, ahora mismo se lo llevo. Dígame dónde.

—*Aw*, Rody, *thank you*, *thanks very much*. No sabes el grandísimo favor que me haces. Te lo agradeceré muchísimo toda la vida... Y nos

veremos mañana, *tomorrow*.

Frida pronunció la última palabra con provocativa dulzura, al mismo tiempo que su mano derecha llegaba hasta la barbilla de Rodolfo.

—¿Sabes que me gustan mucho los hombres con la barba partida?

El estudiante permaneció en silencio mientras la mujer anotaba, en una hoja de papel, la dirección de un departamento en la colonia Narvarte. Le entregó la hoja junto con el sobre en el que, escrito con plumón negro, sólo se leía esta inscripción:

SALVATORE TOMASSI
H. J. K.

Ligeramente inflado por el contenido —«una carta o un documento de varias hojas», pensó después Rodolfo—, el sobre se encontraba cerrado por el anverso con cinta engomada transparente que protegía también todo el perímetro. El estudiante lo observó con cierta curiosidad, y cuando levantó la vista hacia Frida creyó advertir que la mujer seguía con nerviosismo sus movimientos. Frida sonrió para borrar rápidamente su gesto preocupado, sin conseguirlo del todo.

—*Wait, my boy* —dijo en el momento en que Rodolfo abría la puerta —. Es mejor que no lo lleves en la mano. *Wait* —repitió al tiempo que se alejaba hacia el clóset y volvía con un viejo libro encuadernado en tela: a. j. cronin.-the keys of the kingdom, leyó Rodolfo en el lomo.

—*Put it here* —dijo, introduciendo el sobre entre las hojas—. Si te interesa puedes quedarte luego con el libro... Pero ten cuidado, *my darling*, no vayas a perder el sobre.

—Descuide; se lo llevaré hoy mismo a su amigo. —Y al despedirse, Rodolfo subrayó—: Hasta mañana entonces, que descanse.

—Oh, *yes*, ahora mismo voy a dormir; me siento agotada, El accidente, como tú dices... Hasta mañana, Rody, nos hablaremos por teléfono. Hasta mañana.

Se sentía estúpido mientras descendía por el elevador. De las alturas, de ese decimoprimer piso —la torre del castillo a la que había elevado su deseo—, se desplomaba ahora hasta la planta baja de su fracaso.

«Todo por culpa de mi timidez —pensaba Rodolfo—, de mi falta de habilidad para conquistar a una estúpida vieja. Maldita gringa loca. Y todavía estoy aquí de zoquete sirviéndole de recadero. No sólo no conseguí nada, sino que me ofrecí a hacerle un mandado que la muy desgraciada no me va a agradecer. *'My darling, my darling'*, vieja loca, me

agarró de su pelele —seguía pensando Rodolfo al tiempo que encajaba las uñas en la palma de su mano cerrada—. Otro menos imbécil la hubiera agarrado por la fuerza, y cómo de que no, chiquitita, ahora tú haces lo que yo quiera... ahora me cumples, gringa desgraciada.»

En el taxi que lo conducía a la colonia Narvarte no dejaba de insultarse. Pensó en las burlas de Juan José, si su amigo se llegara a enterar de la manera en que desperdició aquella oportunidad única.

«¡Pero qué imbécil soy! ¡A la fuerza!; hubiera domado a la fuerza a esa gringa estúpida... Ella hubiera tenido que ceder estuviese o no cansada. 'A mí no me vengas con cuentos —dialogó mentalmente Rodolfo—; ahora me cumples...' 'No, *my darling*; espérate, Rody, espérate tantito'. 'Nada de que espérate; ahora te dejas desvestir, hija de perra.»

Se acordó del instante en que ella fue al baño a ducharse, y creyó escuchar de nuevo el agua de la regadera cayendo allá, detrás de la puerta.

¿Por qué no demonios aprovechó ese instante? Seguramente la puerta no estaba cerrada por dentro. No, no lo estaba... Debió averiguarlo al menos. Girar la perilla y sorprenderla en plena ducha, encuerada... Pero el muy estúpido se quedó ahí paradote, todo respetuoso, todo imbécil. «Imbécil, imbécil» —se dijo una y otra vez. Luego, como si se desinflara, dispuesto a no pensar más en su fracaso, exhaló el aire por la boca.

El chofer del taxi tarareaba alegre la canción que fluía del aparato de radio. Al dar vuelta a una esquina se volteó hacia Rodolfo:

—Qué bien cantaba ese pelado, ¿verdad?

—Sí —respondió Rodolfo.

—Ahora sí ya no queda ningún buen cantante en México. Todos los demás son una porquería... ¿Nunca lo llegó usted a ver en el Lírico? Tenía personalidad, como la de Infante; le hubieran dado un poco más de tiempo y hubiera llegado a ser un ídolo. Porque lo que es por voz, para mí que cantaba mejor que Pedro Infante... ¿no es cierto, joven?

—Sí, tenía buena voz —dijo Rodolfo molesto al sentirse obligado a soportar la plática del ruletero, quien a partir de ese momento no dejó de hablar: primero del cantante y luego de la carestía de la vida, de los problemas de las refacciones, de la situación internacional. Por fortuna el ruletero no solicitaba respuestas. Argumentaba como para él solo, dando por supuesto que el viajero compartía sus opiniones.

Rodolfo abrió el libro para examinar nuevamente el sobre:

«Italiano —pensó—; un estúpido italiano amante de esa gringa loca.»

H. J. K.

¿Qué podían significar aquellas siglas? «Sepa Dios.» ¿Y qué podía contener el sobre? No era una carta. Un sobre de papel manila demasiado grande para tener dentro una carta. Algún documento importante. Aunque tal vez no, porque si lo fuera, no se lo habría confiado así como así a un desconocido; ella misma lo habría venido a traer. «Tal vez lo que ocurre es que no quiere ver a Tomassi y se le hace muy sencillo...»

Por primera vez Rodolfo reflexionó en lo absurdo de su situación; en todo aquel encadenamiento de sucesos que lo hacían viajar en taxi rumbo a la colonia Narvarte: Primero se encuentra a una gringa que por poco se mata en la autopista. La gringa lo invita a subir en el auto. Luego lo lleva al cuarto de su hotel. Le coquetea, se deja besar y casi se desviste en sus narices, para que de pronto, ¡nada! Termina diciéndole que se siente muy cansada, que mejor otro día, y que por favor le lleve un sobre al señor X. Y él ahí de baboso, bailando al compás que le marca la gringa.

«Una situación absurda en realidad» —concluyó Rodolfo.

—Para mí que uno de estos días los rusos les van a dar en toditita la torre a los americanos. ¿No le parece, joven?

—Sí —respondió el estudiante—, un día de estos.

«Bueno —se dijo de pronto cuando el taxi circulaba ya por la avenida Cuauhtémoc—, ¿y si abriera el sobre?, ¿si no se lo llevara al tipo ese, qué? Sería una manera de vengarme de la tomadura de pelo. Por qué voy a hacer el papel de gato, a ver, a cuentas de qué. Todavía si hubiéramos hecho el amor, vaya, yo no diría nada... pero así nada más porque sí: llévele esto a fulano de tal; de cuándo acá, quién piensa que soy, ¿su criado? Estas gringas se sienten dueñas de México.»

—Usted me dice, joven —exclamó el ruletero.

Rodolfo giró la cabeza hacia la acera alumbrada por la luz mercurial de los arbotantes. Extrajo del bolsillo de su chamarra el papel doblado en cuatro donde Frida le había anotado la dirección, y después de confirmar el número que su memoria le había grabado en la mente, aguzó la mirada hacia la nomenclatura de los edificios.

—¿Qué número me dijo? —preguntó el chofer.

—Aquí, aquí mero —exclamó Rodolfo al localizar las tres cifras que buscaba.

Sin detenerse a esperar el cambio, al que renunció con un ademán, y mientras el ruletero murmuraba «gracias», el estudiante salió del taxi sujetando con la mano derecha el libro entre cuyas hojas se encontraba el sobre de papel manila.

El edificio casi no se diferenciaba del común de los edificios de la avenida. Diez años antes, la gran puerta de cristal y el *interphone* debieron definir a aquellos departamentos como departamentos de lujo.

Rodolfo cruzó la acera, miró hacia arriba como para medir la altura de la construcción, y se detuvo antes de llegar a los escalones del pequeño pórtico. Una vez más desdobló la hoja de papel y leyó el número del departamento. La volvió a guardar en su chamarra mientras reanudaba las reflexiones que venía haciendo en el taxi.

No, ya estaba aquí, qué ganaba con no entregar el sobre. Tal vez Frida tenía sinceras intenciones de cumplir su promesa. «*Tomorrow* —había dicho mientras lo miraba con sus insinuantes ojos azules—; mañana nos veremos tú y yo.» Y era muy posible que así sucediera, y entonces la aventura tendría un final espléndido. Recordó sus muslos, la bata abierta delatando sus pechos desnudos, enormes. Qué próximos a él habían estado, a la breve distancia de un simple alargar la mano para introducirla por el escote y... «Mañana —pensó el estudiante—. Aún existe una posibilidad. Mañana después del examen de derecho civil.» Ninguna forma mejor para festejar el éxito del reconocimiento, o para encontrar consuelo en caso de que no le fuera bien. Antes le hablaría por teléfono a María Luisa inventando cualquier pretexto que lo disculpara por no ir a verla. A Juan José no le diría nada. Evitaría su presencia; pero de no ser posible, no era difícil inventar una mentira: «Me fui con ella al hotel Alameda. Qué sesión, hermano... Esta sí que nació para la cama. A mí no me vengas con tu hija de político. Esta sí que sabe su negocio». Y estaba seguro de que, oyéndolo, Juan José iba a sentir envidia.

«Envidia» —repitió casi en voz alta el estudiante, al tiempo que pulsaba el timbre correspondiente al departamento y aguardaba el consabido «¿Quién es?» a través del *interphone*.

«Entregando el sobre todavía tengo una posibilidad que perdería totalmente si por desquitarme de la gringa no cumplo su encargo. Es una posibilidad muy factible, no tengo por qué ponerlo en duda después de la 'entradota' que me dio...»

Pulsó por segunda vez el timbre y ante el silencio del *interphone* lo hizo en varias ocasiones más: intranquilo, nervioso, temiendo que el tal Salvatore no se encontrara en el departamento. Se acordó de que Frida no había podido comunicarse desde el hotel. Y quizá no porque el

teléfono se hallara descompuesto, sino porque el tal Salvatore andaba en otro sitio, llegaría tarde...; imposible esperarlo allí toda la noche. Pero podía subir hasta el piso segundo y deslizar el sobre por debajo de la puerta. Sin embargo, la entrada al edificio permanecía cerrada... Llamaría al portero. El propio portero podía encargarse de entregar el sobre al señor Tomassi.

El ruido de unos pasos precipitados que bajaban por la escalera le garantizaron su entrada al edificio. Los pasos se convirtieron pronto en la figura de un hombre que desde dentro se aproximaba corriendo hacia la puerta de cristal.

Era un hombre corpulento, de rostro muy moreno, que vestía un traje color gris. Antes de llegar a la puerta volteó la cabeza hacia atrás, y cuando tiraba de la manija fijó la mirada, bajo un ceño fruncido al máximo, en el rostro de Rodolfo. Siguió mirando al estudiante mientras salía, como si tuviera intenciones de decirle algo. Jadeaba ruidosamente.

Con la punta del pie, Rodolfo logró evitar que la puerta se cerrara de nuevo, en tanto que el hombre se alejaba con la prisa de quien va a llegar tarde a algún sitio, o de quien huye: pensó Rodolfo un tanto extrañado por la actitud del sujeto.

Nadie más se cruzó con el estudiante en su ascenso al segundo piso del edificio. Subió lentamente, pensando en la posibilidad de no encontrar a Salvatore, lo cual le agradaba, hasta cierto punto, porque aunque él no tenía más que entregarle el sobre de parte de Frida Campbell, existía la posibilidad de que el tal Salvatore tratara de hacerle preguntas molestas. Rodolfo no tenía ningún deseo de conversar con el desconocido, menos si a éste se le ocurría preguntar cuáles era las relaciones entre el muchacho y Frida. «A usted qué le importa —hubiera podido responder Rodolfo en ese caso—. A mí nada más me dijeron que le entregara esto. Aquí está y adiós.» Sin embargo, para él era mejor no encontrar a Salvatore, siempre y cuando la rendija entre la puerta y el piso fuera lo suficientemente amplia como para permitir el paso del sobre enigmático.

Llegó al fin a la meta de su encomienda. Una puerta de lámina lo anunciaba así mediante el brillo metálico de las tres cifras que Frida había escrito en el papel.

Rodolfo se disponía a tocar el timbre, cuando al apoyar —sin darse cuenta— la mano en la que sostenía el libro sobre la manija, esta cedió al peso produciendo el característico chasquido de una chapa en el momento de abrirse. El desnivel del suelo contribuyó a abatir la puerta contra el muro, y la entrada quedó franca.

En un primer momento, el estudiante se turbó; y a pesar de que la oscuridad del departamento permitía suponer la ausencia de su inquilino, llevó el índice hasta el timbre. El ruido de la campanilla resonó en sus oídos. Nadie acudió.

«Ah, qué tipo este Salvatore —se dijo a sí mismo—; un día le van a vaciar el departamento.» Y recordó aquella vez en que él olvidó cerrar con la llave el suyo y le robaron la máquina de escribir y dos trajes.

«A lo mejor el tipo que me encontré abajo, el prieto ese, venía de robar... Pero no, no traía nada en las manos. A lo mejor...»

Rodolfo se encogió de hombros y abrió el libro para extraer el sobre de papel manila. Lo dejaría allí, sobre la mesa que se dibujaba en la penumbra, y fin. Tal vez luego resultara conveniente llamar a Frida para avisarle que no encontró a Salvatore y que el departamento estaba sin llave. O advertirle esto último al portero. Bueno, total, y a él qué, ya con dejar allí el sobre cumplía con creces el encargo. «Bah» —exclamó en voz alta.

De pronto, cuando se encontraba frente a la mesa, un ruido lo sacudió. Un ruido largo, agudo, imposible de definir tras la primera impresión. Se mantuvo inmóvil, atento, a medida que el ruido se desvanecía para hundir nuevamente la habitación en un silencio absoluto.

Rodolfo sintió la punzada súbita de un escalofrío y un cosquilleo, como el de una urticaria, le recorrió los brazos y las piernas. Era un quejido, un finísimo «aaaaaay» interminable proveniente del último rincón de la penumbra. El cosquilleo ascendió por el cuello de Rodolfo, y sus piernas se tornaron débiles cuando avanzaron lentamente rumbo a donde la pálida luz de la luna —o de un arbotante lejano— se proyectaba en las cortinas cerradas de un ventanal.

El estudiante no lograría explicar luego qué impulso mecánico lo obligó a avanzar por la estancia. Más lógico resultaba el que su temor, el presentimiento de lo que aquel gemido significaba, lo hubiera hecho salir corriendo del departamento de Salvatore Tomassi. Pero avanzó irremediablemente, para descubrir, antes de lo que suponía, entre sombras y como extraído de una pesadilla, el cuerpo de un hombre tirado en el suelo. Un pañuelo blanco le amordazaba la boca, y la tímida luz reflejada por las cortinas hacía brillar un par de ojos, abiertos, que parecían querer saltarse de las órbitas.

Tinto en sangre, herido por unas tremendas tijeras de sastre que seguramente habían penetrado el cuerpo muchas veces antes de quedar encajadas —con las orejas hacia arriba— a la altura del vientre, el

hombre era casi un cadáver. Aún no estaba muerto. Además del quejido, que la mordaza impedía estallar en toda la plenitud de su desgarramiento, los ojos suplicantes dirigidos hacia Rodolfo eran inconfundible señal de vida. Aquella mirada horrible, aquellos ojos buscándolo con súplica desesperada, doblaron las piernas del estudiante. Tuvo que sujetarse del respaldo de un sillón para no caer, y un segundo más tarde —un segundo de siglos— su pánico le infundió una extraña fuerza que lo disparó lejos del departamento.

Con el libro en la mano, Rodolfo bajó corriendo las escaleras. En el primer descanso tuvo la sensación de que iba a desvanecerse. Quería gritar. Los ojos desorbitados del moribundo golpeaban los suyos. Quería gritar. Quería gritar. Huir, como si él fuera el asesino aterrado por la magnitud de su crimen. Gritar. Huir. Gritar.

Al llegar a la planta baja, después de escalones eternos, el estudiante tropezó con el niño que acompañaba a una mujer. El niño cayó en el suelo y las exclamaciones de la vieja hicieron despertar a Rodolfo de su pesadilla. Se oyó llamar estúpido, imbécil, salvaje, sin que sus entrecortadas disculpas lograran suspender la letanía de insultos.

El estudiante se daba perfecta cuenta de que el escándalo podía atraer la atención de los vecinos, y tuvo miedo de que se congregara en torno a ellos gente salida de todas partes curiosa por saber lo que ocurría. Pensó —con la celeridad de quien se siente acorralado, preso en una situación límite— que el mundo de la justicia amenazaba con caerle encima y llamarlo culpable. Imaginó a un grupo de policías llevándolo hasta una delegación infecta donde entre golpes en el vientre, en el rostro, en los testículos, lo obligarían a confesar su crimen.

De nada le valdría defenderse; estaba atrapado. Atrapado.

—No, señora, disculpe... perdone usted, no lo hice adrede, fue sin querer.

La mujer se agachó para levantar al niño que gimoteaba en el suelo, y en ese momento Rodolfo salió corriendo del edificio.

Nada había ocurrido allá afuera. Ningún cambio en la actividad normal de la avenida. Los autos, los transeúntes, las ventanas iluminadas, permanecían ajenos a lo sucedido dentro de aquel edificio maldito, también ajeno, ignorante aún del secreto oculto en el departamento de su segundo piso.

Pero no transcurriría mucho tiempo sin que un grito —quizá de mujer— anunciara el trágico descubrimiento al que por muy mala fortuna se había anticipado el estudiante.

Después de correr cuatro cuadras que agotaron sus desgastadas

fuerzas, Rodolfo se dejó caer sobre el pasto húmedo de la glorieta. Allí sintió unos enormes deseos de llorar, de llorar como un niño, con la absurda idea de que a su llanto habría de acudir, para consolarlo, su ausente, lejana y siempre cariñosa madre.

Capítulo 3: miedo

Luego de vomitar se sintió mejor, aunque el miedo le doblaba aún las piernas. Tenía la garganta reseca y al cerrar los ojos creía ver nuevamente, como en una pantalla, las desesperadas muecas del moribundo. Pensó que nunca se libraría de aquella imagen, que transcurrirían semanas y meses y años sin que se desvanecieran de su mente los ojos suplicantes, acusatorios, apuntados como brasas contra él.

Era su segunda experiencia frente a la muerte. Cuando niño —contaría diez años a lo sumo— su hermana lo llevó hasta el lecho donde reposaba el cadáver de la abuela. Él se resistía a acercarse, pero su hermana lo obligó porque según ella era muy importante que la besara por última vez. Recordaba el rostro lívido de la anciana y el frío que sus labios transmitieron a todo el cuerpo cuando los puso en contacto con la frente ajada. También aquella vez vomitó en el pasillo, ahogado por sollozos de miedo. Ese nuevo miedo de la infancia regresaba hoy, acrecentado, convertido en temblores de pánico: porque el gesto de Salvatore Tomassi —era seguramente Salvatore Tomassi el hombre tendido en el departamento— resultaba mucho más horrible que el gesto beatífico de su abuela muerta.

Un torbellino de imágenes y pensamientos lo asaltó. ¿Por qué había reaccionado de esa manera? ¿Por qué salió corriendo? ¿Por qué se sintió culpable? ¿Por qué ese pavor a que los vecinos del departamento de Tomassi o la policía lo descubrieran allí? Él era inocente. Él fue tan sólo un testigo, y como testigo inmejorable podría ayudar a la justicia en el esclarecimiento del crimen. En lugar de huir, debió dar voces, notificar a los inquilinos, al portero, llamar al policía de la cuadra, telefonear a la Cruz Roja: el hombre no estaba muerto aún. Quizá lo estaría ahora, o muy pronto, por falta de auxilio que él se negó a brindarle.

Recordó entonces al sujeto con el que se había cruzado en la puerta. El traje gris, el rostro moreno y los jadeos tenían ahora una explicación; era el asesino. Únicamente Rodolfo tuvo oportunidad de verlo. Únicamente Rodolfo era capaz de identificarlo, porque los rasgos del hombre se grabaron en su memoria con claridad indeleble. La obligación

del estudiante era dar parte a la policía. En caso de que la vieja con la que tropezó durante su absurda fuga se atreviera a declarar en su contra, él podría explicar fácilmente su torpe actitud: «Estaba asustado, yo solamente vine aquí a entregar un sobre que Frida Campbell...»

Pensó en Frida Campbell. En ella había pensado desde que huía por las escaleras y cuando vomitaba sobre el pasto de la glorieta.

«No debo tener miedo, no debo tener miedo —dijo y repitió en voz alta, hasta que poco a poco su respiración fue recobrando el ritmo habitual—. Tengo que serenarme. Tengo que actuar con calma... En la ciudad ocurren crímenes todos los días.»

Desde la glorieta miró hacia el edificio, y aunque el alcance de su vista no conseguía precisarlo, se dio cuenta de que aún reinaba la normalidad en ese punto de la avenida. Aún nadie descubría al muerto.

«¿Cerré la puerta al salir?... No, seguramente no.»

Observó el libro de Cronin que mantenía sujeto en su mano derecha, y extrajo el sobre de papel manila.

Frida tuvo miedo de ir personalmente al departamento. Pretextó cansancio, dolor de cabeza, para terminar suplicando al estudiante que le hiciera el favor de llevar el sobre.

«No, es absurdo —reaccionó Rodolfo—. Nada tiene que ver Frida con el crimen. A Tomassi lo mataron por una razón cualquiera: para robarlo, por un asunto de faldas.» A Salvatore Tomassi lo asesinó el hombre moreno, de traje gris, cuyo aliento azotó el rostro del muchacho. ¿Y por qué necesariamente tenía que ser Tomassi la víctima que encontró Rodolfo? ¿Qué contenía el sobre de papel manila? ¿Con qué sentido se encadenaban los acontecimientos previos, si es que en realidad se encadenaban? Tal vez lo ocurrido en la carretera no había sido un simple accidente.

Recordó la escena que Juan José y él observaron al salir de la curva: el Valiant 65 quebrando la dirección para arrojar al vacío el MG de Frida Campbell... Los ocupantes del Valiant no eran un par de borrachos. El auto reapareció ante aquel semáforo de la calzada de Tlalpan, y una mujer como Frida no se habría mostrado nerviosa si los ocupantes del Valiant fueran tan sólo dos borrachos impertinentes. El choque les impidió dar alcance al MG de Frida cuando la gringa loca desobedeció el alto.

Una vez más, Rodolfo miró el sobre de papel manila. Su mano derecha temblaba. Súbita y violentamente cerró el libro, y el sobre apresado entre el mazo de hojas resopló dentro con un bufido humano.

«Demasiada imaginación» —pensó. Aquella era la ciudad de

México. No estaba participando en una película ni era el personaje de una novela. Había ocurrido un crimen y nada más. Frida Campbell y su accidente eran cuestión aparte.

Frida Campbell. Frida Campbell. Quiso traer a su mente los ojos, los gestos, el sonido de su voz, pero una como espesa niebla lo separaba de la «gringa loca», como si esta se encontrara detrás de un cristal empañado por la lluvia.

«Lo que ocurre es que estoy muy asustado» —pensó el estudiante.

Fuese como fuese, se encadenaran o no los acontecimientos ocurridos durante la tarde, la obligación de Rodolfo era dar parte a la policía; pero la sola idea de presentarse en una delegación o de avisar a un *azul* le enchinaba el cuerpo. Qué de preguntas, qué de sospechas. La vieja del niño llorón sería la primera en meterlo en aprietos. No.

Otra vez la vieja. Otra vez el miedo. Otra vez el hombre con que tropezó en la entrada. Y Frida Campbell, y Tomassi... Tomassi agónico suplicándole con la mirada —desde su charco de sangre y su vientre herido por las enormes tijeras— que hiciera algo por él, algo... pronto.

Sacudió la cabeza en el momento de llegar a una decisión terminante: no acudiría a dar parte en la delegación porque nada iba a solucionar con eso; todos conocen de sobra los métodos de la policía mexicana. En cuanto a la vieja del niño llorón, podía estar tranquilo; lo más que ella estaba en posibilidades de declarar era algo así como: «Pues yo vi a un muchacho así y asado salir corriendo del edificio, pero no sé quién es. Nunca antes lo había visto».

Y ya. A salvo. Ahora mismo podía tomar un taxi y nunca más volver por aquella colonia.

Un momento: ¿y Frida Campbell? La gringa estaba enterada de que Rodolfo fue al departamento de Tomassi. Y tal vez sabía también, de antemano, que iba a encontrarlo muerto...

«Para eso me envió; para que la policía cayera sobre mí... No. Frida no sabe del crimen. Frida duerme en su habitación del hotel Alameda confiada en que el sobre llegó a su destino. Ignora que su amigo, que su socio, que su amante está muerto... Su amante —repitió Rodolfo—. Ignora que lo asesinaron; pero la policía no tardará en avisarle. La policía investigará a Frida. La llamarán por teléfono. Irán a verla. Le harán preguntas. La gringa les hablará de mí. Tiene mi teléfono. ¡La estúpida gringa tiene mi teléfono!»

Sudaban las manos de Rodolfo y una costra de saliva seca y de polvo endurecía las comisuras de sus labios.

Necesitaba informar inmediatamente a Frida de lo ocurrido y

suplicarle que no dijera nada de él. Ella lo había metido en este asunto y ella tenía la obligación de ayudarlo.

Tras el cristal empañado que cubría la mente del muchacho, el rostro de la extranjera fue recobrando forma y precisión; la frente amplia, el pelo ocultando el pabellón de las orejas, y las arrugas dibujándose en la frente y en el ángulo de los ojos azules siempre: en el auto, en el hotel, al salir del baño. ¿Qué mujer era aquella? ¿Una turista loca simplemente? ¿Una prostituta profesional? ¿Un demonio?

Cruzó la calle rumbo a la caseta de teléfonos que se erguía, servicial, en la banqueta del Boulevard Xola. La permanencia al parecer indefinida de una mujer que había hecho suyo al aparato, impulsó al estudiante a cruzar la Diagonal San Antonio en busca de otra caseta o de una tienda con teléfono. Hubiera preferido tomar un taxi y llamar a Frida desde su departamento, pero pensó que más convenía a su seguridad hacerlo inmediatamente, antes de que la policía localizara a la extranjera. El nerviosismo que padecía Rodolfo no le ayudaba a darse cuenta de que aún faltaban muchas horas para que diera principio la investigación policiaca.

«¡Cómo no mandé al diablo a la gringa!, ¡cómo no le dije que me dejara en la calzada de Tlalpan!, ¡cómo no me largué del hotel negándome a servirle de recadero!... ¡Maldita gringa!»

En una farmacia de la Diagonal San Antonio encontró por fin un teléfono desocupado. La mirada que le dirigió la joven vestida de blanco que se hallaba detrás del mostrador, le hizo suponer que aun traería el pánico pintado en el semblante.

Marcó el 04 para pedir el teléfono del hotel Alameda, y mientras aguardaba la información de la telefonista se miró la ropa. Una larga mancha amarilla escurría por el centro de su camisa interrumpiéndose al llegar a la hebilla para reaparecer luego, en forma de tres goterones, en una de las perneras del pantalón. Recordó que había vomitado y de pronto, con temor súbito, se examinó los zapatos para confirmar que, afortunadamente, no estaban manchados de sangre.

Después de repetir los tres pares de cifras dictados por la telefonista del 04, colgó y levantó la bocina para marcarlos. Su mano débil, temblorosa, dificultó la operación.

«Debo calmarme, debo calmarme» —repetía obsesivamente sin saber aún cómo iba a dar a Frida la noticia y sin capacidad para imaginar en qué forma reaccionaría ella.

La risa cristalina de la joven del mostrador llegó hasta sus oídos. Reía con un cliente, alegre, feliz, libre. Y Rodolfo sintió envidia de la

joven, del cliente, de todas las personas que a pie o en auto cruzaban por la calle: libres como él lo fue hasta esa tarde.

—¿Me puede comunicar con la señora Frida Campbell?...; del cuarto... del cuarto —leyó mentalmente las cifras doradas que brillaban sobre la puerta del hotel cuando la extranjera lo sujetaba cálidamente de la mano— once-cero-seis, señorita... No estoy muy seguro, pero creo que es el cuarto once-cero-seis. La señora Frida Campbell.

—Un momento, por favor —respondió la telefonista.

—Sí, gracias —dijo Rodolfo.

Segundos después la misma voz le informaba que nadie respondía al teléfono en la habitación de la señora Campbell.

—La señora Campbell debe estar dormida —arguyó el estudiante—. Insista por favor, señorita, es muy urgente... Muy urgente.

—Espere un momento.

Una opresión, como si una pastilla se le hubiese atorado, cerró la garganta de Rodolfo. No quiso pensar, no quiso suponer ni imaginar nada. Aguardaría la voz de Frida Campbell.

Pero la que llegó hasta su oído fue la voz de la telefonista:

—Mire, señor, me informan que aquí abajo está la llave de la señora Campbell... La señora Campbell no está en su cuarto.

—¿Salió?

—Sí, seguramente. La llave está aquí en la administración.

—No puede ser —gimió Rodolfo sin decidirse aún a colgar la bocina —; no, no puede ser.

—Lo siento, señor.

—No. —El muchacho miró en ese instante hacia la calle por entre el gran cristal de la farmacia. Y allí, en la acera, a unos cuantos pasos de la entrada, un rostro conocido, terrible, surgió de la noche.

El hombre moreno con el que Rodolfo se había tropezado en el edificio, estaba afuera, vigilándolo.

Colgó la bocina y permaneció con la misma inmovilidad de quien inesperadamente recibe un duchazo de agua helada.

Ese hombre, el asesino, estaba allí. Ese hombre, el asesino, sabía perfectamente que Rodolfo era la única persona que sabía de su crimen. Cuando encajaba las tijeras en el vientre de Tomassi debió haber escuchado el timbre del *interphone* pulsado desde abajo por Rodolfo. Por eso salió corriendo sin esperar a que Tomassi expirara. Por eso no cerró la puerta. Por eso le dirigió a Rodolfo aquella larga mirada cuando sus rostros se encontraron en la entrada del edificio. En aquel instante, el asesino no podía hacer ni decir nada por miedo a ser descubierto y

detenido. Pero aguardó a que Rodolfo saliera y cautelosamente fue detrás de él; lo siguió, lo siguió hasta aquí.

«No es posible —pensó Rodolfo contradiciendo sus propias reflexiones—. Si en verdad me hubiera seguido, si en verdad tuviera intenciones de hacerme daño, habría aprovechado el tiempo que estuve en la glorieta, vomitando.» ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde entonces? Imposible averiguarlo ahora. Tal vez ya fuera blanco el cabello del estudiante. O tal vez estaba sufriendo una equivocación y aquel hombre no era el mismo que se encontró en el edificio. Su aturdimiento lo hacía ver fantasmas.

Giró el cuerpo para tratar de confirmar que todo eran alucinaciones de su mente turbada, pero la intensa luz de la farmacia contradijo este anhelo: el hombre que tenía enfrente y que avanzaba ya hacia el interior del establecimiento, era aquel, el presunto asesino: el rostro moreno, el traje gris, el pelo cortado a la Boston...

En tres o cuatro rápidas zancadas el estudiante llegó hasta el mostrador donde la joven de vestido blanco proseguía su intercambio de risas con el cliente. La joven levantó la cabeza hacia él como para preguntarle «qué se le ofrece», y aunque Rodolfo intentó, quiso exclamar que el hombre que estaba entrando, que había entrado ya a la farmacia, era un asesino, «cometió un crimen y ahora me quiere matar a mí; por favor llamen a la policía», no pudo emitir más que un sordo, desgarrado gruñido ininteligible. Luego salió corriendo de la farmacia.

Él era más veloz. El asesino no podría alcanzarlo. Él era más veloz, más veloz, más veloz. En la secundaria, durante las competencias interescolares de atletismo, fue campeón en cien metros planos. Él era más veloz. Era una flecha disparada en la ciudad, entre los faros de los automóviles: un claxon, un hombro que choca con su hombro, esquinas que se van doblando en su estampida, una larga y solitaria calle abierta a la gran carretera de su juventud. Nadie podría jamás alcanzarlo. Él era más veloz. El más veloz.

Al fin se detuvo, jadeante. Volteó para mirar a sus espaldas y no encontró a nadie. Estaba fuera de peligro. El hombre moreno se había quedado muy atrás.

«Conseguí despistarlo» —pensó.

Pronto las piernas de Rodolfo no podrían continuar sosteniéndolo en pie, pero el estudiante deseaba alejarse en seguida de aquel rumbo, de aquella oscuridad. Un taxi podía ser su salvación.

«Dios, ayúdame a encontrar un taxi» —rezó. Y como si su ruego hubiera encontrado inmediata respuesta, los faros de un auto doblaron la

esquina.

Antes de que Rodolfo alcanzara a medir el nuevo peligro ante el que se encontraba, tres hombres descendieron como dardos del automóvil sin esperar a que este frenara. Y se arrojaron contra el estudiante.

Se desplomó al primer golpe con que una mano de canto acuchilló su hombro izquierdo. No trató de defenderse ni de pedir auxilio; vencido desde el primer instante sólo tuvo conciencia para protegerse el rostro con las manos, de los puntapiés y los puñetazos que recibió mientras un par de tenazas lo sujetaban por los sobacos. Perdió el conocimiento cuando pensaba que había llegado la hora de su muerte.

. . . . . .

Al recobrar el sentido sangraba la nariz de Rodolfo y un agudo dolor le partía la nuca. Voces, como de otro mundo, resonaban dentro de su cabeza.

—Por poco lo matan.

—Hay que llamar a la Cruz Roja y a la policía.

—Es el colmo —protestó una voz—; a estas horas y en plena calle.

—Ya una vez asaltaron a otro pobre infeliz y la policía brilló por su ausencia.

—Como siempre.

—Deben ser estos rebeldes sin causa... No sé cómo no les hacen nada.

—No, no eran rebeldes sin causa; eran tipos grandes. Yo venía dando la vuelta cuando los vi. Se fueron en un carro.

—Por poco lo matan.

Solamente tres mujeres y un hombre se hallaban de pie frente a Rodolfo, pero sus voces aturdían al muchacho igual que si fueran las de una muchedumbre.

—¿Y qué le quitaron?

—No sé.

—¿Se siente mejor? —le preguntó el hombre que lo incorporaba.

—Sí, gracias, creo que sí —balbuceó.

—Hay que llamar a la Cruz y a la policía.

—No, no —gimoteó Rodolfo.

—Mejor no —confirmó el hombre—. La policía nada más lo enreda todo y le iba a ir peor. Empezarían llevándolo a la delegación y para qué quiere problemas...; le pasó a un amigo mío. ¿O quiere usted que le busque un policía?

—No —dijo Rodolfo tratando de enfocar al hombre. Era alto, muy alto, y un par de pobladas cejas sombreaban sus ojos. Se parecía al padre de María Luisa a pesar de no tener blanco el cabello.

—A lo mejor le rompieron un hueso —dijo la mujer con aspecto de sirvienta.

Y la que cargaba una bolsa de pan agregó:

—¿No siente que se le haya roto nada?... ¿Puede caminar?

Rodolfo se llevó la mano a la nuca mientras trataba de dar unos pasos.

—Sí —respondió.

—A ver, a ver, camine bien.

Pudo hacerlo sin necesidad de que lo sujetaran de los brazos. La mujer con aspecto de sirvienta le limpió la sangre que le escurría por encima del labio superior.

—Sólo fue el susto —dijo Rodolfo, reponiéndose. Le dolía el cuerpo, pero no, seguramente no tenía ningún hueso roto.

—A pesar de todo tuvo usted suerte.

—¿Qué le robaron? —preguntó el hombre.

Al llevarse las manos a los bolsillos del pantalón y de la chamarra se dio cuenta de que los forros estaban vueltos hacia afuera. Lo habían vaciado y solamente le dejaron aquel pañuelo blanco en el que María Luisa bordó una erre mayúscula. El pañuelo se hallaba tirado en la banqueta. La sirvienta se lo entregó.

—¿Traía mucho dinero?

Rodolfo recordó más tarde que al salir de Cuernavaca llevaba en los bolsillos cuatro o cinco billetes —atenazados por un clip, también regalo de María Luisa— que no sumarían más de cincuenta pesos. Además: un peso y pico en monedas sueltas, el peine, las llaves de su departamento, su juego de plumas Wearever y la agenda... No, la agenda no. La agenda la dejó en su departamento, en el saco azul, sobre la mesa. Eso nada más llevaba en los bolsillos, y todo eso se habían llevado sus agresores.

De pronto recordó el libro de Cronin y el sobre de papel manila. ¡El libro y el sobre habían desaparecido! El sobre era lo que buscaban; el sobre, el madito sobre de Frida Campbell para Tomassi.

Pensando en aquello, adolorido, viajaba rumbo a su casa a bordo del taxi que el hombre alto, parecido al padre de María Luisa, detuvo para él luego de poner en su mano un billete de diez pesos con el objeto de que cubriera el costo de la dejada.

Por primera vez desde que entró al departamento de Tomassi se sentía libre del miedo, no precisamente porque no lo tuviera, sino porque

su organismo parecía haber llegado al límite de resistencia y cansado de luchar, vencido, roto, se hundía en una extraña pero cierta calma: la del vórtice de un torbellino.

El estudiante ya no quería ni podía reflexionar sobre el significado de todas las situaciones encadenadas aquella noche. Ni Frida, ni Tomassi, ni el presunto asesino le interesaban ahora. No quería saber por qué los asaltantes, en lugar de matarlo, se limitaron a propinarle una golpiza recia, pero no salvaje. Rodolfo sólo quería llegar a su departamento, tenderse en la cama y no despertar sino hasta el día, el mes, el año siguiente.

«Todo esto —pensó— no es más que una pesadilla.»

Pero evidentemente no se trataba de una pesadilla. El dolor de su cuerpo molido a golpes, el pañuelo manchado por la sangre de su nariz, le decían, le gritaban que estaba despierto y que era preciso reflexionar en su situación. Hablar con Frida Campbell. ¿A dónde diablos había ido la gringa? ¿Por qué salió del hotel si le dijo que estaba muy cansada para llevar personalmente el sobre a Tomassi? Le mintió, desde luego; le tomó el pelo como a un niño. Apenas Rodolfo salió del cuarto, la gringa se vistió, mandó traer su maldito MG y en él se fue a toda prisa rumbo al departamento de Tomassi. Conduciendo a la velocidad que él la había visto conducir, Frida pudo muy bien llegar antes que Rodolfo y asesinar al infeliz. Cuando Rodolfo entró, ella se encontraba oculta en la cocina o en el baño o en el clóset. El hombre con que se había tropezado el estudiante era tan sólo un cómplice; o era el asesino, por qué no, el ejecutor de las órdenes de Frida. La gringa era la autora intelectual del crimen.

«No —arguyó Rodolfo—. Si la vieja quería asesinar a Tomassi no tenía por qué entrometerme a mí. ¿Para una coartada? ¿Qué clase de coartada?»

Pensó en los programas de televisión —*La ciudad desnuda*, *El fugitivo*, *Los detectives*, *FBI*—; pensó en las películas de Hitchcock, en James Bond... ¡Por fuerza tenía que estar viviendo una pesadilla! Esto no puede ocurrir en México. Por qué tenía que ocurrirle a él, precisamente a él entre millones y millones de habitantes. ¿Por qué?

El Valiant de la carretera. Tomassi. El sobre de papel manila.

Lo golpearon para quitarle el sobre de papel manila y ahora ya estaba libre; ya nada tenía que ver en el asunto. Su papel había terminado... Entraría al departamento, se dejaría caer en la cama, no abriría los ojos sino hasta la semana, el mes, el año siguiente.

—¿A qué número va de Sullivan? —le preguntó el chofer.

Una pregunta muy parecida lo había lanzado al pánico minutos antes: «¿A que número va de la avenida Cuauhtémoc?»

—Déjeme aquí —respondió.

El taxi se detuvo. Pagó con el billete de a diez pesos, y tras recibir el cambio abandonó el auto.

Apenas podía mantenerse en pie y caminar. El trayecto desde la entrada hasta su departamento le pareció interminable, y cuando introdujo la mano en el bolsillo para extraer la llave se acordó de que la había perdido en el asalto. Tuvo que subir a la azotea para pedir el duplicado al portero.

—¿Pero qué le pasó, joven Rodolfo?... ¡Mire nada más! —preguntó y exclamó Guadalupe, la mujer del portero—. ¡Nabor, ven acá, mira! ¡Mira al joven Rodolfo!... ¡Virgen santísima!, ¿pero qué le pasó?

—Nada —dijo Rodolfo.

—Pero cómo de que nada si viene hecho una lástima... todo lleno de sangre, Dios mío... ¡Nabor, Nabor! —volvió a gritar la mujer en dirección al interior de su pequeña vivienda.

El estudiante no tenía fuerzas ni ánimo para darles explicaciones, aunque en el fondo se sentía contento de encontrarse por fin entre gente amiga. Relató con brevedad el asalto, pero desligándolo del resto de los acontecimientos, porque temía que al revelar a alguien su aventura quedara totalmente desprotegido. Los imaginaba yendo a dar parte a la policía, divulgando por todo el edificio el «figúrate nada más lo que le pasó al joven Rodolfo...» Y eso sería mucho peor. Al menos así lo consideraba en aquel momento. Tal vez al día siguiente, una vez que hubiera dormido, se mostraría dispuesto a dar aviso a las autoridades, o a consultar su problema con alguno de sus maestros abogados. Necesitaba, sí, necesitaba urgentemente un consejo. Pero hoy no. Mañana.

—¡Válgame Dios! —proseguía diciendo Nabor, mientras su mujer limpiaba el rostro del muchacho con agua tibia—. Sería bueno llamar a un doctor, joven Rodolfo, no vaya a ser que le hayan roto algo... Ahorita tal vez no lo sienta, pero...

—No, roto no; solo fueron golpes... Ya mañana estaré bien, y si no, pues voy a ver a un doctor y punto.

—Y a la policía —completó Guadalupe.

—Sí, sí —replicó, para no discutir más.

Después de preguntarle si de veras, si de a deveritas se sentía bien, los porteros lo dejaron bajar a su departamento. Nabor le entregó el duplicado de la llave y con él abrió Rodolfo la chapa.

Pero antes de hacerlo, frente a la puerta que le recordaba la puerta

del departamento del infeliz Tomassi, el estudiante sintió latir aceleradamente su corazón.

«¿Y si alguien estuviera allí adentro, esperándome? ¿Si el asesino, uno de los hombres que me golpearon, o el propio Salvatore Tomassi resucitado se hubiera metido en mi propio cuarto para... para matarme?... No puede ser. No puede ser, nadie sabe dónde vivo.»

Obligando a su mente a acumular los residuos de valentía que le quedaban, Rodolfo rechazó el miedo y abrió la puerta. La empujó hasta el muro. Las habitaciones, oscuras como lo estaban las de Tomassi, parecían aguardarlo desde toda la vida. Encendió la luz.

No había nadie.

Examinó la pequeña estancia, la recámara, el baño, la cocina.

No había nadie.

Regresó hasta la puerta. La cerró rápidamente. Hizo deslizar el pestillo de la chapa, y no contento aun aproximó una silla para que en caso de que alguien violara durante su sueño la cerradura, el ruido del mueble, al ser tropezado por la puerta, lo despertara.

Jadeando se tiró de bruces en la cama.

Indiferente por no sé cuántos días al original de Mendizábal, decidí al cabo, una tarde, proseguir la lectura suspendida con la remota esperanza de que un cambio súbito a los prolegómenos de la trama y a la dirección en que apuntaban los acontecimientos de las primeras cuartillas me hiciesen variar por completo el juicio, tal vez precipitado, sobre la novela sometida a mi consideración. Mas por desgracia no encontré en el curso de los tres primeros capítulos elementos significativos que permitiesen alterar tal juicio adverso; antes bien, el imprevisto surgimiento del factor policiaco rumbo al que la novela enderezaba la acción de sus informes personajes, confirmáronme la idea de que el autor se encontraba aún muy lejos de aprehender el fenómeno novelístico; es decir, el inmaduro escritor estaba, como vulgarmente se define, «en pañales».

Lamenté llegar a esta conclusión, desde luego, pero al mismo tiempo me sentí satisfecho de poder pensarlo sin asomo alguno de remordimientos o de falsa compasión con los que a menudo se obnubilan los críticos. Al hacerlo, decidí evitar una tercera entrevista con Mendizábal. Le pediría a mi secretaria que se entendiese con él cuando el muchacho acudiera a recoger su original, y estaba seguro de que en el momento en que mi eficaz empleada le devolviera el escrito advirtiéndole cortésmente que una reunión de consejo me impedía atenderlo, Mendizábal adivinaría no solo las razones de mi actitud evasiva, sino mi opinión desfavorable a su novela.

Yo no deseaba dialogar con el muchacho porque estaba cierto de que mi costumbre de llamar a las cosas por su nombre y emitir juicios inmisericordes lastimaría su epidérmica susceptibilidad originando una cruel escena en la que por ningún motivo apetecía figurar como protagonista. Mi ánimo no se hallaba en condiciones de sentir lástima por ser alguno. Si reprobando tal actitud el muchacho retiraba su incondicional sumisión, nada podía hacer yo que no fuera lamentarlo, pues no por un desplante compasivo iba a traicionar la rectitud crítica que con tantos esfuerzos mantuve desde siempre y que tantas envidias y tantas intrigas despertó en los buscadores de aplausos gratuitos (zánganos de los medios intelectuales, literatos mediocres) dispuestos a vender su alma al diablo a cambio de un elogio. Justamente para evitar

contratiempos renuncié desde 1958 al análisis de libros mexicanos y me retiré al silencio fecundo donde se gesta la obra del verdadero intelectual.

Tal vez en otras condiciones, libre de presiones morales y en una fase de transferencia positiva con mi analista, no dudo que yo mismo, con paternal entusiasmo, habría acudido en busca del muchacho para original en mano señalarle, capítulo por capítulo, página por página, tanto los errores gramaticales como el equivocado enfoque de su trastabillante novela. En la situación en que me hallaba era imposible. El silencio y la ausencia de Lucy resultaban cada día más gravosos, como más violentas las hostigaciones de mi analista empeñado en convencerme, seguro ya de que mi fe religiosa tenía un fundamento neurótico, que mi miedo al infierno equivalía al miedo que durante la niñez me provocaba el comportamiento autoritario de mi madre. A los cuarenta y siete años de edad seguía reaccionando como un chiquillo asustado ante cualquier idea de castigo, no como un intelectual maduro.

Así pues, apenas concluí la lectura del capítulo tercero giré instrucciones a mi secretaria sobre lo que debería hacer y decir cuando el joven novelista telefoneara o se presentara en la oficina.

Dejando a un lado los errores sintácticos; perdonando gazapos como los de escribir «*volteó* la cabeza», «entró *a* la casa», «*le* dijo a Frida», y no prestando atención a su incorrecta manera de usar los guiones, las comillas, el gerundio, de abusar de los puntos suspensivos y de la partícula *que*, y de rehuir en veces, con el característico temor de los principiantes, cualquier posible incursión en los regímenes en *ía* o en *aba* (huida que le restaba frescura y espontaneidad a su estilo), el autor proseguía acusando una lamentable incapacidad para conformar personajes. Esquematizaba a Frida Campbell pensando que era suficiente definirla como una rubia norteamericana de más de treinta años, muy sexy, e intercalar en sus parlamentos vocablos en inglés (ocurrencia de pésimo gusto) para imprimirle vida propia. Y no. Desde su aparición, Frida era un fantasma sin posibilidad alguna de existir al margen de la acción narrativa; otro lugar común semejante a los también inverosímiles Juan José y Rodolfo. Cierto que el desarrollo bajo el punto de vista del estudiante provinciano había favorecido al personaje en cuestión, quien a partir del capítulo segundo adquiría dimensiones de criatura humana, pero ningún mérito literario había en ello desde el momento en que Rodolfo representaba la más simple, la más evidente proyección del autor. El hecho de que el novelista desahogara mediante las implicaciones del relato sus frustraciones adolescentes, otorgaba a

Rodolfo una individualidad incuestionable, pero calcada siempre de la que constituía a Mendizábal, lo cual, por supuesto, no implicaba creación novelística alguna. La escena del hotel era un claro síntoma de este fenómeno. De sus impulsos sexuales insatisfechos, de sus fantasías eróticas, el novelista arquitecturaba una escena (referida torpemente, perdiendo a cada paso el ritmo narrativo) que aparte de su inverosimilitud permitía observar, tras el cristal transparente en que se transforman las palabras cuando las maneja una pluma ingenua, la problemática psicológica del escritor. Aún Mendizábal no tenía resuelto su problema con la mujer. La vivía extranjera e incógnita como era Frida Campbell, objeto de pasión, pero al mismo tiempo frustrante. Si el acto sexual no se llegaba a consumar en el episodio, no se debía a exigencias de la trama, sino simplemente a que el autor no había conseguido establecer una auténtica identificación con su propio sexo que le permitiese entrar en relaciones heterosexuales con la mujer a la que vivenciaba con las características de la figura materna. En caso de realizarse, el acto sexual se habría convertido en un acto incestuoso, y ante un peligro de esa índole la solución inconsciente del novelista era evadir la tentación, desplazar del hotel a su personaje masculino, pero sobre todo y significativamente entremeterlo en las peripecias de un crimen. Censurando el incesto potencial, el superego de Mendizábal lo castigaba en la figura de Rodolfo, aunque al hacer a la mujer instrumento, germen de ese castigo, personaje y autor se liberaban hasta cierto punto de sus sentimientos de culpabilidad y se convertían en víctimas; cómoda postura desde la que resultaba más fácil descargar la agresión encubierta contra el sexo femenino.

Tenía yo la seguridad de que Mendizábal no premeditó con calma el argumento de su novela, o de que si lo hizo, su falta de autocrítica le impidió tomar conciencia de proyección tan evidente. Sea como fuere, el factor policiaco surgió a posteriori, sólo para propiciar la dinámica del interés y no porque al autor le importase escribir un *thriller*. El capítulo tercero sobrevino por inercia convirtiendo la obra, una vez satisfecha la urgencia de Mendizábal por plantear bajo la metáfora novelística su conflictivo problema psicológico, en una simple y vulgar historia de crímenes.

En resumen, al joven autor de aquellos tres primeros capítulos le casaban muy bien las argumentaciones de Edmund Bergler cuando afirma que

> el escritor no produce sus obras, como creen los ingenuos, porque tenga algo

> importante que comunicar a sus lectores, sino únicamente para resolver su conflicto interior. Así, la literatura se convierte en un episodio victorioso de la conciencia; la coartada ha sido aceptada.[13]

Desde luego, Bergler nunca fue un teórico de mi predilección. En 1959 refuté su *Psicoanálisis del escritor* en un artículo implacable[14] que me fue muy celebrado en los círculos intelectuales y que Emma Dolujanoff me sugirió reproducir en un boletín médico. Sin embargo, ciertos conceptos del seguidor de Freud surtían efecto al ser aplicados a escritores de segunda categoría y a primerizos como Mendizábal cuyo escaso talento no les merece el calificativo de artistas.

> Bergler (*escribí*) no logra penetrar en el proceso creativo auténtico, en los misterios de la estética. Mediante el análisis de casos muy particulares se aventura a dar por valederos síntomas obvios de la mecánica creativa que sólo ocurren en los niveles de la literatura artesanal o que, en ciertos casos, constituyen únicamente el material aleatorio en la obra de un artista.[15]

Aunque los citaba en su libro, a Bergler se le escapó el sentido de los conceptos con que Freud analiza este fenómeno:

> El soñador oculta cuidadosamente a los demás sus fantasías porque tiene motivos para avergonzarse de ellas... Aunque nos las comunicara, no nos produciría con tal revelación placer ninguno. Tales fantasías, cuando las conocemos, nos parecen repelentes, o cuando menos nos dejan completamente fríos. En cambio, cuando el poeta nos hace presenciar sus juegos, o nos cuenta aquello que nos inclinamos a explicar como sus personales sueños diurnos, sentimos un elevado placer, que afluye seguramente de numerosas fuentes. Cómo así lo consigue el poeta es su más íntimo secreto; en la técnica de la superación de aquella repugnancia, relacionada indudablemente con las barreras que se alzan entre cada Yo y los demás, está la verdadera *ars poetica*. Dos órdenes de medios de esta técnica se nos revelan fácilmente. El poeta mitiga el carácter egoísta del sueño diurno por medio de modificaciones y ocultaciones y nos soborna con el placer puramente formal, o sea estético, que nos ofrece la exposición de sus fantasías. A un tal placer, que nos es ofrecido para facilitar con él la génesis de un placer mayor, procedente de fuentes psíquicas más hondas, lo designamos con los nombres de prima de atracción o placer preliminar. A mi juicio, todo el placer estético que el poeta nos procura entraña este carácter de placer preliminar, y el verdadero goce de la obra poética procede de la descarga de tensiones dadas en nuestra alma. Quizá contribuye no

> poco a este resultado positivo el hecho de que el poeta nos pone en situación de gozar en adelante, sin avergonzarnos ni hacernos reproche alguno de nuestras propias fantasías.[16]

Muy lejos se encontraba Mendizábal de merecer el término freudiano de poeta, equivalente en nuestro actual vocabulario técnico al de literato creador. Eso pensé al menos aquella tarde en que proseguí la lectura de su original.

Mi hijo Fernando me había llamado por la mañana para que le firmase ya no recuerdo qué documentos, y aproveché la ocasión para invitarlo a comer. Aceptó sin los pretextos con que otras veces rehuía mi presencia, aunque me advirtió que disponía de poco tiempo pues a las cuatro de la tarde entraba a clases en la Universidad. Llegó a las dos en punto a la oficina, y en el lapso transcurrido allí y durante el camino hasta un restaurante próximo sólo tuve ocasión de formularle las obligadas preguntas sobre la marcha de la familia y la situación de sus estudios. Sin inmutarse respondió con su proverbial laconismo que cual una barrera me impedía penetrar en el mundo de Norma, ajeno desde el momento en que renuncié a él a sabiendas de que también perdería el amor filial de Fernando.

Cuando ya en el restaurante, tras ensayar inútilmente variados temas de charla, me atreví a pedirle informes sobre el proyectado matrimonio de Norma con aquel desconocido, Fernando se encogió de hombros, dijo no haber tratado el punto con su madre desde hacía mucho tiempo, y derivó la atención hacia los posibles platillos a elegir. Pero minutos más tarde no pudo ocultar un gesto de sorpresa al enterarse de que había roto mis relaciones con Lucy. Lo veo ahora levantando la cabeza, arrugando la frente (la cuchara del caldo a medio viaje) y a punto de emitir un ambiguo «por qué», al que respondí chasqueando la boca e imprimiendo a mis manos un ademán de impotencia.

Por desgracia no mantuvo mucho tiempo su mueca de asombro ni formuló preguntas. Nuevamente cambió el tema de la conversación luego de resolver con un par de frases inaudibles el incómodo trance. Creí observar, sin embargo, que a partir de ese momento Fernando demostraba un particular interés por ser cordial y atento, por enterarme de sus proyectos juveniles, por tender entre ambos un lazo que anudara de nuevo nuestra vieja confianza. Tampoco esta actitud duró (quizá fue sólo efecto pasajero del martini y la cerveza). Al despedirse en la puerta del restaurante pretextó mil ocupaciones estudiantiles y laborales que le impedían aceptar para una fecha próxima un segundo encuentro, y

echando a caminar con paso apresurado se fue perdiendo poco a poco de mi vista.

Mucho había pensado siempre y mucho pensé entonces en el porvenir de mi hijo. Tenía miedo de que por mi culpa la vida lo tratara mal; de que frente a las inevitables crisis de la juventud se sintiera desprotegido y falto de consejo oportuno, de la orientación necesaria para salir adelante. Pero pensé también que así como yo no sucumbí en la lucha a pesar de carecer de un padre que me orientara durante los años mozos, así Fernando, repitiendo mis pasos, vencería luego de comprender que cada joven, cada hombre, debe resolver por sí mismo su propio destino.

No crecer bajo mi sombra era quizá, incluso, una fortuna para él. Y eso lo sabía seguramente Fernando, como lo saben todos los jóvenes al cumplir una edad en que la independencia del mundo hogareño es su más caro y su más vital anhelo. Atrás quedó la niñez; llega siempre un momento en que por razones de la evolución natural, brota en el adolescente, dice Spengler,

> una profunda amargura contra sus padres, sobre todo contra su padre, que ha determinado hasta entonces su manera de vivir, del cual depende financieramente, y que sigue, sin darse cuenta, tratándole como niño. Si hasta aquí el hijo lo ha idealizado y ha visto en él cifrada toda grandeza humana, la negación no hace sino resultar más intensa, corroborada por una visión penetrante del hombre real... El padre que conozca estas necesidades de la evolución se retraerá por sí mismo a los años críticos. Pero los más ni siquiera las sospechan. Y, por otra parte, no se puede ayudar seriamente al joven. ¡Cuán avisada y prudente se habría hecho en otro caso la Humanidad con la experiencia acumulada de las generaciones! Lo mejor es pensar: «Corre el riesgo de tus errores hasta el límite en que haya de protegerte contra ti mismo». Aquí empieza en realidad un estadio de educación aparentemente negativa. Ésta desplegará su mayor fuerza cuando deje traducir el sentimiento que expresan estas palabras: «Aquí estaré siempre para ti si algún día me buscas».[17]

Aceptaba yo en teoría los conceptos de Spengler y de tantos otros expertos en el tema, pero me resultaba harto difícil vivenciarlos conforme a lo que mi analista y Lucy hubiesen querido.

Era obvio. Así como Fernando entendería tarde o temprano mi conducta respecto a su madre, y mi derecho a buscar la felicidad en otra mujer, así yo no tenía por qué exigirle ahora muestras sensibles de afecto filial. Que creciera libre, independiente, solo. Sin necesidad de mis

consejos y de mi ayuda encontraría por fuerza su camino. *Aquí estaré siempre para ti si algún día me buscas.*

Quienes en lugar de Fernando acudían en busca de orientación y consejo eran jóvenes como el autor de esa novela definitivamente insalvable. Pero ante ellos, ante Mendizábal, me era preciso comportar la actitud de crítico exigente y nunca la de padre o maestro compasivo. Al propio Fernando, si Fernando hubiese escrito esa novela, habría juzgado con objetiva severidad. En cuestiones literarias siempre fui intransigente, convencido de que más vale un rotundo rechazo a tiempo que una tardía crítica adversa cuando el escritor, pensando en que va por buen camino, descubre merced a ella su errada vocación. Sin embargo, se necesita mucha honradez y mucho temple para atreverse a desanimar a un muchacho que sueña con la gloria y que se presenta adulando al crítico con toda suerte de frases admirativas. En su gran mayoría los críticos sucumben al *chantage* moral, y sin medir las consecuencias impulsan con frases de aliento a jóvenes que nunca conseguirán encontrar el camino y que luego de convertirse en amargados impotentes irán a engrosar el camposanto de las promesas fallidas. La literatura mexicana de nuestros días debe a esta situación una gran parte de su crisis. Durante mi entrevista con Mendizábal no quise insistir en el hecho, pero es evidente, de toda evidencia, que lejos de hallarse en auge, las letras nacionales atraviesan por una de sus más tristes etapas desde el momento en que apoyan todo su prestigio en la obra indecisa y vacilante de muchachitos de veinte o treinta años. Ninguno de ellos responde como escritor a las exigencias de nuestro tiempo, ninguno de ellos se siente obligado a

> buscar e interpretar la esencia de nuestro modo de ser continental, el ser mismo de América Latina. Hallar la última realidad, el ser de las cosas, es también una función irrenunciable del escritor en cualquier parte del mundo y en todas las épocas. Pero aquí, en América Latina, la sustancia que nos preocupa es la de nuestra propia nacionalidad. Y esto, sencillamente por una razón: nuestro continente tuvo una vez su manera propia de ser y sus formas auténticas de expresión cultural, pero a partir de la conquista esa expresión auténtica ha sido enajenada. Al principio por efecto de la misma conquista, que nos impuso una cultura ajena, externa, inadecuada a nuestra idiosincrasia. Pero las causas de nuestro enajenamiento persistieron, más allá de la adquisición de la independencia política, a través de otras formas de imperialismo cultural y económico. De modo que la lucha contra el colonialismo no es, para los escritores latinoamericanos, una actitud circunstancial, sino una condición básica de su vocación. La finalidad última del escritor es descubrir, acceder a la

> esencia de la realidad y de sí mismo, y es inevitable que en América Latina eso signifique concretamente sacudir todas las influencias alienadoras tanto desde el punto de vista cultural como político y económico.[18]

Más concretamente que Conteris lo precisó en 1964 Alejo Carpentier:

> Para nosotros se ha abierto la etapa de la novela épica... La gran tarea del novelista americano de hoy es inscribir la fisonomía de sus ciudades en la literatura universal, olvidándose de tipicismos y costumbrismos... Hay que fijar la fisonomía de las ciudades como fijó Joyce la de Dublín. Me dirán que esto se viene haciendo en el mundo desde tiempos de Balzac. Es cierto. Pero como nuestras ciudades están empezando a hablar ahora, no lo harán en el estilo de Balzac, sino en estilos que corresponden a sus esencias profundas, no olvidándose una realidad sumamente importante: la novela empieza a ser gran novela (Proust, Kafka, Joyce...) cuando deja de parecerse a una novela; es decir: cuando, nacida de una novelística, rebasa a esa novelística, engendrando, con su dinámica propia, una novelística posible, nueva, disparada hacia nuevos ámbitos, dotada de medios de indagación y exploración que pueden plasmarse —no siempre sucede— en logros perdurables. Todas las grandes novelas de nuestra época comenzaron por hacer exclamar al lector: «¡Esto no es una novela!»[19]

Aún no olvido que mis entusiastas comentarios al ensayo de Carpentier sirvieron de apoyo a Lucy para instigarme a escribir la proyectada obra: sería una novela épica, una trilogía quizá, en donde sobre un escenario histórico se plasmara el fenómeno evolutivo de la conciencia nacional; una novela que imbricara todos lo géneros literarios, audaz en su forma, profunda en su contenido y emocionante en su trama. En noches de efervescencia creativa llegaba a imaginar las reacciones de asombro con que la crítica recibiría la aparición del libro: «Al situarse de un golpe a la cabeza de los novelistas mexicanos, Moreno ha venido a demostrar que un talento maduro puede dar a México la gloria de contar al fin con la gran novela latinoamericana, profundamente nacional y profundamente universal».

No era tarea fácil, pero estaba a mi alcance. Según Lucy, lo único que yo tenía que hacer para conseguirlo era ponerme a escribir inmediatamente. Cinco años aplacé el momento, y ahora, privado de la única persona que podía alentarme, porque confiaba en mi genio, estaba condenado a aplazarla por tiempo indefinido. Ya nunca podría escribir. Quizá nunca estuve en condiciones de hacerlo y todo fueron ilusiones

vanas. Me faltaba imaginación, me faltaba incluso la constancia de un joven como Mendizábal, quien no obstante su impreparación daba muestras evidentes de una fuerza de voluntad envidiable. Mendizábal había escrito doscientas cuartillas que traducidas a esfuerzo creador significaban muchas horas de trabajo, de fe, de confianza en sí mismo. Y yo estaba pasando por alto esta virtud. Me anticipaba a juzgarlo implacablemente sin parar mientes en que un muchacho de su tenacidad podía llegar muy lejos si encontraba el maestro capaz de guiarlo con paciencia y buena voluntad.

¿Por qué no convertirme yo en ese guía? ¿Por qué no, en un acto de póstuma generosidad, consciente de que nunca escribiría mi novela, intentaba hacer algo en favor de este joven que confiaba en mí más que mi propio hijo? Mendizábal era la arcilla moldeable. Mi gran obra no sería la creación de una novela, sino la creación de un autor.

NOTAS:

[13] Edmund Bergler, *Psicoanálisis del escritor*, Psique, Buenos Aires, 1954. Traducción de Josefina Martínez Alinari.

[14] Fernando J. Moreno, «El escritor, ¿un enfermo mental?», en *Revista Mexicana de Literatura*, Nueva época, núm.1, México, D.F., enero-marzo de 1959.

[15] *Op. cit.*

[16] Sigmund Freud, *El poeta y la fantasía*, Obras Completas, vol. II, cap. XIII-4, Biblioteca Nueva, Madrid, 1948. Traducción de Luis López-Ballesteros.

[17] Eduardo Spengler, *Psicología de la edad juvenil*, 4ª edición. Revista de Occidente, Madrid, 1954. Traducción de José Gaos.

[18] Hiber Conteris, «El compromiso del escritor latinoamericano», en revista *Temas*, núm.1, Montevideo, abril-mayo de 1965.

[19] Alejo Carpentier, *Problemática de la actual novela latinoamericana*. *Tientos y diferencias* (ensayos), unam, México, 1964. (Col. Poemas y Ensayos).

Capítulo 4: el garabato

Por las mañanas, María Luisa ayudaba a su madre en los quehaceres de la casa, y lunes, miércoles y viernes asistía a clases de inglés en el Coronet Hall. Por las tardes iba a una academia de la avenida Juárez a tomar un curso de corte y confección. Era, lo que se dice, una muchacha común y corriente de la clase media cuyo mundo de intereses no incluía más ilusiones que las de casarse, formar un hogar, tener hijos y ser feliz dentro de su familia. Le gustaban las películas románticas, leía revistas de fotonovelas y se sentía dichosa sabiéndose amada por Rodolfo.

Lo conoció por conducto de una amiga en un café de las calles de Hamburgo. Se sintió atraída por él desde que el muchacho fue hasta la mesa donde ella y su amiga platicaban. En el momento de las presentaciones, Rodolfo la miró hasta obligarla a bajar la vista, y después de que terminó su refresco y dijo que debía regresar a casa porque ya se estaba haciendo muy tarde, Rodolfo se ofreció a acompañarla hasta la parada del camión. Como afortunadamente la amiga de María Luisa estaba esperando a otras compañeras con las que iría al cine, el camino entre el café y la esquina de Insurgentes lo hicieron solos el muchacho y ella. Desde aquel momento a María Luisa le agradó de Rodolfo su plática vivaz, animada por toda clase de anécdotas. Se dio cuenta de que era un muchacho muy culto, muy correcto, y de que durante la conversación mostraba un gran interés por las respuestas y opiniones de ella. Le gustó que Rodolfo estudiara para licenciado, porque en más de una ocasión había escuchado decir a su padre que no había para cualquier muchacho una profesión más brillante.

Ante la sorpresa de María Luisa, quien al ver aproximarse el Colonia del Valle extendió su mano para el adiós —quizá definitivo—, Rodolfo abordó el camión detrás de ella. La acompañó hasta su casa después de explicarle que no tenía nada que hacer esa tarde, pero preguntándole antes si ella tenía algún inconveniente de que así lo hiciera. Ella respondió que no, que todo lo contrario: le agradecía mucho su atención. Se sentaron en los últimos lugares de la parte trasera, y al llegar a su destino Rodolfo tomó del brazo a María Luisa para ayudarla a bajar.

Quedaron de verse al día siguiente en el mismo café de la calle de Hamburgo.

Después de tres semanas de salir juntos todas las tardes, María Luisa respondió con un tímido «sí» cuando Rodolfo le preguntó si quería ser su novia. Ella hablaba luego a sus amigas de aquel día como del más feliz de su vida, aunque tenía miedo de que sus padres, muy severos, muy exigentes, muy estrictos, no aprobaran su noviazgo.

Lo aprobaron con entusiasmo tan pronto conocieron a Rodolfo. El muchacho supo ganarse la estimación de toda la familia de María Luisa gracias a su educación, a sus finos modales y al tacto con que abordaba los temas preferidos del padre o de la madre.

La primera vez que se besaron, María Luisa supo que se casaría con Rodolfo.

Esa mañana, sin embargo, a través del hilo telefónico, María Luisa se mostraba sumamente agria y hablaba de romper su compromiso. Molesta porque Rodolfo no había cumplido su promesa de llamarla tan pronto llegara de Cuernavaca, alegaba falta de cariño por parte del joven, quien ya desde la última semana denotaba fastidio e indiferencia para con ella.

Aunque no del todo original el arranque, porque desde tiempo inmemorial se utiliza para cortar y prolongar mediante un aparente cambio de tema el *suspense* del capítulo anterior (estableciendo así un contrapunto en ritmo y en atmósfera), constituía dicho arranque la primera virtud plausible del original de Mendizábal.

Bien concebido el *flash-back*, y meritorio el esfuerzo por caracterizar a María Luisa con elementos narrativos que desgraciadamente compartían aún su función con las descripciones estáticas. Por ejemplo, era más elocuente escribir: *terminó su refresco y dijo que debía regresar a casa porque ya se estaba haciendo muy tarde*, que mostrar a María Luisa definiéndola como *una muchacha común y corriente de la clase media cuyo mundo de intereses no incluía más ilusiones que las de casarse, formar un hogar, tener hijos y ser feliz dentro de su familia.* Mientras la primera oración situaba de golpe a los lectores ante un personaje innegablemente vivo, la segunda sólo repetía la imagen borrosa de mil muchachas citadinas idénticas entre sí. María Luisa era un concepto vago cuando el novelista informaba que *le gustaban las películas románticas y leía revistas de fotonovelas*, pero en cambio era una criatura de carne y hueso en oraciones como esta: *La primera vez que se besaron, María Luisa supo que se casaría con Rodolfo*.

Desde luego abundaban los tropiezos sintácticos y al estilo de Mendizábal le seguía faltando brillo. Las dos primeras oraciones concluían en palabras agudas de igual pronunciación (*Hall* y *confección*) que asonantaban violentamente el ritmo. Expresiones como *mundo de intereses, ser feliz* dentro de *su familia*, *lo conoció por conducto de, en el momento de las presentaciones* (en lugar de *al ser presentados*), *estaba esperando a* (en lugar de *aguardaba a* o *se hallaba en espera de*) corroboraban ese torpe manejo del idioma que desde las primeras cuartillas tanto me había molestado.

El adjetivo *vivaz* no era propio para el sustantivo *plática*.

El *su* en *decir a su padre* era anfibológico.

En la expresión *no había para cualquier muchacho* una *profesión más brillante*, era superfluo el artículo indefinido.

Sobreabundancia de *ques* en *La acompañó hasta su casa después de*

explicarle que *no tenía nada* que *hacer esa tarde, pero preguntándole antes si ella tenía algún inconveniente de* que *así lo hiciera. Ella respondió* que *no,* que *todo lo contrario.* Además, en esa misma cláusula, la repetición en dos formas verbales del verbo *hacer* (*hacer* e *hiciera*) originaba otra anfibología: *para que así lo hiciera*; para que así lo hiciera ¿quién?, ¿qué cosa?

Reiteraciones absurdas: *muy severos, muy exigentes, muy estrictos*.

Camión (por autobús) era un término coloquial inaceptable. E inaceptable también la denominación del sitio: *parte trasera*.

Etcétera.

—Déjame hablar —la interrumpió Rodolfo—; siquiera déjame que te explique.

—¿Para qué? ¿Para que inventes un pretexto? Seguramente se fueron por ahí a divertirse con sus amiguitas.

—No me fui a divertir a ningún lado, María Luisa, escúchame.

—Quedaste de hablarme en la tarde y no me hablaste. Aquí estuve de zonza todo el tiempo esperando y esperando... y nada. Y no me digas que estabas en tu casa porque te llamé hasta el cansancio... hasta las diez de la noche.

—¿Me vas a dejar que hable?

—Hasta las diez, Rodolfo... Y yo sé que salieron temprano de Cuernavaca, porque también hablé a casa de Juan José y su hermana me dijo que había llegado como a las ocho, pero que luego había salido.

—¿Te dijo que llegó conmigo?

—No necesitaba decírmelo.

—María Luisa, por favor, óyeme.

—¿Qué pretexto tienes preparado?

—Ningún pretexto, óyeme...

—Si ya te cansaste de mí dímelo de una vez.

—¡Está bueno! —gritó Rodolfo enfadado—. Piensa entonces lo que quieras. —Y colgó. No lo hubiera hecho en otra ocasión, pero ahora colgó sin escuchar la siguiente palabra de María Luisa. Permaneció unos segundos frente al aparato sorprendido de su actitud. Cuando marcó el número de María Luisa estaba decidido a contarle detalladamente todo lo acontecido, pero apenas la voz de su novia explotó en reclamaciones, Rodolfo decidió no hacerlo. No le diría nada. No le confiaría su secreto.

El estudiante se puso de pie y caminó hasta el cuarto de baño con la intención de darse un regaderazo. Sentía el cuerpo molido por los golpes, por uno en especial: el que había recibido en el hombro, cerca del cuello. El espejo del lavabo le mostró una aparatosa hinchazón a la altura de la mejilla.

Eran las diez y media de la mañana. Había dormido sin interrupciones, pero víctima de terribles pesadillas cuyo argumento no recordaba ya.

Bajo el agua de la regadera reunió sus conjeturas en busca de una conclusión.

«Lo primero será hablar con un abogado.»

Pensó en el profesor Pastrana. «Quizás el profesor Pastrana me diga que él no puede hacer nada. O quizás me aconseje que vaya a la policía.»

Mientras se peinaba concluyó que tanto el profesor Pastrana como cualquier otra persona a quien pusiera al tanto de su aventura terminaría aconsejándole lo mismo: dar parte a la policía.

Sonó el timbre del teléfono.

Era María Luisa, quien un poco extrañada por la actitud de Rodolfo y otro poco arrepentida por la suya, quería llegar a una reconciliación después de que Rodolfo le explicara por qué motivo no la llamó al llegar de Cuernavaca.

—Tuve un accidente —dijo el muchacho—. Me asaltaron.

—¿Te asaltaron?...; ¿cómo que te asaltaron?

—Sí, unos tipos que me querían robar me dieron una golpiza espantosa.

—¡Pero no puede ser!... ¿Cómo estuvo?, ¡cuéntame! Rodolfo quedó de verse con María Luisa en el Sanborns de Insurgentes, a la una. La invitaba a comer. Allí le platicaría detalladamente todo lo ocurrido, antes de ir a la Universidad para su examen de derecho civil.

María Luisa se resistía a colgar el teléfono mientras el estudiante no le contara los incidentes del asalto tan increíble, pero este se disculpó diciendo que tenía prisa por salir. Antes de colgar repitió el lugar y la hora de la cita.

En realidad, Rodolfo comenzaba a sentirse nervioso. Mientras hablaba con María Luisa había recordado el rostro del muerto y el del hombre que lo miraba cuando estaba en la farmacia. El temblor de su mano derecha sacudió la bocina. La colgó sólo para interrumpir la comunicación y poder llamar al hotel Alameda. Primero marcó el 04 y luego las seis cifras del hotel.

Una voz masculina le hizo saber que la señora Frida Camp-bell había liquidado su cuarto dos horas antes y abandonado el Alameda sin dejar ninguna clase de recado para nadie.

—¿No sabe entonces dónde puedo encontrarla?

—No, señor. Lo siento.

En la voz masculina no se delataba el embarazo del que seguramente habría dado muestras el empleado en caso de que la policía hubiera ido a detener a Frida Campbell. «Tal vez el empleado no sepa nada —pensó Rodolfo—. O tal vez tiene órdenes expresas de no

manifestar curiosidad hacia las personas que pregunten por la extranjera, para que de ese modo la policía que tiene el teléfono intervenido y escucha todas las conversaciones, tome providencias.» Eso, siempre y cuando Frida tenga alguna relación con el crimen y siempre y cuando la policía de México trabaje con los métodos de la policía de Hollywood.

Rodolfo tomó su agenda.

¡Frida había huido del hotel!

Buscó el número de su amigo Juan José.

¡Frida estaba complicada en el crimen!

Antes que hablar con un abogado, le pediría consejo a su amigo: habiendo conocido a Frida Campbell, el junior se encontraba más próximo a los acontecimientos que cualquier otra persona y más lejos a cualquier gesto de incredulidad. Juan José, por otra parte, tenía magníficas relaciones: los conocidos de su padre, aquella hija de político...

Las dos veces que marcó, el teléfono del junior sonó ocupado.

Rodolfo dijo una palabrota, y con intenciones de comprar el periódico del día salió del departamento. Compró cuatro diarios, pero en ninguno de ellos se consignaba la muerte de Salvatore Tomassi. El único suceso acaecido en la colonia Narvarte era un atropellamiento en la persona de un niño de siete años.

«Imposible que no hayan descubierto el crimen —se dijo Rodolfo—. A menos que la noticia ya no haya alcanzado a entrar en los periódicos de en la mañana y salga en los vespertinos. O con suerte no aparezca nunca, como ocurre con los crímenes gordos que la policía acalla para no ver interferidas sus investigaciones con la publicidad.» ¿Sería este un crimen gordo?

Pensó en ir al departamento de Tomassi o aventurarse por los alrededores del edificio —«tal vez escuche algún comentario en el mercado, o entre los vecinos»—, pero ante la posibilidad de encontrar a la vieja del niño llorón o ser reconocido por un curioso cualquiera, desechó el pensamiento con una negación de cabeza involuntaria.

De un teléfono público llamó nuevamente a Juan José sin obtener más respuesta que los típicos zumbidos cortos. Atravesó la calle rumbo al parque de Villalongín, cuando de pronto, como un fogonazo que le encendiera la memoria, recordó que al salir de la farmacia, mientras echaba a correr huyendo de su probable persecutor, no llevaba en la mano el libro de Cronin donde Frida había puesto el sobre de papel manila... «No, no lo llevaba. Estoy seguro de que no lo llevaba.» Se veía correr de nuevo, con la barbilla enhiesta, agitando los brazos, las manos

abiertas... abiertas, abiertas. No cargaba ningún libro.

¿Dónde, cuándo lo perdió entonces? ¿En la glorieta? ¿En la farmacia?

Al entrar en la farmacia aún traía el libro en la mano. Lo abrió minutos antes de hablar por teléfono. Lo abrió, miró el sobre.

Rodolfo cerró los ojos para recordar a la joven de vestido blanco que reía detrás del mostrador, y como si se tratara de una estampilla soldó el rostro risueño de la muchacha al sobre dirigido a Tomassi.

¿Lo dejó caer en el momento de salir?, ¿al mirar al presunto asesino que lo aguardaba afuera?

¿Qué había junto al teléfono? ¿Un mueble? Sí, un pequeño mueble con grandes pomos de cristal encima. Pomos que contenían algodones, chocolates, malvaviscos.

Probablemente dejó el libro sobre el mueble, y el asesino, al notarlo, ya no salió en su persecución. Nunca estuvo seguro de si alguien corría o no tras él.

Sólo yendo a la farmacia podía salir de dudas. Ir a la farmacia y preguntar:

—Perdone, señorita, ¿de casualidad no dejé anoche olvidado un libro?

La joven, que vestía hoy una blusa azul, transparente, no dejaba de mirar hacia la mejilla amoratada del muchacho. Respondió al fin, dejando descubierta una blanquísima hilera de dientes:

—Ah, sí... ¿es de usted el libro?

—Es un libro de Cronin —dijo Rodolfo sintiendo que un cordón de frío le resbalaba de la cabeza.

La joven le dio las espaldas mientras avanzaba rumbo a una pequeña puerta que comunicaba al establecimiento con un cuarto posterior. Regresó con Rodolfo en menos tiempo de lo que éste hubiera podido suponer.

—Aquí está —dijo la joven. Rodolfo tomó el libro con ambas manos, temblorosas.

Aunque no necesitaba abrir el volumen para darse cuenta de que el sobre continuaba dentro, lo hizo apartándose un paso del mostrador y releyendo la inscripción en tinta negra.

La joven de la farmacia no lo perdía de vista.

—Gracias, señorita, gracias —titubeó el estudiante. Se detuvo a unos pasos de la puerta y giró hacia el mostrador. Necesitaba preguntar a la empleada si anoche, en el momento de salir corriendo, aquel hombre moreno —«usted debe recordarlo, señorita»— había salido también

corriendo en su persecución. Pero Rodolfo no se atrevió a preguntar nada. En los ojos de la joven, persistentemente dirigidos hacia la mejilla amoratada del estudiante, había una expresión amenazadora: como si ella no estuviera al margen de la aventura, como si fuera cómplice del crimen, amiga de los asesinos, espía de Frida Campbell o de los agentes de la policía que empezaban a seguir la pista de Rodolfo.

—Gracias —fue lo único que le dijo antes de abandonar a toda prisa la farmacia.

Sin leer antes el letrero de un autobús que se detuvo en la esquina, el muchacho lo abordó de un salto deseando alejarse del rumbo lo más pronto posible. Pero no pudo permanecer mucho tiempo en el vehículo. Sentía que las miradas de los pasajeros lo enfocaban acusatoriamente; sobre todo la de un hombre con aspecto de mecánico, que viajaba en uno de los asientos laterales. Las manos aceitosas, renegridas del extraño, bien podían ser las que lo golpearon la noche anterior hasta hacerle perder el sentido.

Se apeó una cuadra antes de llegar al parque Mariscal Sucre, y tomó otro autobús que lo condujo hasta Bucareli. Confiado en que nadie lo seguía entró en un café con intenciones de examinar detenidamente el contenido del sobre. Pensó que en un establecimiento como aquel, concurrido por docenas de parroquianos indiferentes a lo que sucedía o a lo que se hablaba en las mesas vecinas, se hallaba más seguro que en su propio departamento.

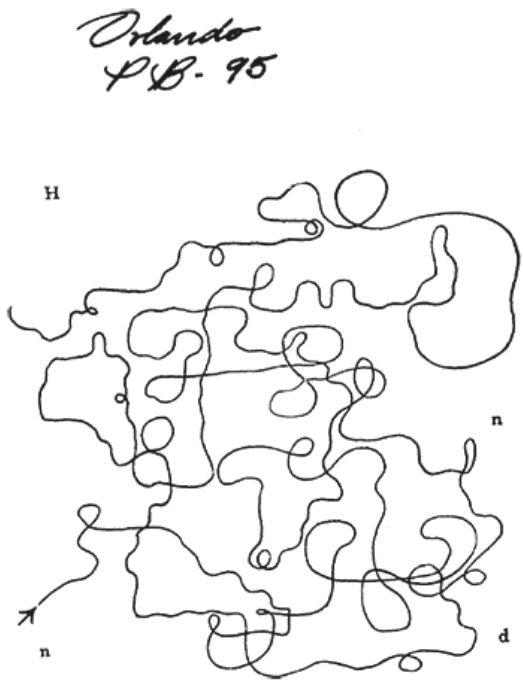
Eligió una mesa situada en un rincón, y después de pedir té de manzanilla rasgó el sobre.

Las manos le sudaban cuando extrajo un segundo sobre de papel manila, más pequeño, cerrado también con papel engomado transparente. Dentro de este sobre había una especie de paquete formado por papeles en blanco, y, por fin, un tercer sobre muy pequeño —como los que sirven para guardar tarjetas de visita—. Al abrirlo encontró dentro una llave y un papel cebolla tamaño carta doblado en varias porciones.

No había duda posible ya. Entre Frida y Tomassi existía una sospechosa relación en alguna forma emparentada con ese mundo de los que viven al margen de la ley. Tal vez eran espías, miembros de alguna organización internacional, personajes del hampa. Si alguien se lo hubiera sugerido cuando viajaba con Frida a bordo del MG, Rodolfo habría soltado una carcajada incrédula; mucho menos lo habría sospechado él, totalmente ajeno al destino de acontecimientos que arrancándolo de su tranquilidad cotidiana lo involucraron en una

aventura terrible. Tenía que admitirlo, estaba viviendo una aventura terriblemente real y necesitaba buscar
una salida, una solución inmediata. No pensar más en que estas cosas «no ocurren en México», «son situaciones de película», sino hacer algo. Actuar.

El contenido del sobre le confirmó esta idea. Además de la llave —una pequeña llave que lo mismo podía servir para un candado común y corriente, que para una exótica cerradura o el motor de un auto— el papel cebolla doblado en varias porciones abría tremendas interrogaciones en la mente del muchacho. Con las letras y los rasgos trazados en tinta china presentaba —exactamente— el siguiente aspecto:



En un principio, Rodolfo permaneció con la mente en blanco ante el garabato. Varias veces leyó la única palabra completa escrita en el papel: ORLANDO.

Fue saliendo poco a poco de su asombro y ya con más calma y atención se dio al examen del jeroglífico a cuya existencia se debía, seguramente, la muerte de Tomassi y la golpiza que recibió Rodolfo. Frida lo había puesto en sus manos y ahora Frida había desaparecido. No era pues una simple charada ni una estúpida broma. No era un papel sin valor pese a que Frida se atrevió a ponerlo al cuidado de un desconocido. Tal vez —ante la amenaza de los ocupantes del Valiant 65: los asesinos

de Tomassi, los hombres que golpearon al muchacho— la «gringa loca» se vio obligada a confiar en él con la esperanza de que lo llevara diligente a su destino animado por la promesa de una noche de amor.

Pero cualquier examen de Rodolfo resultaba inútil: no lograría descifrar el enigma contenido por el garabato. De ello estaba seguro. Como lo estaba, también, de que por ese maldito garabato peligraba seriamente su vida.

. . . . . .

Luego de introducir el papel cebolla y la llave en el pequeño sobre blanco, y de guardarlo en uno de los bolsillos interiores de su chamarra, Rodolfo bebió de un golpe el té de manzanilla. Sin aguardar a la mesera, dejó tres billetes de a peso y abandonó el café.

Anduvo tres cuadras antes de detenerse frente a un depósito de basura, y cuando consideró que nadie lo observaba, arrojó dentro el sobre de papel manila —que había vuelto a llenar con los papeles que originalmente contenía, a excepción del papel cebolla— y el libro de Cronin. Enseguida entró en una caseta telefónica para llamar a Juan José.

No encontró a su amigo. La sirvienta le dijo que «en este momentito» acababa de salir diciendo que «no llegaría hasta la noche».

Tampoco los periódicos del mediodía hablaban de la muerte de Tomassi.

Viajando en un autobús sin rumbo fijo —porque solamente viajando toleraba su ansiedad— Rodolfo se dio a la tarea de elaborar planes de acción inmediata. No le fue fácil. Tras largas reflexiones consiguió establecer cinco actitudes a seguir:

1—No regresar a su departamento. Pedirle a Juan José que lo acogiera en su casa durante una temporada.

2—No acudir por el momento a la policía ni solicitar los servicios de un detective privado hasta no haber comentado con su amigo el desarrollo de los incidentes.

3—Ir a comer con María Luisa tal y como lo había planeado, pero no hablarle más que del asalto como de un hecho aislado y sin antecedentes ni consecuencias.

4—Ir a la Universidad y presentar el examen.

5—Hablar con Juan José a la salida del examen para decidir, ayudado por sus consejos, qué actitud tomar.

Más tranquilo, confiando en que obraba del modo más prudente,

descendió del autobús a la altura de la Fuente de Petróleos, y en un taxi se dirigió al Sanborns donde se había citado con María Luisa.

Encontró a la joven hojeando un magazine de modas, seguramente molesta porque Rodolfo llegaba con media hora de retraso. Al verlo, sin embargo, María Luisa no tuvo ningún reproche para él; alarmada ante el moretón y la herida en la comisura izquierda de la boca, emitió frases de sorpresa, de lástima y de arrepentimiento por haberse mostrado tan grosera y tonta en el teléfono.

—Perdóname, Rodolfo, pobrecito de ti; perdóname que sea tan celosa —dijo y repitió durante la comida, una vez que el estudiante le relató el incidente del asalto incorporando a él detalles falsos.

—No te creas que yo me quedé cruzado de brazos. No, también repartí golpes y patadas. Me defendí. Pero como te digo, eran muchos y al final acabaron tirándome.

Rodolfo se sintió contento del asombro que denotaba María Luisa. La mano de la joven abandonó el tenedor para recorrer lentamente el trayecto que la separaba de la mano del estudiante.

—Te quiero —dijo ella.

Él sonrió. Por presenciar el espectáculo que ofrecería el rostro asombrado de María Luisa, hubiera querido relatar completa la aventura, mintiendo sólo en las escenas del hotel. Se admiraría, sí, pero armaría un escándalo. Y no. Era mejor obedecer punto por punto su plan. Callar. Callando representaba el papel de un héroe que a pesar del gravísimo peligro en que se encuentra, permanece silencioso para no intranquilizar a su amada.

Al terminar de comer faltaban aún dos horas para el examen de derecho civil. María Luisa le preguntó si se sentía nervioso ante el examen, pero Rodolfo dijo que conocía muy bien la materia y le preguntaran lo que le preguntaran resolvería el cuestionario «en tres patadas».

—Me gusta la confianza que tienes en ti mismo —dijo la muchacha —. Yo, aunque sienta que estoy bien preparada, me pongo nerviosísima... Bueno —añadió sonriendo al creer descubrir en Rodolfo un gesto preocupado—, a mí se me hace que tú también, aunque no lo reconozcas.

Desde hacía varios minutos, Rodolfo experimentaba esa extraña sensación de quien se siente observado fijamente a sus espaldas. Al grado de que, volviendo la cabeza, tenía la certeza de encontrarse con un rostro acechante: el del muerto, el del asesino, el de Frida... Tal vez era de Frida Campbell la voz con acento extranjero que resonaba en una mesa vecina.

—No —respondió Rodolfo a María Luisa sin saber exactamente a

qué respondía. Y giró de golpe.

Pero ningún rostro familiar apareció ante sus ojos. No era Frida Campbell, sino una jovencita norteamericana de cabello muy largo y muy lacio la que sonoramente conversaba con una amiga de su misma nacionalidad en la mesa próxima. Sin embargo, el acento de su voz, la forma de pronunciar ciertas palabras, era muy semejante, idéntica a la de Frida. Era idéntica. Aquella joven podía ser pariente, prima, hermana, hija de la gringa loca. Y podía haber sido enviada por ella para vigilarlo... Sí, lo estaba vigilando.

—¡Vámonos! —dijo Rodolfo a María Luisa poniéndose de pie y tomando el tícket que la mesera colocó segundos antes sobre la mesa—. Pago en la caja.

Dejó dos pesos de propina antes de dirigirse a cubrir el importe de la comida. Los ojos de la muchacha del cabello lacio lo siguieron en sus movimientos... lo seguían.

Abandonaron el restaurante y lo abandonó también la muchacha, tras ellos. La perdió de vista Rodolfo unos metros más adelante.

—¿Qué te pasa? —preguntó María Luisa.

—Nada.

—¿Estás preocupado?

—Sí —tuvo que decir Rodolfo—. Estoy un poco preocupado por el examen.

—¿Ya ves cómo sí? Y claro, no es para menos... Pero te va a ir bien, ya verás; te va a ir muy bien.

Rodolfo giraba la cabeza hacia todas partes en busca de su nueva persecutora. De pronto, al llegar al cine de las Américas, tomó del brazo a María Luisa y brusca, rápidamente, la encaminó rumbo al pasaje como para esconderse.

—¡Rodolfo! —exclamó María Luisa doliéndose del apretón.

—Perdona —dijo él. Y luego se dirigió a la taquilla para comprar las entradas—. Vamos al cine.

—Pero si tienes tu examen... no te va a dar tiempo; se te va a hacer tarde.

Rodolfo explicó que verían sólo una parte del *film*, y mientras cruzaban el *lobby*, rumbo a la sala, su novia entendió que lo que él deseaba no era ver la película, sino besarla.

En efecto, durante la hora que permanecieron dentro, en dos butacas del piso superior, muy atrás, no hicieron otra cosa que acariciarse y besarse ajenos al desarrollo de la cinta. Y aunque María Luisa protestó —suavemente, pero protestó— se vio obligada por un

momento a ceder a las caricias atrevidas de su novio.

Era la primera vez que él se comportaba así. Nunca la había besado con tanto ardor, tan apasionadamente: como si Rodolfo estuviera por emprender un viaje largo, interminable.

Capítulo 5: en la casa de Dios

Luego de decir adiós a María Luisa y de prometerle ir a su casa o llamarla tan pronto saliera del examen, Rodolfo abordó un Insurgentes-Bellas Artes rumbo a la Universidad, tranquilo porque la jovencita norteamericana de cabello lacio había desaparecido definitivamente.

«Puras imaginaciones mías —pensó el estudiante—, ahora cualquier persona que me mire voy a pensar que me está siguiendo.»

Repasó mentalmente los puntos a seguir en su plan de acción. Hablar con Juan José después del examen. «Él me va a ayudar a salir de esto. Está muy relacionado. Tiene influencias... Dos personas piensan más que una... Juan José me va a ayudar.» Lo veía desde ahora palmeándole la espalda y diciéndole: «No te preocupes, Rodolfo... te vienes a mi casa por el tiempo que dura esto y vas a ver que todo se resuelve bien. No te apures..., déjame actuar a mí.»

Juan José iba a arreglarlo todo, todo, absolutamente todo.

La tarde era gris. Un velo de nubes negras a punto de caer sobre la avenida hacía nacer impermeables y paraguas aún cerrados en los brazos de los transeúntes. Por la ventanilla que encuadraba el rostro de Rodolfo, desfilaban los edificios. Grandes y pequeños carteles de todas clases coronaban las azoteas o crecían como narices en las fachadas. El viento de una tolvanera agitaba los árboles. Era una tarde cargada de presagios: triste y sofocante tarde para Rodolfo.

Con los brazos cruzados, el rostro vuelto hacia la ventanilla, el muchacho se dejaba llevar por el autobús que, bufando, resoplante, se detenía y arrancaba en cada esquina.

Una mujer, de repugnante tipo hombruno, tomó asiento junto a Rodolfo. Vestía un traje sastre color café, de los que ya no se estilan, y resultaba imposible definir el tamaño y el color de sus ojos por culpa de unos gruesos lentes de los llamados «de fondo de botella». Además de un bolso negro, llevaba tres o cuatro libros que hizo descansar sobre la falda.

Rodolfo no reparó en la mujer hasta que ella se dirigió a él para comentar:

—Qué aguacero va a caer, ¿verdad?

—Sí —respondió Rodolfo casi sin mirarla.

—Y tan bonito sol que hacía en la mañana... El meteorológico hablaba de lluvias aisladas por la tarde, pero como nunca le atina... yo ni caso hice y mire, salí sin paraguas. A ver después cómo me va. A usted también lo sorprendió impreparado este tiempecito, ¿verdad? —añadió la mujer al darse cuenta de que Rodolfo no parecía tener intenciones de abrir la boca.

El muchacho se limitó a asentir con la cabeza. Se sintió molesto. Siempre que alguien le hacía conversación en el autobús se sentía molesto. A veces, incluso, terminaba cambiándose de lugar o descendiendo del vehículo para abordar otro.

La mujer preguntó:

—¿Va usted a la Universidad?

—Sí —dijo Rodolfo.

—Yo también voy para allá... ¿Qué carrera estudia?

—Leyes —se vio obligado a responder Rodolfo.

—¿Leyes? Ah, qué carrera más interesante. Yo siempre quise estudiar Leyes. Y le aseguro que si todavía fuera joven y tuviera tiempo, me inscribiría en Leyes... Es una profesión apasionante, ¿no le parece? Apasionante. Defender acusados, oír hablar de crímenes...

La palabra «crímenes» resonó en los oídos de Rodolfo, quien se volvió para mirar atentamente a la mujer. Definitivamente era repugnante. Sus gruesos lentes de fondo de botella trazaban una serie de círculos concéntricos que como una espiral vertiginosa giraban en torno a los dos puntos negros que seguramente eran los ojos de la mujer. La mueca de una fingida sonrisa le desfiguraba el semblante.

—Bueno, yo sé que un abogado no tiene que ver necesariamente con crímenes. Lo entiendo, claro, su campo es mucho más amplio. Pero como le digo, a mí los crímenes me apasionan. Debe ser porque leo muchas novelas policiacas... ¿Usted no lee novelas policiacas?

Sin responder, Rodolfo descruzó los brazos y se llevó una mano a la barbilla para disimular su nerviosismo, en tanto que la mujer levantaba, para mostrárselo, uno de los libros que llevaba sobre el regazo. El título del libro lo hizo palidecer. Sintió que las piernas se le convertían en trapos. Creyó que iba a desmayarse.

«Son imaginaciones mías —se dijo, mientras la mujer hombruna comenzaba a contarle el argumento de la novela que tenía en las manos —, imaginaciones mías... no debo ponerme así, son imaginaciones mías.»

—¿De veras no conoce la historia? —dijo la mujer.

—No —dijo Rodolfo. Y se puso de pie. Murmurando un mecánico «con permiso» y tropezando las piernas femeninas que obstaculizaban su tránsito, avanzó a grandes zancadas por el pasillo y jaló el cordón del timbre.

El autobús se detuvo. Rodolfo bajó de un salto, pero se dio cuenta de que otras personas bajaban también detrás de él: un hombre con aspecto de obrero que más tarde habría de cruzar la calle rumbo al oriente, y... la mujer del traje sastre. La mano de ella agarró el antebrazo de Rodolfo.

—¿No iba usted a la Universidad?

El pánico helaba el rostro del estudiante. Sacudió el antebrazo para libertarse de la garra de la mujer, y cuando esta gritó un «¡oiga, espere!», el muchacho corría ya por la primera calle que encontró a mano.

Era una callejuela estrecha de sabor provinciano, trazada para comunicar Insurgentes con la avenida Revolución. Ascendía en una rápida pendiente y metros más adelante doblaba en una curva por la que apenas podía circular un auto. Antes de llegar a la curva, Rodolfo miró hacia atrás y confirmó sus temores al ver que dos hombres, a quienes la mujer parecía dar órdenes, salían en su persecución como impulsados por el brazo que ella extendió para apuntarlo.

Los pasos de la rápida carrera del estudiante resonaron en la calle solitaria hasta llegar a la avenida Revolución, abierta —quiso pensar— a su libertad. Pero de un auto negro, estacionado frente al templo de Nuestra Señora del Carmen, salieron otros dos hombres.

Ahora Rodolfo no tenía salvación.

Tal vez la hubiera tenido de haber gritado «¡Auxilio! ¡Socorro!» llamando de ese modo la atención de los transeúntes o de algún policía uniformado. Pero no lo hizo y no encontró más disyuntiva que la de entrar en la iglesia impulsado por su miedo. Pensó que ahí dentro no podrían hacerle nada.

Jadeante cruzó por el pasillo central, entre las bancas donde unos cuantos fieles —mujeres enrebozadas, de condición humilde— miraban hacia el altar donde la Virgen del Carmen parecía prometer auxilio y protección a todos los necesitados.

Se sentó en una banca cuando sus piernas empezaban a negarle sostén. Su respiración ruidosa irrumpía el silencio absoluto que gobernaba en el templo.

«¿Qué hago ahora?» —gimió inaudiblemente Rodolfo sin calma para pensar en una respuesta inmediata. Quiso rezar y pedir un milagro a la Virgen del Carmen: que todo aquello que estaba ocurriendo se

convirtiera en una fantasía pasajera. Aguardó a que nuevos e inconfundibles pasos resonaran a sus espaldas, pero sólo se oían sus propios jadeos y los tímidos sollozos de una mujer que se encontraba dos bancas más adelante. Al dirigir su vista hacia la derecha, advirtió en una de las naves laterales, dentro de un viejo confesionario, la figura de un sacerdote vestido con el hábito café de los carmelitas.

Una mano de mujer le agarró el hombro.

No necesitó volver por completo la cabeza para darse cuenta de que se trataba de la mujer del autobús; sólo que ahora la voz femenina acusaba modulaciones graves, como si brotara desde el fondo de una caverna.

—No grite. Salga conmigo ahora, inmediatamente.

Rodolfo hizo ademán de levantarse, pero la mano de la mujer lo retuvo.

—¡Cuidado, jovencito! —masculló—. No se arriesgue. Nada le pasará si me obedece... Ahora sí levántese y sígame.

Era su culpa por no haber lanzado gritos de auxilio mientras corría por la calle. Era su culpa por no haber llamado a la policía esa mañana. Toda la mañana perdida estúpidamente. Éste era su fin.

Pensó en la pequeña llave y en el papel con el dibujo del garabato. Tal vez si los entregaba a la mujer lo dejarían libre. ¿O no?

—¡Vamos, levántese! —murmuró ella a su oído—. ¡Vamos!

Mirándola apenas, de reojo, se dio cuenta de que la mujer se levantaba, y en ese instante, en un último y desesperado intento de fuga, se lanzó por el extremo contrario de la banca rumbo al confesionario. Pensó que no llegaría nunca y en nada le hubiera extrañado escuchar los disparos de una pistola y sentirse caer herido de muerte. Sin embargo, de no ser los tacones de la mujer, no escuchó a sus espaldas ruido alguno: ningún disparo, ninguna exclamación.

Llegó hasta el confesionario, y mirando con desesperada ansiedad al sacerdote cayó de rodillas frente a él para quedar en la postura común de un penitente.

El sacerdote, que no había reparado en la carrera de Rodolfo atento como estaba a las páginas de su breviario, levantó la vista y le preguntó:

—¿Va a confesar...?

No terminó la última palabra asombrado por el gesto de terror que tenía ante él.

—¡Ayúdeme, padre!, ¡ayúdeme por piedad!... ¡Ayúdeme!, ¡ayúdeme!

—¿Qué pasa? —dijo el cura sin salir aún de su asombro.

—¡Ayúdeme! —gimoteaba Rodolfo—, ayúdeme, me quieren matar... Me persiguen. Es cierto.

Seguramente, en un principio, el carmelita pensó que se las tenía que ver con un loco escapado del manicomio.

—¿Pero qué te pasa, muchacho?

—Es verdad, créame..., me quieren matar. Esa mujer que está allí. Ayúdeme... ¡ayúdeme, padre!

—¿Cuál mujer? —inquirió el sacerdote dirigiendo su mirada por encima del hombro de Rodolfo.

La duda que implicaba esta interrogación hizo temer al estudiante que la mujer se hubiera escondido en algún rincón del templo. Por primera vez se volvió. No, ahí estaba la mujer, con un ridículo pañuelo blanco sobre la cabeza.

—Aquélla, padre, aquélla... ayúdeme. Créame, no le miento.

Al sentirse observada, la mujer apuntó su vista hacia el altar mayor, pero sin moverse un milímetro de su sitio. Tal vez escuchaba desde ahí las palabras de Rodolfo.

—¿Qué te pasa, hijo?, ¿te sientes bien?... No entiendo todavía. ¿Cómo está eso de que te quieren matar?

—Le juro que no estoy loco, padre —bajó la voz—. Yo puedo explicarle todo lo que quiera, pero por favor no se vaya. No me deje solo. Por piedad. Créame.

Antes de levantarse, el sacerdote miró largamente al muchacho como si quisiera sopesar sus palabras. El pánico que este demostraba debió seguramente hacer pensar al cura que había un fondo de verdad en aquel insólito ruego. Por lo menos estaba seguro de que el miedo del estudiante era sincero, evidente. Le hizo una seña tranquilizadora y se levantó.

—No se vaya, padre; por favor, ayúdeme.

—Cálmate... Espérame aquí.

—No, padre.

—Espérame te digo, no va a ocurrir nada.

Rodolfo necesitó ponerse en pie, y permaneció agazapado en un extremo del confesionario, arañando las circunvoluciones de la madera tallada mientras el carmelita se dirigía hacia la mujer. Era un hombre próximo a los cincuenta años, moreno y regordete. Caminaba lentamente, con cierta pesadez.

En tanto que el carmelita intercambiaba con la desconocida palabras que no llegaban a los oídos de Rodolfo, este dirigió una rápida mirada hacia la sacristía. Quizá podría entrar corriendo por ahí. Imaginó

una serie de pasillos y habitaciones; un clóset para esconderse en caso de que el sacerdote no quisiera ayudarlo. De una cosa estaba cierto Rodolfo: no abandonaría la iglesia hasta no saberse fuera de peligro; nunca, tal vez, como aquellos criminales de la Edad Media que huyendo de sus persecutores se refugiaban dentro de los templos a sabiendas de que ninguna fuerza legal los podía sacar de allí.

Con el ceño fruncido, el sacerdote regresó hasta donde se encontrada el muchacho.

—Esa mujer miente —se adelantó a advertir Rodolfo—; le haya dicho lo que le haya dicho es mentira.

—Cálmate.

—Está fingiendo, está fingiendo. ¿Qué le dijo?

El sacerdote permaneció meditabundo por unos instantes. Como si hablara para sí mismo, respondió:

—Dijo que eran imaginaciones tuyas, que ella sólo había entrado a rezar. Dice que no te ha visto nunca en su vida.

—Miente, es mentira —clamó Rodolfo con voz que se alcanzaba a escuchar en toda la iglesia.

—Shh —murmuró el sacerdote. Y luego, tomándolo del brazo y encaminándolo rumbo a la sacristía—: Ven conmigo.

Antes de hacerlo, Rodolfo quiso mirar de nuevo a la mujer, pero esta ya había desaparecido de su vista.

Cruzaron la sacristía, subieron por unas escaleras, y cuando llegaron a lo que parecía ser la habitación del sacerdote, el carmelita lo invitó a tomar asiento y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Rodolfo —contestó el muchacho, más sosegado.

Media hora después, Rodolfo terminaba de contar su increíble aventura. Cierto que en los primeros pasajes relativos a Frida había titubeado al no encontrar la manera de justificar su actitud francamente pecaminosa, pero el sacerdote lo instó a seguir dando por válida la aclaración con que Rodolfo reconocía que tal vez Dios lo había castigado por no dominar a tiempo sus perversas inclinaciones. Con muy pocos detalles, el estudiante narró la entrega del sobre de papel manila, el encuentro con el cadáver de Tomassi y los siguientes sucesos que lo llevaron hasta la iglesia.

Un largo suspiro de alivio subrayó las últimas palabras de Rodolfo. Por primera vez en su vida comprobaba cuánta verdad encierra aquel consejo que recomienda, como el mejor remedio para una mente confusa y atribulada, descargar ante un confidente los problemas personales. No

en balde se apoya en este principio la confesión. Y una especie de confesión había sido el relato hecho al sacerdote por Rodolfo.

—Le juro que es cierto, padre; lo juro por Dios.

—No jures en vano, no tiene caso.

—Usted no me cree.

—¿Por qué no habría de creerte?

—Porque estas cosas no ocurren más que en las películas. Son tan absurdas...

—En la vida diaria ocurren cosas todavía más increíbles, hijo mío.

—¿Me cree entonces?

El sacerdote se llevó una mano a la barbilla y caminó pensativo por la habitación. Luego consultó la hora en su reloj de pulsera.

Había empezado a llover. El terrible aguacero anunciado por las espesas nubes negras, se precipitaba ahora, incontenible. El granizo golpeaba contra la ventana de la pequeña habitación. Un trueno estremeció el cuarto y, enseguida, la luz de la única lámpara se apagó. Sin embargo, la oscuridad no era aún completa; había claridad suficiente como para que Rodolfo pudiera observar la figura y los gestos del carmelita.

Este dijo al fin:

—Lo que no entiendo es por qué no fuiste a la policía cuando encontraste muerto a aquel pobre hombre. O después, cuando te golpearon.

—No sé, padre, estaba muy asustado como le digo. Además, tenía miedo de que la policía no me creyera... No quería meterme en complicaciones.

—Y te metiste en complicaciones peores.

—Ni siquiera sé de qué se trata.

El sacerdote hizo una nueva pausa. Meditabundo dirigió su rostro hacia los vidrios de la ventana, acribillados por la lluvia y el granizo.

—¿Dónde tienes la llave y el papel ese?

Rodolfo introdujo la mano en su bolsillo y extrajo la hoja de papel cebolla. Próximo a la ventana, el sacerdote examinó con detenimiento el extraño garabato.

—Parece un laberinto, uno de eso juegos... —En voz alta leyó aquella única palabra—: *Orlando.*

—¿Verdad que es muy raro? —dijo Rodolfo.

—Indescifrable para nosotros. Solamente los que están en el asunto...

—Cuando salga de aquí me seguirán. No podré huir.

—No creo que todavía continúen allá afuera.

—Estoy seguro de que sí, padre —gimió Rodolfo temiendo que el carmelita le negara protección. En lugar de responder, este dijo:

—Has hecho muy mal en no avisar a la policía. Con estas cosas no se juega.

—¿Y usted cree que la policía hubiera hecho algo? ¡Qué va! Hubieran tomado nota, levantado un acta, y nada más. Yo habría tenido que volver a mi casa. Estaría exactamente en la misma situación.

—Quién sabe. Si ese papel no estuviera en tu poder, esa gente no te perseguiría.

—¿Y cómo saben ellos que lo tengo todavía? ¿Por qué suponen que no he ido a dar parte?

—Tal vez te han estado vigilando.

—Sí, de eso estoy seguro —dijo Rodolfo sintiendo que un escalofrío lo recorría de pies a cabeza, y al tiempo que el sacerdote observaba de nuevo su reloj de pulsera.

Una larga pausa permitió hacer más audible el ruido de la lluvia.

—Calma, hijo mío —sonrió por primera vez el carmelita—, ten confianza en Dios. Yo voy a ayudarte.

—¿Hablando a la policía?

—No cabe duda que has llegado hasta aquí providencialmente. Dios no se olvida de ti. Él ha permitido que ocurra esto... A Él deberás darle gracias después y entender la enseñanza de toda esta aventura. Probablemente se ha valido de ella para mostrarte, de manera muy clara, que en ningún momento de nuestra vida debemos olvidarnos de su providencia. Él es nuestro Padre y como a un padre quiere que lo tratemos...

Rodolfo no se hallaba con ánimos de soportar un sermón, pero no se atrevió a interrumpir al sacerdote. Permaneció en espera de que terminara su discurso, preguntándose a qué conclusión práctica lo llevaría.

—¿Entiendes lo que te digo? —agregó el carmelita luego de señalar la importancia de vivir en gracia de Dios.

—Sí —mintió Rodolfo.

—Por fortuna yo conozco a la persona ideal, a la más indicada para sacarte de este enredo.

—¿Quién?

—Es un buen amigo mío. Un hombre violento y mal hablado, pero de gran corazón. Es agente de la policía secreta.

—Agente de la policía secreta —repitió Rodolfo por lo bajo.

—Algún día te contaré cómo lo conocí. Fue muy curioso, en una situación muy especial, esa sí que increíble... Pero como te digo, nunca se conocen bien los caminos de Dios. Entre la gente más maltratada por la vida se encuentran perlas como este Munguía. Se llama Munguía... Con el tiempo hemos llegado a ser muy buenos amigos. Él no es muy creyente que digamos, se las da de ateo, pero no es cierto; cuántos católicos quisieran parecerse un poquito a Munguía... cuántos, hijo mío.

El sacerdote miró a los ojos del muchacho como si las últimas palabras las hubiera pronunciado pensando en él. Luego sonrió, y caminando hacia una mesa donde se acumulaban en desorden toda suerte de libros y papeles, extrajo de un cajón una libreta de direcciones.

—¿Usted cree que él podría ayudarme?

—Estoy seguro que te ayudará. Basta con que yo se lo pida. A mí no me niega absolutamente nada... Vas a ver, vas a ver —agregó mientras hojeaba la libreta hasta detenerse en una de las páginas—. Y no te apures, lo hará de muy buena gana. Para él esto debe ser un juego de niños; conoce el mundo de los bajos fondos como la palma de su mano... Ya puedes estar tranquilo, Rodolfo.

No lo estaba todavía, porque abrigaba ciertas dudas sobre las afirmaciones del sacerdote y las virtudes del tal Munguía, pero al menos se sentía por primera vez, en las últimas veinticuatro horas, ante una posibilidad de salvación.

El sacerdote se dirigió al teléfono después de consultar su reloj de pulsera.

—Esta es la mejor hora para encontrarlo... Aquí va a estar, vas a ver.

El aguacero no daba señales de amainar; continuaba resonando sobre el techo y la ventana, aunque ya no caía granizo. La luz eléctrica iluminaba de nuevo la habitación.

¿Seguirían allá abajo la mujer y sus pistoleros? Pensó en el examen de derecho civil. «A estas horas ya debe haber terminado. Seguramente le fue muy bien a Juan José. Él y los demás estarán diciendo: '¿Qué habrá pasado con Rodolfo?'. No se imaginan dónde estoy.»

Rodolfo detuvo sus reflexiones cuando el sacerdote comenzó a hablar por teléfono.

—Sí, señor, mire, quisiera que me comunicara con el señor Munguía; es muy urgente. Habla el padre Emilio... Buenas tardes, ¿qué tal? Muy bien, gracias a Dios, ¿y usted qué tal?... Sí, mire, quería hablar con Munguía... No me diga, qué caray, qué lástima... No, no, era un asunto personal... ¿Usted no sabría decirme a dónde fue?... ¿Sí? ¿Está

seguro?... Ah, qué bien, magnífico. Entonces allá lo encuentro... No tiene teléfono, ¿verdad?... Bueno, no importa, muchas gracias; muy agradecido... Ah, oiga, perdone, ¿como cuánto tiempo hace que salió?... Sí... Sí... Sí... ¿Le dijo que iba para allá?... Ajá... Sí... Sí... Pues muchas gracias, ¿eh? Se lo agradezco mucho... Me ha dado mucho gusto saludarlo. Hasta luego... Adiós.

—¿No está? —preguntó Rodolfo apenas el sacerdote colgó la bocina.

—Que acababa de salir hacía unos minutos. Pero dejó dicho que iba a su casa por no sé qué cosa... Allá lo puedes encontrar.

Rodolfo chasqueó la lengua.

—¿En dónde?

—En su casa.

—¿Y dónde vive?

—En Sadi Carnot, pero ya no me acuerdo exactamente el número... Déjame ver.

Mientras el sacerdote consultaba en su libreta el domicilio del agente secreto, Rodolfo se aproximó a la ventana y miró la lluvia. La mano del sacerdote se apoyó en su hombro, y una mirada bondadosa, de paternal conmiseración, bañó la vista del estudiante.

—¿Qué te preocupa? Todo va a salir bien. Ese hombre te ayudará..., ten confianza.

—Ya no tengo confianza en nada.

—¿No tienes confianza en Dios?

Rodolfo iba a responder, pero se arrepintió antes de pronunciar la primera palabra. Ladeó la cabeza hacia la derecha y luego dijo, hacia los ojos del sacerdote que no dejaban de mirarlo paternalmente:

—¿Usted puede ir conmigo a ver a esa persona?

—Bueno, yo quisiera, pero... —tartamudeó el carmelita mirando su reloj—. Tengo algo urgente que hacer ahorita, y ya se me hizo un poco tarde.

—Por mi culpa.

—No, no por tu culpa, no digas eso, no faltaba más. Yo quiero ayudarte y... bueno, pienso que tú puedes ir a ver a Munguía. Yendo de mi parte no hay problema, será igual que si yo fuera contigo.

—No creo que sea igual.

—Te garantizo que sí... ¿Por qué me ves de ese modo? ¿No me crees?

Rodolfo imaginaba el momento en que se encontraría de nuevo en la calle. Temía el trayecto de la iglesia hasta la casa del agente, pero no

se animaba a manifestárselo al sacerdote. Este dijo:

Ya sé. Estás pensando en que esa gente sigue allá afuera.

—Sí —contestó Rodolfo—. Estoy seguro de que me esperan.

—No lo creo, pero en fin..., de cualquier modo no hay problema. Yo saldré contigo... Ahora mismo llamaremos a un radio-taxi y nos vamos los dos en él. Yo me bajo en Insurgentes y luego tú te sigues hasta Sadi Carnot. ¿Sabes dónde está Sadi Carnot?

—Vivo cerca de ahí.

—Ah, pues magnífico, no hay problema entonces... ¿Qué te parece? Si esa gente te está esperando de veras, al verte salir conmigo no intentarán absolutamente nada.

Rodolfo no comulgaba con la lógica del carmelita. Los guardaespaldas de la mujer eran capaces de asaltarlo aun cuando fuera acompañado... O no, pero en ese caso seguirían al taxi hasta donde fuera, y apenas Rodolfo bajara frente al domicilio de tal Munguía... zas.

Para el muchacho hubiera sido preferible permanecer allí, toda la noche, toda la semana y quizá toda la vida; que el agente de la secreta viniera a visitarlo allí, que él no tuviera que moverse para nada. Pero la decisión del carmelita estaba tomada y el hombre, por teléfono, pedía ya un radio-taxi.

—Tuvimos suerte, bendito sea Dios. Ahorita mismo nos mandan el taxi. Vamos, hijo mío, cálmate, la providencia está de tu parte.

—Sí —dijo quedamente Rodolfo.

> La conjunción de la misericordia divina, manifestada sobre todo en la obra de redención, con el estado de imperfección moral y de impotencia que el pecador observa en sí mismo, da lugar a la esperanza infusa. Esta es un hábito sobrenatural por el que fiamos obtener el bien divino por obra y gracia del poder misericordioso de Dios... La esperanza en la posesión de Dios implica el amor de Dios; Dios es un bien, y quien lo espera le ama. El amor es el acto esencial de la voluntad respecto al bien; si es futuro como en este caso (los pecadores que tienen fe), será un amor manifestado en el deseo; si es poseído, se manifestará en el gozo. La esperanza, por lo tanto, implica un amor inicial de Dios. Y porque Dios es incompatible con el pecado, implica también odio y detestación de este. ¿De qué naturaleza son todas estas cosas? No proceden de la gracia santificante ni están informadas por la caridad, por lo que no son principios perfectamente vivificadores. Pero son sobrenaturales. Sobrenaturalizan el entendimiento y la voluntad; el entendimiento se sobrenaturaliza con la fe; la voluntad, con la esperanza, el amor y el odio al pecado. Se trata de una esperanza informe, de un amor que no es de caridad, pero que puede ser de benevolencia; de un dolor del pecado que no es de contrición perfecta, pero sí de atrición. Todo esto implica una rectificación en todo el hombre; una rectificación iniciada, no consumada. Y todo esto quiere decir que el pecador es un miembro del cuerpo místico que, aunque no tenga la vida perfecta, posee ya alguna vida.[20]

En busca de los fundamentos que cimentaban mi agudo sentimiento de culpa, el analista exploró implacablemente dentro de mi conciencia hasta obligarme a concluir que tanto mi fe como mi espíritu religioso eran manifestaciones poco menos que neuróticas y no obedecían siquiera a la ortodoxia del credo que yo aseguraba profesar. El Dios al que temía no era un absoluto, sino un concepto vulnerable formulado a imagen y semejanza de mi neurosis. Como cualquier escolar educado en un colegio religioso y en el ambiente negativo de una familia supersticiosa y fanática, seguía yo asentando todo sentimiento moral en prohibiciones y amenazas. Creía en el Dios de la religión católica por miedo a que en verdad existiese y con él, en consecuencia, el castigo al pecado, el infierno, la condenación eterna. Una fe alienadora y frustrante

obstaculizaba mi libertad.

Racionalmente convencido de lo anterior, necesitaba ahora despojarme, en actitud vivencial, de esa fe. Decir y sentir *No*, y respirar aliviado sin que el calificativo de hereje tuviera para mí significación peyorativa alguna. Nacería de ese modo a un mundo sano en donde el hombre no es deicida ni sufre la amenaza del infierno dantesco, en donde yo tendría pleno derecho a reunirme con Lucy y en donde encontraría la nueva y verdadera fe del hombre moderno.

Sin embargo, el hecho de que mis reflexiones heréticas se produjeran a raíz de una crisis sentimental como la mía, aplazaba la respuesta vivencial de mi abjuración. Renunciar a la fe cuando presionaban el ánimo motivos de conveniencia personal, hacíame pensar que había algo de sospechoso, de inauténtico, en esa prisa por librarme de Dios. Se lo dije al analista, y aunque él aseguró que todas las grandes decisiones del hombre se toman en similares momentos de crisis, yo no renuncié, no pude renunciar a mi fe.

Busqué al sabio amigo Ertze Garamendi en las oficinas del *Excélsior*, pero lo encontré en el café Flore conversando con Ramón Zorrilla y con Francisco Zendejas. Mucho tiempo tenía de no ver a ninguno de los tres, y tanto Zorrilla como Zendejas se mostraron muy efusivos en los saludos. Ertze me invitó a tomar asiento, a lo que yo acepté gustoso incorporándome casi de inmediato a la conversación en la que Zendejas llevaba la voz cantante. Estuve de acuerdo con sus observaciones en torno al *Cuadrivio* de Paz, pero disentí de sus juicios cuando el tema de la charla, que casi se convirtió en un diálogo entre nosotros dos, derivó hacia la situación actual de la novela mexicana. Desinteresados, aburridos tal vez con la plática, Ertze y Zorrilla decidieron abandonar el establecimiento pretextando particulares compromisos, y no sin ciertas maniobras estratégicas conseguí, sin evidenciar la causa, abordar un taxi en compañía de Ertze.

Mientras cambiábamos impresiones sobre asuntos de índole totalmente diversa a mi problema moral, pensé que por muy liberales y avanzados que llegaran a ser los consejos de Ertze, por mucho que él me instara a tomar conciencia de lo que ontológicamente significa vivir dentro del orden haciendo efectivos en cada uno de nosotros los méritos redentores de Cristo cuya muerte y resurrección alientan una fe que no enajena, sino que supera al hombre, por mucho que me insistiera Ertze o cualquier otro en la importancia de mantenerse fiel a la Ley de Dios, yo no me llevaría a casa más que una respuesta tajante y definitiva: no debía volver con Lucy.

Nada le dije a Ertze. Salí del taxi antes de llegar a San Lorenzo, y en la primera iglesia a la que me llevaron mis pasos dicté de rodillas mi confesión ante un anónimo sacerdote.

Con la vida perfecta de la que habla Sauras me reintegré después de cinco años (en la categoría de los justos en gracia) al cuerpo místico de Cristo.

NOTAS:

[20] Emilio Sauras, O. P., *El cuerpo místico de Cristo*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1952.

Capítulo 6: la voz de Frida Campbell

Aunque era muy probable que mil ojos los estuvieran espiando, que detrás de los árboles, desde algún balcón, desde las ventanillas de un auto estacionado en la acera, confundidos entre la gente que aguardaba el tranvía o el autobús, los pistoleros al servicio de la mujer con lentes de fondo de botella presenciaran el momento en que el padre Emilio y Rodolfo abordaban el radio-taxi, ningún indicio de que así fuera resultó visible para el sacerdote y el estudiante. Ningún sospechoso dio señales de vida. El característico ajetreo de una calle cuando ha terminado la lluvia —gente que corre para recuperar el tiempo perdido, transeúntes con la ropa y el cabello empapados, novios que salen a dar la vuelta— animaba la avenida Revolución en un clima de absoluta normalidad. En vano Rodolfo miró hacia todas partes antes y en el momento de sentarse en el auto: a sus persecutores se los había tragado la tierra.

—Te lo dije —sonrió el sacerdote cuando el taxi se puso en marcha —. Se fueron.

—Quién sabe —murmuró Rodolfo—, a lo mejor nos están siguiendo.

—Todavía tienes miedo.

—Sí, todavía.

—Todo se va a arreglar.

—Ojalá; Dios quiera.

El padre Emilio dio una palmada amistosa en la rodilla de Rodolfo, al tiempo que el muchacho volvía la mirada hacia la ventanilla posterior. En todo el viaje no dejó de hacerlo con el temor de que en cualquier instante, dentro de aquellos autos que corrían detrás despejando la noche con sus faros encendidos, aparecieran los siniestros persecutores.

Ajeno a la inquietud de Rodolfo, o tal vez con ánimo de serenarlo, el sacerdote —que ahora vestía un traje negro— habló largamente sobre las virtudes policiacas de su amigo Munguía. Luego preguntó a Rodolfo sobre su familia, sus estudios, sus amistades. Pero como el muchacho respondió con monosílabos, el padre Emilio optó por el tema de la providencia divina. Cuando le hablaba de que la peor desgracia que le

puede ocurrir a un hombre es perder su alma, se interrumpió para dirigirse al ruletero y pedirle que se detuviera en la próxima esquina.

—Yo me quedo aquí —añadió hacia Rodolfo—. Me hubiera gustado acompañarte, pero créeme que no puedo.

—Ya me ayudó bastante, padre —se sintió obligado a responder Rodolfo.

—Verás como todo sale bien... Y no se te olvide hablarme mañana por teléfono para que me cuentes qué te dijo Munguía y cómo va todo, ¿eh? Pero me hablas de veras, o me vienes a ver.

—Sí, padre.

El taxi permanecía inmóvil en la esquina. Hizo el sacerdote el ademán de llevarse la mano a la cartera, pero Rodolfo lo detuvo.

—No, no, déjeme, de ninguna manera, yo pago.

—Gracias.

—Gracias a usted, padre.

Una vez en la calle, cerrada ya la portezuela, el padre Emilio agitó una mano y sonrió hacia el taxi que reiniciaba bruscamente la marcha.

—Que Dios te bendiga —alcanzó a escuchar el estudiante antes de que el sacerdote se perdiera de vista definitivamente.

De nuevo estaba solo, como una nave al gare-te frente a los peligros de la tempestad. No podía creer que sus enemigos hubieran renunciado al acoso. La lógica más elemental se lo dictaba.

«Me observan. Me siguen. Están siguiendo al taxi. Lo sé.»

Se introdujo la mano en el bolsillo donde guardaba la llave y el papel. Volvió a pensar en el acertijo que le proponía el garabato:

ORLANDO
PB — 95

Orlando. Recordaba a un personaje histórico, pero no se llamaba exactamente así. Rolando. La canción de Rolando. ¿O era Orlando, La canción de Orlando? ¿Orlando y Rolando eran un mismo nombre? Existía también el Rolando el Rabioso de las historietas cómicas, acompañado de su escudero Pitoloco.

«Orlando, Orlando, Orlando...» A fuerza de repetirlo, el vocablo perdía toda su cohesión. Encadenada la última sílaba con la primera, se originaba una nueva palabra tan indescifrable como la que antecedía al garabato.

¿Y qué podía ser esa línea irregular con una flecha indicando «la entrada» a la manera de aquellos pasatiempos en los que el lector debe

encontrar el camino correcto para salir del laberinto? No, no era un camino, no era un laberinto, era la ilustración de un hilo enredado, nada más.

Orlando, la llave, el garabato...

«Indescifrable para nosotros. Solamente los que están en el asunto...» —había dicho el padre Emilio. Y era verdad. Rodolfo podía pasarse meses enteros devanándose los sesos en busca de la solución, y nunca la encontraría.

Debía ponerse en manos del agente secreto y confiar en él. Aunque ahora lo siguieran desde un auto, nadie alcanzaría a hacerle daño porque iba a ordenar al taxi que se detuviera frente al domicilio de Munguía... Sadi Carnot. Muy cerca de su departamento: a una cuadra, tal vez a dos, o a tres. Bajaría del auto y entraría corriendo hasta el departamento del agente.

«¿Y si ese tipo no me quiere ayudar? ¿Si no hace caso de la recomendación del padre Emilio? ¿Si me dice que vuelva otro día, o me da con la puerta en las narices?»

El muchacho movió negativamente la cabeza como para rechazar estas suposiciones pesimistas. Su pesadilla no se podía prolongar por más tiempo. «No hay mal que dure cien años» —pensó.

Los ojos del ruletero lo miraban a través del espejo retrovisor que hacía las veces de un antifaz a la inversa: en vez de ocultar los ojos, ocultaba el rostro. Un horrible antifaz. Una horrible mirada fija en él.

«¡Dios!» —casi gritó en voz alta Rodolfo al intuir la trampa en la que había caído. El ruletero era un cómplice. Sus enemigos no venían en otro auto, estaban aquí, en la persona de ese ruletero que lo miraba, lo miraba, lo miraba...

Para escapar de esa mirada se corrió hasta la ventanilla contraria.

«Dios mío, qué hago —gimió en silencio—. Tengo que hacer algo ahora mismo.» Tomar por primera vez la iniciativa: inclinarse sobre el ruletero y anudarle un pañuelo en la garganta hasta privarlo del sentido. Salir del taxi. En el próximo alto, abrir rápidamente la portezuela y echar a correr.

«Pronto —pensó Rodolfo—. ¡Ahora!» —se dijo en el momento en que un semáforo disparaba su luz roja. El taxi frenó, pero también Rodolfo, paralizado por el miedo y la indecisión, frenó su intento de fuga.

Un niño vendedor de lotería se aproximó a la ventanilla, y sin decir palabra el ruletero cogió un «cachito» y entregó a cambio un billete de cinco pesos al vendedor.

«Si fuera un criminal no compraría ahora un billete de lotería» —arguyó el estudiante cuando el auto reanudaba su carrera dando vuelta al monumento a Cuauhtémoc y disparándose hacia Insurgentes Norte.

«No ha variado el rumbo. Ya estamos llegando.»

Llegaron efectivamente hasta el domicilio que indicaba el papel escrito por el sacerdote. Bajó Rodolfo después de pagar sesenta centavos más de los que marcaba el taxímetro, y el automóvil se alejó bufando.

—¿A qué departamento va? —preguntó una mujer saliendo al paso de Rodolfo, cuando este cruzaba la puerta abierta del viejo edificio.

—Al cinco —respondió él sin intenciones de detenerse, porque temía que sus persecutores estuvieran cerca.

La mujer le cerró el camino con el cuerpo.

—A quién busca en el cinco.

—Al señor Munguía.

—No está —dijo la mujer. Y como el muchacho mostraba intenciones de evitarla, repitió, cerrándole el paso—: le digo que no está... No hay nadie en el departamento.

—Voy a subir a esperarlo.

—Está cerrado, ¿qué no entiende?... Yo acabo de subir y no hay nadie.

Rodolfo dejó caer los brazos en un ademán de derrota.

—¿Y a qué horas viene?

—Pues eso sí quién sabe. Él no tiene hora. Como puede venir, puede no venir.

—Me dijeron que salió para acá. ¿Usted es...?

—Yo soy la encargada del edificio —completó la mujer—. Si quiere esperar al señor Munguía, espérelo allá afuera... Afuera —gritó, obligándolo con ello a abandonar el pasillo de la entrada; luego empujó la puerta para cerciorarse de que había quedado herméticamente cerrada.

En la calle, a media banqueta, el estudiante volvió a sentirse indefenso y blanco de un manojo de miradas que lo apuntaban desde todos sitios, cual fusiles. Como al fumador que en una calle solitaria y airosa se le apaga el último cerillo antes de encender el cigarro, así se había apagado para Rodolfo lo que él pensaba era su última esperanza.

Solamente a dos cuadras se hallaba su departamento, pero en aquella situación su departamento era el peor de los refugios. Lo estarían esperando dentro. Lo matarían como a Salvatore Tomassi.

¿A dónde ir entonces? ¿Hacia qué rumbo correr?

Cuando pensaba refugiarse en una tienda que a la mitad de la

cuadra hería con su luz la banqueta, húmeda aún por la lluvia, una voz sonó a sus espaldas que lo hizo lanzar un ¡ay! estentóreo y sorpresivo para la mujer que lo había llamado por su nombre. Era Guadalupe, la portera de su edificio. Regresaba de comprar el pan.

—Ay, perdóneme, joven Rodolfo... ¿Lo asusté?

El estudiante tardó en reponerse de la impresión. Al fin contestó:

—No, no —pero evidentemente estaba asustado.

—Sí, lo asusté; perdóneme... Y se siente muy feo. A mí luego me pasa, que estoy pensando en otra cosa y llegan y me llaman. Y me asusto.

«Si no me separo de Guadalupe no se atreverán a atacarme.»

—¿Cómo sigue de sus moretones? Todavía se le ve hinchado el ojo.

Él ya no se acordaba de los moretones ni de la golpiza, pero al tocarse ahora el pómulo hizo revivir el dolor: un dolor frío, como si el golpe se le hubiera endurecido por dentro.

—Ya estoy bien.

—¿Va para el edificio?

—Sí, sí —se apuró a decir Rodolfo, repitiéndose que no se apartaría un solo momento de Guadalupe. Entraría con ella en el edificio y le pediría que lo acompañara hasta su departamento pretextando que necesitaba que le planchara una camisa, que le cosiera un botón, que recogiera la ropa sucia.

Así lo hizo y nada ocurrió. No había nadie en la entrada del edificio ni dentro de su departamento. Todo estaba en calma, y en orden.

En una ocasión, recuerdo, durante la euforia amorosa previa al acto sexual, Lucy me dijo que yo significaba para ella toda la dicha del mundo; ningún ser le había dado ni le daría jamás la felicidad que encontró conmigo y que en caso de peligro estaría dispuesta a defender costase la humillación que costase. A pesar de que mil veces le había garantizado que nada nublaría nuestro paraíso, en aquella ocasión me vi obligado por ella a prometerle fidelidad eterna en un rito solemne y anacrónico al que hube de engalanar con toda suerte de frases cursis.

Pobre mujer.

Recordando ahora momentos como ese y como tantos otros, se apoderaba de mí un imperativo deseo de llorar, al tiempo que mis ojos, cual los de un hipnotizado, miraban hacia el teléfono clamando por un acto de voluntad que me pusiera en comunicación con Los Ángeles, con el perdón de Lucy y con sus exclamaciones de alegría ante el anuncio de que esa misma semana estaríamos otra vez juntos para siempre.

Le telefoneé al fin, mas no impelido por mi nostalgia, sino porque intempestivamente, por sobre toda lógica y contra todo empeño en rechazarla, anidó en mi conciencia el presagio fatal del suicidio de Lucy. En una visión terrible, desgarradora, la contemplé tendida en una cama ajena nunca hollada por mí, víctima de la ingestión de una alta dosis de barbitúricos, y pensé que sólo un telefonema podía anular esa quimera o impedir que Lucy decidiese en ocasión futura ejecutar la determinación que me llegaba desde los Estados Unidos telepáticamente.

No menos de diez minutos duró la conferencia. En su transcurso, nuestro mutuo afán inicial por reprimir los verdaderos sentimientos que alentábamos, fue apagándose poco a poco hasta permitir el libre desfogue de un alud de frases de perdón y de cariño a las que yo culminé con el anuncio de mi viaje a Los Ángeles tan pronto resolviera un par de asuntos urgentes en la oficina.

Tras de repetir la noticia, pronunciar nuevos juramentos de amor y llamarla con los melosos calificativos de antaño, colgué el auricular; pero no transcurrió mucho tiempo antes de que me arrepintiese de la sorpresiva determinación con que mi debilidad me enemistaba nuevamente con la gracia.

Esa noche soñé con mi hermano Adolfo (cuando era niño mi madre me decía que los difuntos se nos aparecen en sueños para pedirnos oraciones), a quien Lucy y yo acompañábamos en un mitin político. Y al día siguiente, muy temprano, luego de que nuevas reflexiones me hicieron comprender que una traición a Dios era más grave que una traición a Lucy, volví, sin poder evitarlo y bajo presiones similares a las que nos hacen reincidir en un burdel, al confesionario de una iglesia.

Arrepentido, avergonzado, dispuesto a no caer de nuevo en trampas sentimentales, rogando a Dios que inspirara en Lucy el olvido, pidiendo a ella que perdonara mi cobardía y mi perjurio, arrojé mi confesión contra el sacerdote, y minutos después, en el comulgatorio, mastiqué a Cristo con rabia, con dolor, con miedo.

Esa misma tarde reanudé la lectura de Mendizábal, pero ya sin intenciones de transformar al muchacho en un escritor a mi imagen y semejanza, en el novelista que yo pude ser. En realidad no había materia prima para ello; al incipiente escritor le faltaba lo más elemental del oficio.

Pero tampoco le devolvería el original por conducto de mi secretaria. Un primitivo sentimiento de caridad cristiana me exigía que yo lo hiciera personalmente luego de leer hasta la palabra *fin* escrita en la cuartilla doscientos y pico. Mendizábal tenía derecho a conocer mi opinión, pues no por simple gusto se había tomado la molestia de someter a mi fallo su desafortunada obra. Después de todo, aún era muy joven y un desengaño a tiempo no le resultaría traumático, siempre y cuando yo lograra convencerlo de la evidencia de sus errores: tarea que dados mis conocimientos literarios y mi capacidad crítica no me resultaba de ningún modo difícil.

Varié por ende las anteriores órdenes dictadas a mi secretaria, y cuando precisamente esa tarde llamó Mendizábal, ella le dijo, de mi parte, que entre seis y siete lo esperaba yo en la oficina. Aunque apenas iba a la mitad de la lectura, calculé que en dos o tres horas tendría tiempo suficiente para despachar aquel asunto e incluso para anotar por escrito algunos de los comentarios esenciales.

Me sentí un hombre bueno al decidir de aquella manera. Tal vez una semana o un mes antes no habría planeado tratar con tanta deferencia a un autor de la mediocridad de este muchacho, y si hubiese tenido la fe de mi madre o de la miserable vieja que comulgó junto a mí por la mañana, habría atribuido mi repentino cambio de actitud a una consecuencia práctica de la posesión de la gracia.

Pero yo no era bueno. Junto con la gracia cargaba, como un fardo,

el sufrimiento de Lucy. A Dios le había pedido perdón por vivir con ella durante cinco años, ¿a quién se lo pediría ahora por hacerla sufrir, por abandonarla? ¿Qué nuevo Dios necesitaba inventar para que me perdonara esta culpa?

El teólogo más inexperto no habría tardado un minuto en dar respuesta a la tímida blasfemia con que en un mal rato descargué las censuras de mi superego, advertido de que nada, ni siquiera un telefonema de Los Ángeles o el regreso a México de Lucy, ni siquiera la más encendida perorata de mi analista o la más agria recriminatoria de un amigo, alterarían mi última decisión.

Nunca más Lucy. Nunca más el analista. De espaldas al materialismo de la época y convertido en la miserable vecina del comulgatorio, masticaría a Dios todas las mañanas hasta indigestarme de su gracia. Supliendo a Lucy, la gracia iba a ser mi nueva amante y la comunión el nuevo acto conyugal realizado todos los días, rutinariamente.

Una casa distinta, con nuevos muebles, nuevos cuadros, nuevos libros enmarcaría a partir de entonces mi vida y mis tareas intelectuales. Nunca más la pasión. La frialdad hace más justa la labor de un crítico. Nunca más el deseo de escribir una novela. Más que novelistas, la literatura mexicana necesita de críticos aptos para deslindar de una vez por todas a los buenos y a los malos escritores, a las buenas y a las malas obras. Críticos que afronten el compromiso de serlo y establezcan la ruta a seguir sin miedo a la primera reacción sorpresiva de los intelectuales.

Así como estaba seguro de que Mendizábal, sobreponiéndose al impacto de mis objeciones, acabaría convencido de su ineptitud, así tarde o temprano los intelectuales del país se doblegarían con respeto, estuviesen o no de acuerdo, a la cruda y valiente verdad de mis juicios literarios.

Después que Guadalupe recogió la ropa sucia y salió del departamento, Rodolfo corrió el pestillo de la chapa de seguridad y puso, como en la noche anterior, una silla próxima a la puerta. Iba a llamar por teléfono a Juan José, pero antes de tomar la bocina, el aparato cobró vida en forma de un timbrazo como de lumbre que crispó la mano del estudiante.

Dejó sonar el teléfono durante cuatro llamadas. Tenía miedo de contestar, aunque lógicamente, quien le hablaba —tal vez Juan José, tal vez María Luisa, tal vez el padre Emilio— podía significar una valiosa ayuda.

—Bueno —dijo quedamente Rodolfo después de tomar la bocina.

Una voz de mujer, con inconfundible acento norteamericano, pronunció el nombre del muchacho entre dos interrogaciones:

—¿Rodolfo?

Era Frida, la voz de Frida Campbell.

—¿Es usted, Rodolfo?... Ya sabe quién habla.

—Sí, soy yo.

—Ya sabe quién habla —repitió Frida Campbell—. Escúcheme bien porque es muy importante lo que voy a decirle.

—Yo también tengo muchas cosas que decirle —gritó Rodolfo trocando su temor en rabia—. ¡Por qué me ha metido en este lío! ¡Y no me diga que no sabe nada!

—*Please*, Rody —lo interrumpió la mujer—. No dispongo de mucho tiempo... *Listen*, es muy importante.

—¡Encontré muerto a ese hombre!

—Shh, *please*, *please* —insistió ella—. *Listen* —hablaba agitadamente, entrecortando las palabras—. *I hope*... espero que no hayas llamado a la *police*... ni le hayas dicho nada a nadie.

—Me han estado persiguiendo. Sigo con vida de puro milagro... Por culpa de usted, vieja maldita.

—No has ido con la *police*, ¿verdad?

—¡Voy a hacerlo ahora mismo!

—No, *don't do that*... Sería peor.

—Peor para usted.

—Para ti, Rody, para ti... No tengo tiempo de explicarte, pero

créeme, *my boy*... No saldrías con vida, te matarían como a Salvatore... No debes decirle nada a nadie, ni siquiera a tus amigos. ¿Me escuchas?

—Sí, la escucho —dijo Rodolfo sin encontrar de momento las palabras que necesitaba gritar por la bocina.

—Supongo que aún tienes el sobre que te di, ¿verdad?

—Quieren matarme.

—No te harán nada si sigues al pie de la letra mis instrucciones... ¿Me escuchas?

—¿Quién es esa gente que me persigue? ¿En qué lío me ha metido?

—¿Tienes el sobre que te digo?

—Sí.

—¿Lo abriste?

—Sí, lo abrí. Necesitaba saber... ¿Por qué desapareció usted? ¿De dónde me habla ahora?

—*Don't worry*. Todo saldrá bien, pero déjame hablar. No dispongo de mucho tiempo... En ese sobre hay una llave, y un papel.

—¿Qué significa?

—Es importante que sigas mis instrucciones. Ese papel es muy importante, ¿me entiendes?... Tienes que obedecer si quieres que no te pase nada.

—Usted mandó a esos tipos a que me persiguieran.

—*Look*, Rody. A las diez debes estar en el aeropuerto. Ni un minuto antes, ni un minuto después. *Understand*?... A las diez precisamente. La llave pertenece a un *locker*. En la misma llave está grabado el número. Lo abres y dentro del *locker* dejas el papel que venía en el sobre... No te pasará nada. Nadie te volverá a perseguir... Dentro del *locker* encontrarás un sobre con dos mil *dollars* en billetes. Toma ese dinero, es tuyo, y deja allí el papel. Es un dinero para recompensarte por todo lo que has tenido que pasar... ¿Entiendes? A las diez en el aeropuerto. No dejes de ir, porque *you'll be sorry*, sería horrible para ti. *And remember, Rody*: de esto no digas nada a nadie. Nunca, *my boy*. Piensa que todo lo soñaste.

—Un momento, Frida...

Pero un «clic» había cortado ya la comunicación.

Rodolfo colgó la bocina, y por espacio de quince minutos reflexionó en las palabras de Frida. Dos mil dólares «para recompensarte por todo lo que has tenido que pasar» y la promesa de que ya no lo perseguirían nunca.

Eran las nueve de la noche cuando el estudiante decidió ir al aeropuerto tal como Frida se lo había ordenado. Antes pensó en llamar a Juan José o salir en busca del agente Munguía —quizá ya hubiese

regresado—, pero las amenazas de Frida lo detuvieron. Era mejor confiar en Frida. Mejor ir al aeropuerto, desembarazarse del papel, recoger los dos mil dólares en billetes: ¡veinticinco mil pesos! Nunca había visto tanto dinero junto... ¡pero qué importaba el dinero! Podía ser mentira y aún así...

Estaba decidido a obedecer, a confiar en Frida Campbell.

Sentado en la cama, examinó por última vez el garabato.

ORLANDO
PB — 95

¿Cuánto dinero valía aquel jeroglífico que con tal de recobrarlo le ofrecían dos mil dólares? ¿Era un secreto de Estado? ¿La clave de un arma atómica?... ¿Espías? ¿Ladrones? ¿Políticos? ¿Agentes internacionales?

James Bond no existe.

Dobló cuidadosamente el delgado papel y lo introdujo en el sobre. En el bolsillo del pantalón para tenerla a mano, guardó la llave del *locker*. ¡Debió haberlo supuesto antes, era inconfundiblemente la llave de un *locker*!

Se miró en el espejo las huellas del moretón, y avanzó hacia la puerta.

Tal vez nunca más volviera a ese cuarto. Nunca más sus muebles, su ropa, sus libros, la cama donde durmió solo tantas noches, el retrato de su madre a quien nunca, nunca volvería a ver. Marchaba hacia una trampa, tal vez hacia la muerte, sin dejar rastro. Esa noche podía ser la última.

«¿Qué pasó con el joven Rodolfo? No sé. No está. Se fue sin dejar dicho nada. Desapareció para siempre. Se convirtió en humo. Dejó de ser.»

Sintió lástima de sí mismo y pensó en María Luisa. Le hablaría por teléfono para conversar con ella nada más, no para alarmarla ni para ponerla al tanto de lo que ocurría. Necesitaba oír su voz por última vez.

Le contestó Pedro, el hermano dos años menor que su novia.

—¿Eres tú, Rodolfo?... Qué bueno que hablas. Mi papá ha estado tratando de comunicarse contigo. Está furioso... ¿Andas con Marisa?

—No, no, ¿por qué? ¿Qué pasa?

—¿No está contigo mi hermana?... ¿De veras no está?

—No, hombre, no está... ¿Qué no ha llegado a la casa?

—No, y mi papá está enojadísimo. Pensó que andaban juntos.

—Comí con ella al mediodía, pero la dejé como a las cuatro... Ella me dijo que iba para su casa.

—¿De veras no está contigo?

—Ya te dijo que no.

—Pues todavía no llega. Y había quedado de venir para salir con mi prima Margarita. Ella llegó desde las cinco.

—A lo mejor se le olvidó.

—No se le pudo haber olvidado.

—Habrá ido a otra parte. Con la Chata.

—Mi papá ya habló a casa de la Chata y de todo mundo... Y está furioso. Mira qué horas son.

—Apenas son las nueve.

—Pero ella quedó de estar temprano.

—Se le habrá olvidado. Habrá ido con alguna amiga... No creo que sea para que se alarmen —Rodolfo se esforzaba por mirar las cosas con naturalidad, pero poco a poco él también se iba alarmando. María Luisa nunca llegaba a su casa después de las ocho y media. Incluso cuando salía con él debía regresar a esas horas para no contrariar la inflexible ley de su padre.

—Pues ojalá ya no tarde mucho, porque se le va a poner muy dura con mi papá —dijo finalmente Pedro.

—Sí, no debe tardar —concluyó Rodolfo, y acto seguido colgó la bocina.

A pesar de que no existiera razón alguna para relacionar la tardanza de María Luisa con lo que personalmente le estaba ocurriendo al estudiante, Rodolfo no pudo evitar que un terrible presentimiento se apoderara de su ánimo.

Imaginó a su novia raptada en el momento en que él abordaba el autobús para dirigirse a la Universidad. A empellones, dos hombres la obligaban a subir a un auto. No puede gritar auxilio. Los hombres la hacen víctima de toda clase de vejaciones y la encierran luego en el sótano de una vieja casona.

«¡Malditos! —pensó Rodolfo—. Por qué inmiscuyen a María Luisa en esto. Ella no sabe absolutamente nada. Yo no le dije una palabra. ¿Qué quieren?, ¿que les entregue el garabato? ¡Aquí tienen su asqueroso papel! Ahora suéltenla y óiganme bien, esto les costará muy caro: iré con la policía, les haré pagar su crimen, ¡lo juro!»

El muchacho accionaba como si estuviera en realidad frente a los raptores, frente a la mujer de los lentes de fondo de botella, frente a Frida Campbell.

Al darse cuenta de que por primera vez estando solo hablaba en voz alta, se sintió enfermo.

«No —se dijo—, a María Luisa no le ha ocurrido nada. Simplemente fue de visita con alguna amiga y regresará a su casa de un momento a otro... ¿Con qué objeto la raptarían? No hay ninguna razón. No les conviene poner en movimiento a la policía.»

Sacudió la cabeza.

«Ahora no debo pensar en María Luisa. Únicamente debo obedecer las órdenes de Frida, y ya luego hablaré a su casa para confirmar que no le ha sucedido nada.»

El viento de la noche agrietó su rostro mientras aguardaba un taxi en una esquina de Insurgentes.

«¡Con María Luisa no se metan!... ¡A mí pueden hacerme todo, matarme, pero a ella no, por piedad!»

Capítulo 7: 90 grados de angustia

Faltaban quince minutos para la hora señalada por Frida cuando Rodolfo llegó al aeropuerto. Hervía de animación. Viajeros y familiares que venían a recibir o a despedir transitaban por la calle: ya rumbo a los estacionamientos, ya rumbo al interior del iluminado edificio, ya en espera de un taxi azul y gris de los que hacen el servicio entre la ciudad y la terminal aérea. La música atronadora de una mariachi resonaba entre las pintorescas exclamaciones de los reunidos en torno al grupo de músicos uniformados con los imprescindibles trajes de charro. La trompeta de uno de ellos brilló herida por la luz, al tiempo que los acordes introductorios al «Son de la Negra» renovaban los gritos de júbilo, el ay-jai-jai de un muchacho moreno que alzando los brazos resultó visible a la rápida mirada que Rodolfo dirigió al grupo después de bajar del taxi.

Maleteros uniformados exageraban con ademanes y bufidos el peso de su carga, quizá con la intención de obtener luego una generosa propina. Mujeres de sombrero y abrigo, extranjeros de pelo rubio, niños de todas edades y aeromozas y aviadores y ancianas completaban el cuadro. Algunos sonreían, otros parloteaban gesticulantes; aquellos caminaban parsimoniosos, estos aceleraban el paso preocupados por no encontrar a algún pariente o ansiosos por llegar hasta una de las siempre distantes antesalas.

Rodolfo no estaba familiarizado con el aeropuerto —hacía tres años que no ponía un pie en aquel edificio cuya animación recordaba la de un tianguis— y el colorido y el ajetreo le estalló como un cohete de luces pirotécnicas en la cara.

Recordó las palabras de Frida: «A la diez debes estar en el aeropuerto. Ni un minuto antes ni un minuto después».

Aún faltaban quince.

¿Por qué ni un minuto antes ni un minuto después? ¿Qué podía ocurrir si se adelantaba o si se retrasaba?

«Que acabe de una vez esta pesadilla.» Ir al *locker*, dejar el maldito papel y recoger —si es que Frida no le había mentido— los dos mil

dólares. No confiaba en encontrar los dos mil dólares, pero eso le tenía sin cuidado; lo importante era poner punto final a la pesadilla y nunca más referirla ni recordarla.

Quince minutos para las diez. ¿Qué podía hacer en quince minutos? Demasiado tiempo aún para que la manecilla mayor trazara el arco de un ángulo recto: 90 grados de angustia.

Preguntó por un teléfono a la encargada de uno de los establecimientos enfilados a lo largo del corredor.

—Ahí. Enfrentito de usted. Mire.

—Gracias —respondió Rodolfo y avanzó rumbo al conjunto de aparatos. Ninguno estaba libre. Tuvo que aguardar a que un hombre regordete, de sombrero gris, colgara la bocina no sin antes despedirse mil veces de su interlocutor. El estudiante introdujo la moneda y marcó los seis números de María Luisa.

Al oír nuevamente la voz de Pedro, tuvo miedo de que María Luisa no hubiera regresado aún.

—Soy yo, Pedro; habla Rodolfo... ¿Qué, no ha llegado todavía María Luisa?

—Sí, ya llegó.

—¿Ya llegó? —Un largo suspiro de alivio se escapó de su boca.

—Acabando tú de hablar. Justo cuando colgué el teléfono ella entraba.

—Vaya, siquiera... ¿Y qué pasó? ¿Dónde andaba?

—Pues dizque había ido a casa de no sé quién. Pero mi papá estaba enojadísimo y le puso una regañada de escándalo.

—¿Está por ahí María Luisa?

—¿Quieres que te la pase?

—Por favor, Pedro. Gracias.

—Ahorita le hablo.

—Sí, gracias.

A través del hilo telefónico el estudiante oyó cuando Pedro depositaba la bocina sobre la mesita. Volvió a suspirar arrojando por la boca todo el aire que pudo y sintiendo que nuevas fuerzas reavivaban sus músculos. Sólo pensaba en Lucy, anhelante por escuchar su voz, cuando sintió a sus espaldas, muy cerca, la presencia de alguien. Giró rápidamente el cuerpo con el impulso que le dictaba su espíritu de conservación, pero en lugar de encontrar un rostro amenazante, sus ojos tropezaron con una joven de cutis terso y pálido, de ojos muy verdes y finísimas facciones; el pelo corto de la muchacha giraba en una onda alrededor de la oreja, y sus labios delgados apenas delataban un tímido

color artificial. La joven desvió la vista de los ojos de Rodolfo, pero antes de que este se volviera hacia la pared, le dio a entender con un leve chasquido que tenía mucha prisa en llamar, que no fuera a tardarse, por favor. Solamente lo dijo con la boca y con las cejas, no pronunció una sola palabra.

—¿María Luisa?

—Sí.

El estudiante no supo aquilatar la sequedad con que su novia pronunció el monosílabo, ansioso como estaba en hablar con ella.

—¿Qué pasó?

—¿Qué pasó de qué?

—En tu casa. Pedro me dijo que estaban muy preocupados porque no llegabas. ¿A dónde fuiste?

—A casa de Tina. Le avisé a mi mamá, pero ahora ella dice que no se acuerda.

—¿Te regañaron mucho?

—Qué importa.

—Yo también me preocupé un poco... Tenía muchas ganas de hablarte.

—¿Dónde estás ahorita?

—En... en la calle. Salí a dar una vuelta... María Luisa...

—¿Con quién estás?

—Con nadie. ¿Con quién querías que estuviera?

—No sé.

—Sólo pienso en ti, María Luisa —dijo Rodolfo envolviendo la bocina con la mano y enconchando el cuerpo para que la joven impaciente que aguardaba turno no lo escuchara—. ¿Me oyes?... Sólo pienso en ti. Te necesito. Te quiero... ¿Me oyes, María Luisa?

—Sí, te oigo —respondió ella secamente.

—¿Y por qué no me contestas?

—Te estoy oyendo.

—¿Me quieres tú también?... Dímelo.

—Sí.

—Dímelo. María Luisa... De veras necesito oírlo. Hoy más que nunca.

—¿Cómo te fue en el examen?

Se desocupó el teléfono vecino al de Rodolfo, y la pálida joven se dirigió al aparato.

—Perdón, ¿cómo dices?

—Que cómo te fue en el examen.

—Ah..., bien, muy bien.

—¿Qué te preguntaron?

—Nada, tonterías... una de las fichas que sabía mejor. No hubo problemas... Luego te platico.

—Entonces te fue muy bien.

—Sí, sí —respondió con ánimo de evitar el tema. Luego, cambiando hacia un tono de voz suplicante, pronunció el nombre de su novia para anteceder una frase—: María Luisa...

Ella lo interrumpió:

—¿Por qué no dices la verdad, Rodolfo?... ¿Por qué mientes?

—No miento, María Luisa; no sé a qué...

—No lo niegues... Ya supe que no fuiste al examen... Mi papá habló a casa de Juan José ahora que me andaban buscando y él le dijo que no habías ido a la Universidad.

Rodolfo sintió una punzada en el pecho al verse descubierto por su novia. Se dio cuenta entonces de las razones que motivaban ese tono seco, cortante. Había cometido un error. En lugar de anticipar un pretexto que lo pusiera a salvo de cualquier sospecha por no haberse presentado al examen —«ocurrió un imprevisto; figúrate que a la hora de la hora me dio miedo ir al examen y preferí...»— había externado una mentira en la que María Luisa lo sorprendió flagrantemente.

—Si andabas con otra muchacha dímelo con franqueza y no andes con mentiras tontas.

—No ando con nadie, María Luisa. Tú sabes muy bien que sólo tú me importas.

—Si de veras te importara no me dirías mentiras.

—Ahorita no puedo explicarte, pero...

—Claro que no puedes explicarme —interrumpió ella—. Necesitas inventar otra mentira... Ya no me quieres, andas con otra.

—No, eso no es cierto.

—¿Por qué no fuiste entonces a la Universidad? Por qué, a ver... Te subiste en el autobús...

—Es muy difícil decírtelo por teléfono...

—Pues no me lo digas si no quieres... Yo sé muy bien la razón.

—María Luisa, óyeme... Confía en mí, por favor. Ahora más que nunca te necesito. No quiero oírte enojada...

En qué forma convencerla de que estaba en un error. Hubiera necesitado contarle su aventura, y aún así, por teléfono, todo resultaría increíble. «Quién piensas que te va a creer esa sarta de mentiras absurdas, Rodolfo. ¿Yo? Estás loco.» Era increíble. Pero necesitaba oír

contenta a su novia. Recobrar su cariño, su confianza. Ella era lo único que tenía en el mundo. No podía colgar el teléfono dejándola enojada y convencida de que él era un hipócrita.

Por eso, cuando María Luisa amenazaba con poner punto final a la conversación, el estudiante dijo, sacudiéndose:

—Escúchame, corazón, la verdad es que estoy metido en un lío gordísimo...

Temblaba de pies a cabeza como un enfermo del mal de san vito. Tal vez alguien próximo a él lo había notado ya. Tal vez una persona caritativa se acercara para decirle: «¿Qué le pasa, joven?, ¿se siente mal?» Pero entonces todo se echaría a perder. No podría ya cumplir con las órdenes de Frida.

«El *locker*. Tengo que ir al *locker* y acabar con esta pesadilla» —pensó mientras se escuchaba a sí mismo decir por el teléfono, con una voz a punto de las lágrimas:

—«Me persiguen, María Luisa...»

Pero quizá no lo dijo. Solamente lo pensó.

Sin completar la frase colgó rápidamente la bocina y echó a correr sin rumbo fijo. Tropezó con una puerta en la que se leía: CABALLEROS, y empellado por un hombre que avanzaba en dirección contraria entró en el cuarto de sanitarios. Orinó hasta vaciarse. El agua fría del lavabo lo serenó al fin.

Una vez más conseguía sujetar sus nervios, anudarlos como si fueran un ramo de espigas.

Salió de los sanitarios en dirección al primer establecimiento, con el propósito de preguntar allí en dónde se encontraban los *lockers*. Con la mano derecha palpó la llave guardada en el bolsillo de su pantalón, y con la misma mano confirmó que el sobre donde guardaba el papel del garabato continuaba en su sitio.

Además de dulces, cigarros, revistas y curiosidades, el establecimiento expendía toda clase de *pocket-books* en español y en inglés. Algunos de éstos se encontraban acomodados dentro de un par de estructuras cilíndricas confeccionadas con alambre.

Rodolfo se detuvo frente a los *pocket-books* para preguntar al dependiente.

—Perdone, ¿sabe usted dónde están los *lockers*?

El dependiente, un muchacho que tendría la misma edad del estudiante, torció el gesto en una mueca de sordo:

—¿Los qué?

—Los *lockers* —repitió Rodolfo. Y al notar que la palabra era

desconocida para el dependiente, trató de traducirla explicando la función de los muebles—. Los compartimentos esos donde se guardan...

No concluyó la frase porque el muchacho había girado la cabeza hacia un par de señoras, gordas y bajitas, que exigían el cobro de una revista. Mientras el muchacho tomaba el billete que una de ellas extendió, los ojos de Rodolfo cayeron sin quererlo en una palabra escrita sobre la pasta de un *pocket-book*.

ORLANDO

ORLANDO, gritaba en letras negras el título del libro. Orlando. El mismo nombre escrito en el papel cebolla, arriba del garabato.

Orlando, Orlando, Orlando, leyó Rodolfo sintiendo bailar las letras dentro de su cabeza.

No.

Leyó también el nombre del autor del libro. Virginia Woolf.

No. Nada tenía que ver con el garabato. Se trataba de una simple coincidencia. Un aviso del más allá. Un nuevo golpe a sus nervios.

Orlando.

En la franja de color anaranjado que coronaba el libro y que ocupaba las tres cuartas partes de la superficie de la pasta, se veía un diminuto pingüino encerrado dentro de un círculo.

Rodolfo leyó:

A Penguin Book
ORLANDO
Virginia Woolf

En el nudo de su historia Mendizábal cometía dos errores garrafales e imperdonables:

Primero: afirmar que en el aeropuerto de la ciudad de México existen *lockers*, y

Segundo: dar por cierto que en el mismo aeropuerto se expenden libros británicos de la Penguin Book.

Sobre el blanco original de la cartulina, la ilustración del libro mostraba cuatro rostros dibujados con tinta negra y trazos elementales. Dos mujeres de pelo negro —o con mantilla quizá— miraban hacia el frente pero en distintas direcciones. Bajo ellas, otras dos en actitud similar: estáticas, inexpresivas. La de la izquierda peinada con un chongo a la española; la mujer de la derecha, con el pelo lacio —cortado a tajo a la altura de la mejilla— y tupé. El ágil pincelazo del dibujante se había conformado con precisar únicamente narices, cejas y mentones, que no obstante su semejanza en el trazo permitían diferenciar a los cuatro rostros. Sin embargo, toda la fuerza de la ilustración se hallaba en los ojos; al menos así lo sintió Rodolfo —que no lo pensó—, al creer por un momento que las cuatro miradas lo apuntaban acusatoriamente.

ORLANDO.

Nunca había oído hablar de Orlando ni de Virginia Woolf. Virginia Lobo. Virginia López. Doña Virginia Fábregas. Virginia Woolf. ¿Quién teme a Virginia Woolf? ¿Quién teme a Orlando? ¿Quién era Orlando?

Para descubrir el secreto del garabato tal vez necesitara leer el libro. Pero qué importaba ya el libro, el garabato, el secreto, Orlando, la maldita Frida Campbell con sus amenazas —«tienes que obedecer si quieres que no te pase nada, Rody»— y su promesa de regalarle dos mil dólares nada más porque sí, «para recompensarte por todo lo que has tenido que pasar». Después: fin, nadie lo perseguiría. La aventura terminaría convirtiéndose en una historia interesante digna de ser contada a sus nietos cincuenta años después, al calor de la chimenea: «Pero me porté como un héroe; en ningún momento sentí miedo».

Mentira; lo sentía ahora, intenso, frente a los cuatro rostros que ilustraban aquel libro de autor y tema desconocidos.

Orlando.

—¿Qué me decía?

La interrogación del dependiente arrancó a Rodolfo de sus tribulaciones.

—¿Dónde están los *lockers*?..., los compartimentos esos donde se guardan las maletas.

—Ah, sí —dijo el dependiente con una sonrisa. Alargó un brazo y

en esa dirección tendió Rodolfo la mirada.

—Sí, gracias —dijo Rodolfo cuando hubo localizado el sitio—. Muchas gracias.

Mientras caminaba rumbo a los *lockers* extrajo de su bolsillo la llave y la encerró en el puño, sudoroso. Pensó que tal vez se encontraría allí con Frida Campbell, y trató de adivinar la actitud que asumiría la norteamericana. Probablemente no se atreviera a aproximarse a Rodolfo, contentándose con un gesto de entendimiento y con una seña para indicarle que no fuera hacia ella. También podía ser que Frida no estuviera sola, sino acompañada por un par de siniestros individuos prontos a capturarlo con la saña con que se prende a un rival largo tiempo perseguido.

Este último presentimiento lo hizo detenerse en seco junto a una de las columnas.

«Su atención por favor, Mexicana de Aviación anuncia la salida de su vuelo 914 con destino a Mexicali. Pasajeros favor de abordar su avión por la puerta de la sala número dos.»

Cuando el mismo aviso se repetía en inglés por el magnavoz, Rodolfo reanudó su camino desechando cualquier idea sobre la posibilidad de encontrar a Frida. ¿De quién huía la extraña mujer? ¿A quién trataba de evitar? ¿Por qué no había ido personalmente al departamento de Rodolfo para recoger el papel?

A unos siete metros de distancia localizó los *lockers*. Pero la sangre abandonó su semblante cuando frente a ellos observó a la horrible mujer de los lentes de fondo de botella. Lo aguardaba.

Rodolfo se detuvo a tiempo, antes de que ella lo distinguiera, ocupada como estaba en aquel momento hablando con un hombre de mediana estatura, moreno, de pelo casi a rape... ¡Lo reconoció! Era el presunto asesino de Tomassi, el hombre con quien tropezó en la entrada del edificio de Cuauhtémoc, el que lo espiaba en la farmacia poco antes de la golpiza...

«¡Dios mío!»

La mujer de los lentes, vestida con el mismo traje sastre que llevaba en la tarde, parecía dar órdenes que el hombre escuchaba atento, con aire de sumisión.

El estudiante se replegó contra la columna, y aprovechando la presencia de un grupo de viajeros que avanzaba en dirección contraria, se mezcló entre ellos para alejarse cuanto antes de los *lockers*.

Los acelerados latidos de su corazón parecían dictarle rítmicamente: huye-pronto, huye-pronto, huye-pronto, huye-pronto. Y eso quería

Rodolfo: huir, huir, huir. Temió salir a la calle a buscar un taxi, porque seguramente la mujer de los lentes de fondo de botella había apostado afuera todo un ejército de pistoleros para atraparlo.

No le quedaba más que acudir a la policía; o mejor, a las autoridades del aeropuerto. ¿Tendría tiempo de convencerlos antes de que sus persecutores le cayeran encima?

Al mirar un letrero —aeronaves de méxico— recordó que esa compañía tenía vuelos cada hora rumbo a Acapulco y que los pasajeros no necesitaban adquirir sus boletos con anticipación; podían hacerlo allí mismo, poco antes de que el avión partiera.

«Es una idea —pensó—, una buena idea.»

Tenía dinero suficiente para el pasaje e incluso para permanecer hasta dos o tres días en el puerto. A sus persecutores no se les ocurriría jamás que él huyera en un avión.

Tratando de vencer su nerviosismo, se dirigió al empleado de Aeronaves, quien mantenía la cabeza gacha en dirección al mostrador. Rodolfo pudo hablar claramente. Dijo:

—¿A qué horas sale el próximo avión?... Quiero un boleto para Acapulco.

El empleado alzó la cabeza:

—Haga el favor de esperar su turno.

Le señalaba al grupo de personas enfiladas a lo largo del mostrador, también en espera de adquirir boletos.

—Es que tengo mucha prisa —tartamudeó el estudiante.

—Todos tiene prisa... Fórmese, por favor.

—Pero quiero saber a qué horas sale el avión..., y si hay lugar.

—Sí hay lugar, pero fórmese primero —respondió groseramente el empleado. Una de las personas que aguardaban turno miró a Rodolfo:

—El avión sale dentro de media hora —le dijo al muchacho.

Tendría que esperar media hora. Pero no era eso lo grave —durante media hora muy bien podía esconderse en alguno de los sanitarios—, sino la obligación de aguardar turno para comprar el boleto. Con tal de que le permitieran adquirirlo inmediatamente o al menos colarse en el segundo lugar de la fila, hubiera pagado el triple de su precio, ¡todo el dinero que traía consigo!

Sin embargo, ninguno de los viajeros mostraba intenciones de conmoverse con su apuro. Tuvo entonces que formarse en el último sitio, pero le faltó calma para permanecer allí. La mujer del traje sastre no tardaría en descubrirlo, estaba seguro; la presentía ya a sus espaldas.

Abandonó el mostrador de Aeronaves de México caminando en

dirección contraria de donde se hallaban los *lockers*. El corredor del aeropuerto era como un callejón sin salida, infinito.

¿Qué hacer? ¿A quién recurrir?

A un maletero que estuvo a punto de tropezar con él, Rodolfo le preguntó:

—Perdone, ¿por dónde se sube a la cabina de control?

—¿A dónde quiere ir? —preguntó a su vez el maletero.

—A la cabina de control... A las oficinas, a la policía del aeropuerto.

El maletero lo miró fijamente.

—¿A las oficinas?

—Sí, a las oficinas... ¿Por dónde?

—Siga por ahí —señaló el interpelado trazando un vago ademán que no parecía apuntar a sitio alguno.

«¿Dónde?» —quiso aclarar Rodolfo, pero solicitado por una mujer que lo llamaba agitando la mano, el maletero desapareció en un segundo de su vista.

Una voz femenina habló por el autoparlante:

«Su atención, por favor... A la señora Frida Campbell se le busca en las oficinas de Mexicana de Aviación. A la señora Frida Campbell se le busca en las oficinas de Mexicana de Aviación.»

¡Frida!, casi gritó Rodolfo al escuchar el aviso, al mismo tiempo que una mano le prensaba el hombro.

—Callado, jovencito... ¡no se mueva! ¡No grite!

El hombre que lo sujetaba era el mismo hombre moreno del día anterior: el presunto asesino de Salvatore Tomassi. A su lado: la mujer del traje sastre, que al asirlo del otro brazo adoptó una actitud falsamente alegre, como si quisiera aparentar que los tres formaban un feliz grupo familiar.

—Qué quieren —gimió Rodolfo.

—Cállese y camine sin abrir la boca. Rapidito —dijo la mujer entre dientes, mientras la garra del hombre le hería el brazo.

Aunque lo hubiera intentado, Rodolfo ya no habría podido gritar. La nuez de su cuello le taponeaba la garganta.

En menos tiempo del que transcurrió realmente, Rodolfo se sintió empujado dentro de un auto negro que arrancó antes de que las portezuelas se cerraran.

Desmirriado, tímido, tratando de encontrar ocupación a sus manos, Mendizábal asomó por el vano de la puerta y caminó hacia el sofá de cuero que yo le señalé con ademán cordial. Dudó antes de tomar asiento, como si presintiera que pronto se vería sometido a un juicio implacable, pero al fin lo hizo volviéndose primero para mirar el sitio donde habría de sentarse y llevándose luego el índice al soporte medianero de los anteojos. Garraspeó varias veces. Su voz, con la que pronunció fórmulas de cortesía que en realidad no trataban de inquirir por mi salud, por mi trabajo, sino resolver el incómodo preludio a la charla, tenía la aguda fonación propia de un adolescente.

Sentí compunción por él. Mendizábal había perdido el aplomo que mostró durante nuestras anteriores entrevistas, y ahora producíame la doliente impresión de una víctima que se presenta maniatada ante su verdugo. Desde luego él quería aparentar una compostura totalmente distinta de esa imagen de invalidez; quería sonreír, hablar con seguridad y hacerme creer que muchos otros temas le interesaban más que el asunto concreto por el que me visitaba otra vez. Bregaba por comportarse como un hombre de negocios que experto en la técnica de las relaciones públicas dispone de innúmeras conversaciones para romper el hielo entre su interlocutor y él, pero su temperamento, su juventud, su inestabilidad emocional lo traicionaban. No le era posible escamotear el evidente nerviosismo que lo poseía. Estaba allí para escuchar un dictamen irrevocable, y con la misma aprehensión de quien anhela y teme a un tiempo conocer el contenido de un telegrama urgente, el muchacho aplazaba sus preguntas en franca invitación a que fuera yo quien tomara la iniciativa.

Por si no me resultara suficiente el conocimiento que de Mendizábal tenía merced a mi agudo sentimiento de observación que me permite diagnosticar analíticamente a una persona en sólo dos o tres encuentros, disponía yo de aquel caudal de revelaciones contenidas en las páginas de su novela. No me habría hecho falta más que recordar las descripciones sobre Rodolfo, con traer a la memoria la manera en que el personaje de *El garabato* reaccionaba ante las implicaciones de la trama, para afirmar (una vez efectuada la indispensable traducción psicológica) que conocía a

Mendizábal mejor tal vez que a mi propio hijo.

Sabía cuáles era sus miedos, sabía cómo vivenciaba a las mujeres, a sus amigos, a la sociedad; sabía que era un muchacho estudioso pero falto de fe en sí mismo; sabía también que añoraba su provincia, que la Ciudad de México representaba para él un garabato indescifrable; incluso podía yo enumerar con tino sus problemas de índole religioso. Todas las deducciones que un psicólogo extrae de las respuestas dadas por una persona sometida a un *stock* de pruebas proyectivas de personalidad, estaba yo en posibilidades de extraer de esa lámina de TAT en que Mendizábal había convertido involuntariamente su novela.

Resultaban irrisorios, por tal causa, los intentos que el muchacho hacía para enmascarar durante nuestra tercera entrevista su transparente personalidad. Y de manera semejante a lo que ocurre cuando un hombre ve de nuevo a una mujer a quien ha conocido desnuda, del mismo modo en que las ropas sólo ayudan a memorizar mejor cada una de las protuberancias, de las simas, de los pliegues de la piel, así los gestos y la charla defensiva de Mendizábal no conseguían más que remitirme con pronta celeridad al adolescente perseguido y débil de *El garabato* y devolverme una imagen descarnada del autor: sin máscara, sin ropa alguna.

Como permanecí ajeno al tema propiamente novelístico durante más tiempo del que seguramente supuso Mendizábal en el momento de planear su charla introductoria, el joven se vio obligado a preguntar sin tapujos cuál era mi opinión respecto a su original. Lo hizo con su característico tartamudeo, bajando la vista cual si mi frente despidiera una cegadora luz solar, y entrelazando los dedos en la actitud de quien se dispone a rezar una plegaria.

Confieso que no obstante mi deseo de concluir esa tarde la lectura de la novela antes de la hora en que había citado al joven escritor, no me fue posible porque mil ocupaciones me asaltaron de improviso: tuve que atender llamadas telefónicas, dirimir con Robertson una cuestión relativa al nuevo grupo de mecánicos, dictar una carta para nuestra sucursal de Monterrey, firmar los contratos de trabajo... Apenas diome tiempo de terminar el capítulo siete, en cuyo último párrafo fui interrumpido por mi secretaria, quien a través del *interphone* anunció la presencia de Mendizábal.

Mi primer impulso fue confesar al muchacho que no había terminado de leer su novela y suplicarle, por tanto, que fuera tan amable de volver otro día; mas temiendo que mi disculpa fuese interpretada como signo de interés por su obra, opté por ocultarle tal circunstancia y

recibirlo simulando haber leído hasta la última página.

En realidad no había necesidad de hacerlo. Convencido de que siete capítulos eran material más que suficiente para apoyar un juicio crítico, emití mis opiniones con la franqueza y la severidad que la novela merecía.

Empecé con un prólogo sobre el desarrollo de la literatura a través de la historia, sobre cómo se han ido formando y transformando los criterios novelísticos de acuerdo a los marcos sociales en que se produce la obra, pero sin traicionar nunca preceptos básicos que constituyen la esencia de la narrativa. Hablé luego de los subgéneros en que se puede desglosar la novela, y señalé cuáles de ellos tienen un valor superficial y efímero. De allí salté, como conclusión, al caso concreto de la novela de Mendizábal.

El muchacho escuchó atento toda la primera parte de mi discurso asintiendo a cada una de mis afirmaciones con la sumisión de un alumno impresionado por la elocuencia de su maestro, pero no pudo reprimir un sobresalto al oírme catalogar a su novela de obra policiaca de segunda categoría.

—¡No! —gritó—. Usted está equivocado.

Le pedí paciencia. En tono afable le supliqué abstenerse de comentarios antes de haber oído todas mis opiniones, y aunque aceptó obediente, a duras penas se contuvo durante la enumeración que le hice de sus fallas, empezando con la desafortunada elección de un género periclitado, siguiendo con el débil enfoque de los personajes y el tratamiento ingenuo de la trama, y terminando con los más simples errores gramaticales.

—Pero usted no puede decirme eso —clamó—. Quiere decir entonces que no ha entendido.

—He entendido perfectamente.

—No.

—¿Qué había que entender, a su juicio? —sonreí.

—Todo, la novela, el sentido de la novela. Y lo sabe muy bien, mejor que yo.

Convertido en otra persona, me miraba (con otros ojos, otro semblante, otros gestos), al tiempo que mi mente se hundía en reflexiones absurdas que rechacé enérgicamente como si con ello me rechazara a mí mismo.

Fui con Mendizábal todo lo intransigente que necesitaba ser, pero considero no haber faltado a la prudencia y a la cortesía cuando le dije que él podía llegar a sobresalir y obtener grandes satisfacciones en un

renglón de actividades ajenas a la literatura. Para hacerle más claro mi argumento le expuse el concepto tradicional de la vocación repitiendo los ilustrativos lugares comunes de que son la experiencia, los tropiezos y los desengaños los que determinan en cada individuo el más conveniente de los caminos a seguir, por más que en ocasiones este resulte diametralmente opuesto al ambicionado por el muchacho en una primera etapa de formación. No había pues razón para que él tomase a lo trágico su fracaso novelístico; un par de años bastaría para que él mismo, superando la crisis, llegara a considerar esa fallida incursión en el terreno de la literatura como una anécdota simpática e interesante para relatar en una charla de amigos. Entonces me daría las gracias por haberle dicho la verdad a tiempo y haberlo liberado de una profesión tan ingrata como inútil.

Dándose cuenta de que la entrevista llegaba a su fin, Mendizábal fue el primero en ponerse de pie preso de un explicable temblor nervioso que le sacudía las manos. Sin mirarme a la cara avanzó hasta el escritorio donde descansaba la carpeta eléctrica que contenía su novela, y luego de tomarla con el ademán violento de quien recupera algo que le han arrebatado, caminó hasta la puerta y desde allí pronunció un colérico «muchas gracias» equivalente en intención y tono al más soez de los insultos. No dijo más ni tiempo me dio de que yo intentara calmar su ánimo a duras penas reprimido; con paso precipitado abandonó la oficina perdiéndose por las escaleras del edificio.

Recordé entonces lo que Faulkner dijo alguna vez sobre la soberbia del escritor, y por un momento revivió en mí la duda de haber o no haber sido justo con Mendizábal. Lo imaginé caminando por la calle con su novela bajo el brazo, entrando en un departamento idéntico al de Rodolfo, llorando inconsolablemente sobre la cama.

«Pero usted no puede decirme eso. Quiere decir entonces que no ha entendido.»

¿Qué era lo que debí yo entender? ¿Qué contenían las cuartillas restantes?

Llamé al *Excélsior* para comunicarme con Hero, y este me dijo que no sabía quién era Mendizábal. La entrevista que el muchacho me hizo no fue ordenada por él; alguien la llevó espontáneamente, la dejó en su oficina, y Hero la publicó por considerarla de interés. No sabía nada más.

Tampoco el directorio telefónico surtió efecto. Ningún Mendizábal conocía a Fabián.

Me comporté como un estúpido recorriendo las calles donde se desarrollaba la acción de *El garabato*, y así me califiqué ante el analista

luego de relatarle el incidente con el joven autor. Pero mi analista no pareció darle importancia al hecho. Por sus comentarios deduje que mi obsesivo interés hacia Mendizábal representaba un ardid del subconsciente para desviar la atención del verdadero problema: Lucy. Con el objeto de olvidar mi comportamiento con Lucy yo inventaba nuevas culpas desproporcionando exageradamente sus pequeñas dimensiones. Mediante tal mecanismo de defensa, harto ingenuo, hacía a un lado el examen urgente de aquella enérgica decisión que aún me mantenía separado de mi amante.

Habían transcurrido dos semanas desde nuestra conferencia telefónica, y ante lo prolongado de mi tardanza, seguramente Lucy adivinaba ya que nunca volveríamos a vernos, que era más fuerte mi miedo neurótico al castigo eterno que mi compulsiva necesidad de vivir y morir a su lado. Por una sola noche sobre su tibio cuerpo desnudo habría dado todo lo que poseía: mi modesta fortuna, mi talento..., pero una sola noche habría bastado para anclarme irremisiblemente en el mal y para no volver a pensar en separarme de ella.

Con la misma piedad de una beata comulgué todas las mañanas de aquellos quince días llevando a la iglesia un libro de Chardin en lugar del viejo devocionario de mi madre perdido entre el desorden de la querida biblioteca.

> Tú, Señor, me estás trabajando por medio de lo que me dilata en mi interior, me excita, o me hiere desde el exterior; tú modelas y espiritualizas mi arcilla informe; tú me cambias en ti... Para adueñarte de mí, Dios mío, tú que estás más lejos que todo y más profundo que todo, tú te apoderas y asocias la inmensidad del mundo y la intimidad de mí mismo. Siento que abrigo en lo más secreto de mi ser el esfuerzo total del Universo. Señor, yo no me dejo llevar pasivamente a esas benditas pasividades; pero me ofrezco a ellas y las favorezco con todo mi poder. Sé perfectamente que la potencia vivificante de la hostia tropieza con nuestro libre albedrío. Aunque yo cierre la puerta de mi corazón y me quede en las tinieblas, no sólo mi alma individual, sino también el Universo entero, en cuanto este Universo actúa para sostener mi organismo y despertar mi conocimiento, en cuanto también yo reactúe sobre él para aprovechar sus sensaciones, sus ideas, la moralidad de sus actos, la moralidad de su vida. Aunque por el contrario, quiera: inmediatamente lo divino inunda el Universo, a través de mi intención más pura, en la medida en que el Universo está centrado sobre mí. Por cuanto yo me he convertido, gracias a mi consentimiento, en parcela viviente del cuerpo de Cristo, todo cuanto influye en mí sirve, finalmente, para desarrollar a Cristo. Cristo me invade a mí y a mi cosmos. ¡Oh,

> Señor!, así lo deseo. ¡Que mi aceptación sea cada vez más completa, más amplia, más intensa! ¡Que mi ser se presente cada vez más abierto, más transparente a mi influencia! Y que de esa manera sienta tu acción cada vez más cercana, tu presencia cada vez más densa por todas partes a mi alrededor. *Fiat*, *fiat*.[21]

En las sesiones que ocurrieron durante aquellas dos o quizá tres semanas, traté de convencer a mi analista de que así, lejos de Lucy y obediente a mis principios religiosos, vivía más sana y más auténticamente. Pero no sólo mi analista, sino también yo mismo, estábamos convencidos de que tal afirmación no era cierta y sí necesario intensificar el rastreo de mi conciencia hasta descubrir y optar por un plan de vida en el que verdaderamente hallara el equilibrio indispensable a mi madurez.

Una tarde, al cruzar frente a una agencia de viajes y detenerme en el escaparate donde con grandes carteles se anunciaban excursiones alrededor del mundo, un impulso ajeno a todo prurito sentimental, producto más bien de los estímulos subconscientes generados por mis ansias de liberación, me llevó frente a un empleado que al detectar mi presencia en el vestíbulo se aproximó solícito con la sonrisa de un alegre redentor, y en un lapso poco mayor del que me ocupa recordarlo se encargó de reservarme un pasaje de avión México-Los Ángeles que anunciaba para dos días más tarde mi definitiva reconciliación con Lucy.

Ningún orden se violentó en la oficina con el anuncio del viaje. En mi calidad de subgerente me bastó con informar que un asunto privado exigía mi ausencia por dos o tres semanas, con disponer los acuerdos más urgentes y con enlistar las obligaciones que deberían cumplirse durante mi breve eclipse, para conciliar mi decisión con el sentido de responsabilidad al que siempre he sido tan fiel.

Robertson en persona me instó a olvidar todo pendiente seguro de que la buena marcha de la compañía no sufriría contratiempo alguno y convencido de que hacíame falta un descanso para aliviar la tensión advertida por él y por los mismos empleados.

Tuve que confesar la verdad a mi secretaria cuando con sano interés preguntó si era Lucy la causa de mi viaje, pero no lo hice con mi analista, no lo llamé siquiera para cancelar las citas programadas, porque no deseaba oírlo interpretar mi decisión como un triunfo suyo. No lo era ni de él, ni de Lucy, ni mío ni de nadie. Tal vez era una derrota, pero no me interesaba calificar el hecho.

Me iba para disfrutar de una libertad absoluta lejos del análisis y de la comunión. Que la psicología calificara mi concepto de libertad como mecanismo anulatorio, y que la religión lo llamara esclavitud al pecado.

Podían pensar lo que quisieran, yo me iba, y punto. Mi acto estaba desprovisto de significación y trascendencia. No alteraba el curso del universo. Era un acto más, entre millones, pequeño frente a los grandes temas que con toda justicia merecen mundial atención: la guerra, el hambre, la miseria, las armas atómicas, la lucha política, el progreso, la explosión demográfica, la conquista del cosmos, la literatura...

El jet despegó de la pista y yo sentí, al ascender en vuelo, que el aparato me raptaba para siempre inventando, anticipándome una muerte ante la cual yo podía escribir con su sentido absoluto (puesto que es muy probable que Cristo no sea Dios) la palabra fin.

NOTAS:

[21] Pierre Teilhard de Chardin, *Hyme de l'Univers*, Editions du Seuil, París, 1961.

Acerca del autor

Vicente Leñero (Guadalajara, Jalisco, 1933-México, D.F., 2014), Premio Nacional de Literatura, Premio Xavier Villaurrutia y Premio Biblioteca Breve, entre otros, es autor imprescindible en la literatura mexicana con títulos tan importantes como *Los albañiles, El evangelio de Lucás Gavilán, Los periodistas* y *Asesinato.*

Novelista, cuentista, dramaturgo y periodista, su obra ha acompañado y marcado a varias generaciones que han encontrado en ella a un autor en constante búsqueda de la experimentación y la renovación; sin dejar de lado su compromiso con la realidad que lo rodeaba.

La Biblioteca Vicente Leñero reúne buena parte de su obra narrativa.

Diseño de portada: Jorge Garnica / La Geometría Secreta

© 1967, Vicente Leñero
© 2015, Herederos de Vicente Leñero

Derechos Reservados

© 2015, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Deleg. Miguel Hidalgo
C.P. 11560, México, D.F.
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición: febrero de 1967
Segunda edición: junio de 1973
Primera edición en Biblioteca Vicente Leñero: enero de 2008
Primera edición en esta presentación: febrero de 2015
ISBN: 978-607-07-2566-1

Primera edición en formato epub: febrero de 2015
ISBN: 978-607-07-2581-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Hecho en México
Conversión eBook: TYPE

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE